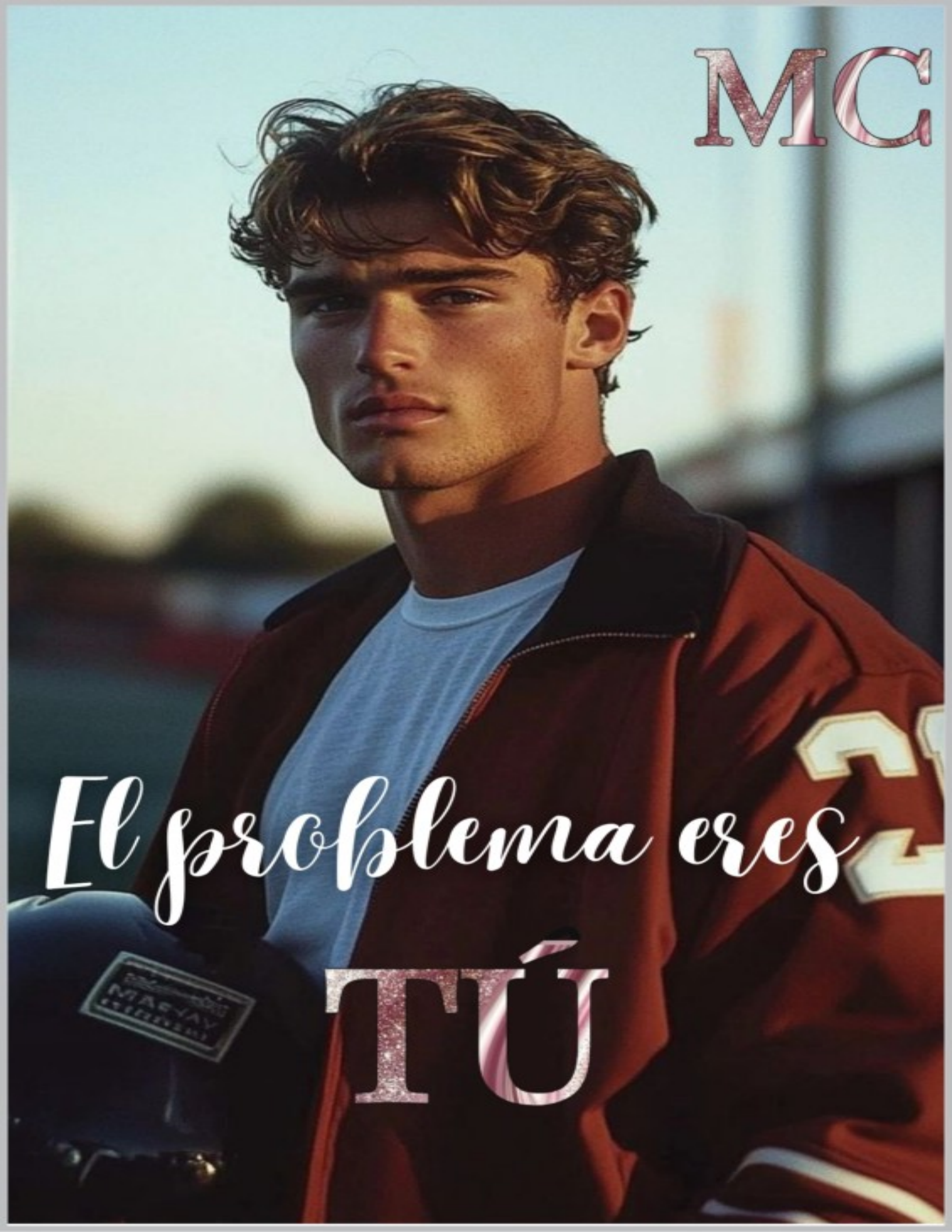

MC
El problema eres
TÚ

# CONTENTS


El problema
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

**© 2025 Marta Claus**
**Título:** *El problema eres tú*
**Autor:** Marta Claus
**Fecha de publicación:** Noviembre 2025

**Todos los derechos reservados.**

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito del autor, salvo lo permitido expresamente por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, lugares y situaciones descritas son producto de la imaginación del autor, y cualquier semejanza con hechos, personas o acontecimientos reales es pura coincidencia. El autor se ha tomado ciertas licencias creativas para desarrollar la historia.

**© Copyright 2025 Marta Claus** – Todos los derechos reservados.

# EL PROBLEMA
# **eres TÚ**

**MC**


3

# PRÓLOGO

## *Liam Lancaster*

*Chicago, noche de viernes*

El salón comedor de mi madre siempre me había parecido demasiado elegante para el ruido que generábamos nosotros cuando nos sentábamos a la mesa. Entre copas de vino, platos a medio terminar y conversaciones que se cruzaban entre mis hermanos, la cena familiar había tomado el tono habitual: elegante al principio, caótico al final. Sin duda.

—Mamá, necesitamos pedirte un favor —anunció Marcus mientras dejaba el cubierto sobre el plato.

Yo siempre he sido de los que prestan más atención a los que no hablan que a los que lo hacen, así que puse mis ojos sobre Emma que permanecía en silencio, y pude darme cuenta de que estaba apretando la servilleta entre los dedos con bastante fuerza.

—¿Eso suena a problemas? —respondió mi madre con una sonrisa, inclinándose hacia delante.

—No es un problema —dijo Marcus, mirando de reojo a su esposa—. Es solo... un regalo, sí, seguro que para ti es como recibir un regalo.

—Oh, vaya, un regalo que primero empieza por necesitamos pedirte un favor —murmuré sin levantar la vista del vino.

Marcus me fulminó con la mirada antes de continuar:

—Emma y yo tenemos que viajar a España dos semanas. Es por un asunto familiar de ella, y… no podemos llevarnos al bebé. Son demasiadas horas de vuelo, y Cris es aún muy pequeño.

Mi madre dejó el tenedor en el plato, serena pero con ese brillo de mando que solo ella tenía.

—Por supuesto, nosotros podemos quedarnos con él —dijo con una sonrisa—. Nos encantará tener al pequeño en casa.

—Genial —suspiró Marcus, aliviado—. Sabía que podía contar contigo.

—Bueno… —interrumpió mi padre—. En realidad, surgió un imprevisto del que no he tenido tiempo de hablar con tu madre. La asociación benéfica ha adelantado su viaje a Nueva York, y debemos estar allí la próxima semana, y nos llevará unos días.

Todos se quedaron en silencio por un momento.

—¿No podéis retrasarlo? —preguntó Marcus alternando la mirada entre papá y mamá.

—Oh, eso no lo sabía, cielo —le dijo primero mamá a papá, y después se dirigió a mi hermano—. No puedo faltar, cariño. Es importante —respondió ella y mi padre asintió después.

Dylan intercambió una mirada con Tessa, y fue ella quien habló:

—No pasa nada. Nosotros podemos ocuparnos, ¿verdad, amor? —le preguntó.

—Ejem… —Dylan se aclaró la garganta—. Sobre eso… también tenemos un pequeño problema, iba a ser una sorpresa, tenemos a París esperándonos.

—¿De verdad? —dijo Tessa entusiasmada y levantó las manos sonriente.

Emma suspiró y se reclinó en la silla, mirando a su marido.

—Perfecto. Todos viajan y nosotros… no tenemos ni niñera ni nada parecido.

Y entonces, como si el destino tuviera un sentido del humor muy retorcido, todas las miradas se giraron a la vez hacia mí. Como era de esperar me quedé inmóvil, como un ciervo frente a los faros de un coche.

—No —dije simplemente antes de que nadie abriera la boca.

—Nadie ha dicho nada —replicó Dylan, divertido.

—Lo veo venir. Y no, no pienso cambiar pañales, ni cantar canciones de cuna, ni… lo que sea que se hace con un bebé.

Marcus bufó.

—Tranquilo, hermano. No te pondríamos a cargo ni aunque fueras la última persona que quedase en el fin del mundo.

Me recosté sobre la silla y exhalé aliviado.

—Bien. Porque no tengo ni idea de lo que se hace con un ser tan nuevo.

—Quizá si alguien le ayudase… —murmuró Tessa con tono travieso—. Si alguien con algo más de experiencia en niños… entonces no sería tan complicado.

Emma levantó la mirada con suspicacia.

—¿Qué estás insinuando?

—No digas bobadas, si ese alguien está tan experimentado quizá debería de hacerlo solo —dije en mi defensa.

—Bueno, digamos que ese alguien no dispone de coche y eso es un inconveniente.

Emma sonrió con esa clase de expresión que prometía problemas.

—Si no recuerdo mal, tu prima Lara acaba de mudarse cerca de vuestra casa. ¿No podría echarle una mano a Liam? —le dijo Emma a Tessa.

Tessa casi se atraganta con el vino al escucharla.

—¿Lara? ¿Con Liam? Ni hablar. No creo que acepte cuidar de Cris con él.

Al escuchar en nombre de Lara me enderecé de golpe.

—¿Perdón? ¿Qué tiene de malo cuidar de un bebé conmigo?

—¿Quieres que empiece la lista de por qué se negaría a estar cerca de ti? —replicó Tessa, cruzando los brazos.

Marcus soltó una carcajada.

—De verdad, Liam. Es mejor que lo dejes.

—No veo donde puede estar el problema, la llamaré ahora mismo —dije, y mi mente empezó a imaginarme cerca de Lara. Era la oportunidad de volver a estar cerca de ella y lograr que me perdonase.

¿Por qué iba a decir que no? Ya habían pasado más de tres meses de aquella cita, bueno, por llamarlo de alguna manera, porque en realidad no duró más de media hora. Y sentí que era el

momento exacto de demostrarle que yo no era el mismo de aquella noche…

—¡No! —interrumpieron mis pensamientos Emma y Tessa al unísono.

Las dos hablaron a coro, con idéntico gesto.

—Mejor te quedas callado y somos nosotras las que nos encargamos —dijeron, casi sincronizadas.

—Qué poca confianza tenéis en mí.

—La justa —murmuró Dylan, sirviéndose más vino.

Tessa ocultó la sonrisa tras la copa, mientras Emma la imitaba. El ambiente se llenó de risas, miradas cómplices y una chispa que presagiaba el desastre.

Porque aunque nadie lo supiera todavía, aquella cena marcaría el inicio de algo que ninguno de nosotros podría controlar. Y para Lara, el verdadero problema estaba a punto de volver a su vida con el nombre de Liam.

# CAPÍTULO 1

## *Lara*

*La llamada*

Nunca pensé que un viernes cualquiera pudiera volverse loco con solo una llamada. Estaba en el sofá de mi apartamento, descalza, con la manta arrugada sobre mis piernas y una taza de café frío a mi lado cuando el teléfono sonó. Miré la pantalla y casi me caigo del susto al ver la palabra Lancaster, después enfoqué mejor y pude ver que era Emma Lancaster quien me llamaba y no Liam como yo pensaba.

—Hola… —dije, tratando de sonar tranquila después de llevarme tal susto.

—¡Lara! —exclamó ella, como si estuviera a punto de estallar de emoción—. ¡Te necesito!

—¿A mí? —pregunté—. ¿Me necesitas a mí?

—¡Claro! —se rio—. Verás… Mira, te explico, estaba pensando en contratar a una niñera para Cris estas dos semanas que Marcus y yo tenemos que viajar a España, pero… —hizo una pausa—, he pensado que no hay nadie mejor que tú para cuidar de él.

Me quedé en silencio, parpadeando como una idiota.

—¿Yo? —repetí, porque, claro, no me lo podía creer. Era cierto que cuando en alguna ocasión Emma había estado en casa de mi prima Tessa con Cris yo he jugado con él, pero de ahí a quedarme a su cargo dos semanas…

—Sí, tú —dijo—. Sé que no tienes trabajo ahora y… bueno, tienes tanta experiencia con niños que, sinceramente, nadie podría

cuidar de Cris como tú. Siempre me encantó cómo te llevas con los niños, y… bueno, desde que conozco a Tessa has sido parte de la familia casi tanto como ella, así que… *voilà*, eres la elegida.

No pude evitar sonreír. Siempre he sentido la necesidad de apretujar a ese bebé desde el minuto uno que lo vi.

—¿Elegida, eh? —bromeé—. ¿Y qué pasa si digo que me niego?

—No lo hagas —dijo ella con un tono de voz muy serio—. De verdad, Cris te adora, y yo sé que contigo estará feliz y seguro. Además… —y ahí se le escapó una risita—, sé que a ti te gusta cuidar de él.

Suspiré y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá. Sí, la verdad es que eso era cierto.

—Está bien —dije finalmente—. Cuenta conmigo. Dos semanas, ¿verdad?

—Dos semanas a empezar mañana mismo —afirmó—. Gracias, Lara. De verdad, eres la mejor.

Colgué y me quedé mirando el teléfono un rato, con una sonrisa boba en la cara. Me encantaba cuidar de Cris, y esas dos semanas iban a ser… bonitas. Sí, bonitas. Y yo estaba lista para ello, sin saber aún que alguien más iba a aparecer y complicarlo todo más de lo que podía imaginar.

# CAPÍTULO 2

## *Lara*

*Primer enfrentamiento con Liam*

Entré en el apartamento de Emma y Marcus, y después de saludar fui directa a coger en mis brazos a Cris, estaba más que preparada para las dos semanas más tiernas de mi vida. O al menos eso creía.

—¡Hola, pequeñín! —dije mientras lo acunaba—. ¿Preparado para pasar todo el tiempo conmigo?

De pronto, escuché un carraspeo detrás de mí y casi me caigo de espaldas al darme la vuelta y ver quien era.

—¿Liam? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? —respondió él, con esa sonrisa arrogante que me ponía los nervios de punta—. Podría preguntarte lo mismo.

—¿De visita? —repetí, mirándolo con desconfianza.

Mientras nosotros hablábamos, Marcus Y Emma salieron por la puerta después de dejar un beso en la cabecita de su hijo, y eso me descuadró, porque yo pensaba que Liam estaba allí para llevarlos al aeropuerto.

Liam se encogió de hombros, cruzándose de brazos y apoyándose contra el marco de la puerta del salón.

—Si tienes que llevarlos al aeropuerto acaban de salir, por si no te habías fijado.

—Lo he visto, pero por si tú no te has dado cuenta yo sigo aquí. ¿Te dice algo? Venga, te daré una pista. No vine a llevar a nadie a ningún sitio.

Mi instinto me gritó que algo raro pasaba. Lo miré con las cejas alzadas.

—¿Te vas ya? —le dije enfadada.

—¿Te vas tú? —respondió él con esa maldita naturalidad, y vaya si me hizo fruncir el ceño.

—Yo he venido a cuidar de Cris —dije, tratando de no sonar histérica.

—No —replicó Liam, mirándome como si le estuviera mintiendo—. He venido yo a cuidar del mocoso.

Me eché hacia atrás un paso con el bebé en mis brazos.

—Cris no es un mocoso —dije, alzando una ceja—. Es el bebé más bonito que he visto jamás.

Él sonrió socarrón levantando a la vez una ceja.

—Eso es cierto —dijo—. Y, si te has fijado… se parece a su tío. O sea, a mí.

Lo miré de reojo, incrédula por lo que estaba pasando, mientras él se acercaba y me mostraba esa sonrisa imposible de ignorar.

—¿En serio? —pregunté, intentando no sonrojarme—. Porque si me pongo a buscar parecidos, quizá encuentre más de uno… y no todos te van a gustar.

—Ah, vamos… —dijo él, divertido—. Solo estoy dejando que sepas que Cris tiene el ADN perfecto.

—Entonces si tiene tanto de ti habrá que enseñarle buenos modales para que su comportamiento no deje tanto que desear como el de su tío cuando sea mayor.

—Estás tan dolida con lo que ocurrió aquella noche que no vas a poder perdonarme nunca, ¿verdad?

—No estoy dolida, no significabas nada para mí en ese momento, y ahora menos, así que deja ya de insistir en repetir lo que ocurrió. Asúmelo, te asustaste y saliste corriendo, entiendo que yo fuese la primera mujer que se fijaba en ti de verdad, y eso te asustó.

—¿Lo ves? Sigues estancada en aquella noche, de verdad, no te lo tomes tan en serio, no tuvo que ver contigo, simplemente no me encontraba cómodo y decidí marcharme.

—Pues eso, que habrá que enseñarle modales a esta preciosidad para que cuando crezca no desaparezca de los sitios sin despedirse… —grité, aunque el llanto de Cris interrumpió mi frase antes de que pudiera añadir algo más.

El pequeño empezó a llorar, y el corazón se me encogió.

—¡Ay, no! —susurré, tratando de calmarlo mientras lo abrazaba más fuerte—. Shhh… no llores…

—Déjame —dijo Liam, con esa voz que me hacía querer mandarlo a la mierda y, al mismo tiempo, seguirlo a donde fuese.

Antes de que pudiera protestar, me quitó al bebé de los brazos con una facilidad que me hizo trastabillar hacia atrás.

—¡Eh! —protesté, pero fue inútil—. ¡Devuélvemelo!

—Tranquila —dijo él, acariciando suavemente la espalda del bebé—. Solo lo calmaré un segundo.

Yo me quedé paralizada después de haberlo sentido tan cerca. Su brazo rozó el mío. Un roce mínimo… solo la punta de su mano y su antebrazo contra mi piel, y fue como si alguien hubiera encendido un interruptor dentro de mí. Me quedé congelada, las palabras atoradas sin conseguir sacarlas.

Noté que Liam se detuvo un segundo, y supe que él también había sentido algo. La tensión que había entre nosotros desde aquella primera cita no había desaparecido, no podía desaparecer tan fácil, y ese contacto, aunque mínimo, la avivó con una fuerza que ninguno de los dos podía ignorar.

—Lara… —dijo él, bajando la voz—. ¿Estás bien?

—Sí… sí —logré balbucear, aunque mi mente estaba en otro lugar—. Solo ha sido el susto de que se haya puesto a llorar.

—Claro —replicó él, con esa sonrisa que sabía exactamente cómo afectarme—, el llanto.

Cris dejó escapar un pequeño gemido, y de repente todo volvió a centrarse en el bebé. Pero algo había cambiado entre Liam y yo. Esa electricidad estaba ahí, y a mí me estaba resultando bastante difícil de ignorar. Y sabía que todo eso solo podía a ir a peor mientras estuviese cerca de mí.

—Bueno, parece que es hora de la toma —dije, con un suspiro—, deberías marcharte para que pueda dedicar mi tiempo a

él y no a pelear contigo.

—Está bien, veo que no lo has entendido aún.

—¿Qué?

—No estoy aquí de visita, estoy aquí para cuidar de mi sobrino.

Tragué saliva, eso lo recuerdo bien, porque fue tanta que casi me ahogo con ella. Me decidí a apartar la mirada de aquellos malditos ojos que me miraban, pero no pude conseguirlo. Y entonces me di cuenta de que no se puede obligar a nadie a amar a otra persona, y menos aún a dejar de amarla.

Dos años llevaba obsesionada con Liam Lancaster, dos años en los que había memorizado cada movimiento de él en su hábitat. Las horas a las que salía de casa, a las que regresaba, los días de partido, los puntos que le pertenecían en cada uno de ellos. Las chicas con las que había salido, y por ende, con las que había repetido. Me cambié de instituto para estar más cerca de él, y lo mío me costó convencer a mi madre. Después de que mi prima empezase su sorprendente relación con su hermano todo empezó a ser un poco más fácil, y el día de la boda… hacer que chocara conmigo fue el plan mejor elaborado de mi vida. Así fue como conseguí mi cita esperada, ¿para qué? Para que saliese corriendo sin explicación alguna antes de pedir la cena.

Y ahora que he intentado seguir con mi vida sin que él esté presente en cada una de mis respiraciones, justo ahora, ocurre esto.

—Debe ser una broma —es lo único que conseguí decirle.

—No lo es. Pensé que te lo habría dicho Emma.

Maldita Emma, maldita Tessa, y maldita mi suerte, me dije a mí misma.

—Bien, vamos a organizarnos —respondí, y traté de normalizarlo todo.

Liam me miró con esa cara de no tener ni la menor idea de lo que hablaba, esperando… ¿qué esperaba? No lo sabía.

—¿Quién hace el biberón y quién prepara el baño? —pregunté, más para mí misma que para él—. Vale —dije después de que el no respondiera— . Yo me encargo del biberón, y después de que se lo tome, Liam, tú te ocupas del baño.

Él arqueó las cejas, como si le hubiera hecho la propuesta más absurda del mundo.

—¿El baño? —dijo, incrédulo—. No… no tengo ni idea de cómo se hace eso.

—Ajá, lo imaginaba —solté con un suspiro, intentando no reírme demasiado de su cara de: no estoy preparado para esto—. Vale, entonces, yo me encargo del baño y tú del biberón.

—Tampoco sé cómo se hace un biberón.

—Mira, ¿sabes qué? Que no es nada complicado llenar una maldita bañera de bebé, así que aunque no lo hayas hecho en tu vida, puedes hacerlo.

—Perfecto —respondió, con demasiada seguridad para mi gusto—. Eso es fácil. Llenar una bañerita de juguete, ¿no?

Mi instinto me gritaba que todo iba a salir mal. Pero no podía hacer nada más que asentir y dirigirme a la cocina, dejando a Liam con la misión de llenar la bañerita de juguete, como él la había llamado.

Mientras yo preparaba la leche, escuché un estruendo que casi me hizo derramarla.

—¡Maldición! ¿Será posible la mierda esta? —gritó él.

Seguido de un ruido sordo, un chapoteo y el sonido del agua desbordándose.

Solté la cuchara medidora y me asomé al baño. Y allí estaba: Liam, tirado en el suelo, empapado de pies a cabeza. La bañera estaba inclinada, el agua desbordándose, y él… bueno, él parecía un náufrago.

No pude evitarlo. Me tapé la boca para no atragantarme de la risa.

—Jajajajaja… oh Dios, Liam, ¿qué te ha pasado? —dije entre risas, tratando de mantener la compostura.

—¡No es gracioso! —protestó, frotándose la cara con la toalla y lanzándome una mirada furiosa—. ¡Dame la mano y ayúdame a levantarme!

—¡Claro, claro! —dije, acercándome mientras todavía contenía la risa. Estiré mi mano hacia él, pero en el momento en que

la tomó… ¡zas! Tiró de mí de forma tan inesperada que terminé cayendo directamente sobre su pecho empapado.

Mi primer pensamiento fue, *oh, Dios, qué bien que huele*.

Mi segundo pensamiento: *oh, Dios, esto no puede suceder, para él es un juego del momento, para mí puede ser una catástrofe volver a sufrir como en el pasado.*

Liam se movió, y sentí cómo su torso mojado se rozaba contra mi pecho. El calor, el contacto, todo eso me dejó paralizada por un segundo. No podía moverme, no podía apartarme de él… y me di cuenta de que él tampoco lo hizo. Su respiración cambió un poco, y sus ojos, esos ojos azules hipnotizadores, me miraban con algo que hizo que mi corazón se acelerara.

—Lara… —susurró, bajando la voz—. ¿Estás bien?

—Sí… sí —balbuceé, tratando de apartarme, pero siendo demasiado consciente de lo cerca que estábamos.

—¿Quieres seguir aquí en el suelo? —dijo él, con esa sonrisa traviesa que me volvía loca— ¿o mejor nos levantamos?

Cris, como si quisiera recordarnos que él también estaba presente, empezó a pronunciar gemiditos.

—Mierda —dije, apartándome deprisa.

—No te preocupes por esto, ve tú a por él —dijo Liam, levantándose con cuidado y totalmente empapado—. Yo me encargo del baño, prometido.

—Ajá… —murmuré.

Me asomé al salón para comprobar que Cris estuviese bien, y después volví a la cocina, intentando concentrarme en el biberón, pero no podía dejar de escuchar los golpes y resbalones que venían del baño. Cada vez que Liam resoplaba, maldecía, o movía la bañera, yo soltaba un pequeño gemido de risa que trataba de contener sin mucho éxito. Era imposible no imaginarme la escena: el tío más guapo del mundo empapado, luchando con una bañera plegable como si fuera un enemigo mortal.

—¡Liam! —le llamé—. ¿Necesitas ayuda?

—¡No! —gritó, con un tono que pretendía ser firme pero sonaba hilarante—. Solo necesito… un segundo.

Un segundo que terminó en otro chapoteo.

No pude contenerme más. Cerré los ojos y me dejé caer en el marco de la puerta de la cocina, riéndome hasta que me dolió la barriga.

—Vale, vale, me rindo —dijo él apareciendo—. Ayúdame con el agua, maldita sea.

Lo miré, estaba tan guapo con el pelo mojado, la camiseta marcando sus pectorales, y ese gesto de enfado, que hasta me apetecía besarle.

Me quedé un momento, paralizada, sintiendo la electricidad entre nuestros cuerpos.

Lo que iba a ser un simple día de cuidados de bebé había pasado a ser… cualquier cosa menos normal.

# CAPÍTULO 3

## Lara

El bebé duerme, Liam duerme, y yo me dirijo al baño del dormitorio para desmaquillarme. Las pecas que oculto bajo el maquillaje aparecen al pasar la almohadilla de algodón empapada en agua micelar. Todavía no estoy segura de porqué las oculto. Hace unos años me habían parecido sexis, y creo que el motivo fue enterarme de que Liam Lancaster había dejado a una chica con la que salía y estaba llena de pecas. Sí, creo que desde ese día empecé a cubrir mi rostro con base de maquillaje para esconderlas debajo.

¿Cuánto hacía que no me encontraba con mi piel verdadera frente a un espejo? Quizá demasiado tiempo, y esa noche decidí que ya era hora de sacar a la verdadera Lara, total, para lo que me había servido esconderlas… y ahora todo había empezado a complicarse de nuevo.

El teléfono sonó y me lo saqué del bolsillo trasero del pantalón antes de que el tono despertara a nadie.

—Tú lo sabias, ¿verdad? —respondo a la llamada increpando a Tessa.

—No te esfuerces por enfadarte conmigo cuando con quien debes estarlo es con él.

—Sabes a la perfección que nos odiamos.

—Sabes a la perfección que tú lo odias porque actuó como un crío.

—Ya, ya, como un crío. Tess, se largó por la puerta de atrás del restaurante sin decir nada, ¿sabes cuanto tiempo me quedé allí

esperándolo? No lo sabes porque nunca te lo dije. Estuve treinta y seis minutos esperando que volviese a poner su culo en el asiento. Inventando todo tipo de motivos por los que estaba tardando. Diarrea, vómitos, encerrado en el aseo sin lograr abrir la puerta, llegué a pensar que fue a cambiar el coche de sitio porque vio a la grúa, que le había dado un ataque al corazón… Puedes llamarlo actuar como un crío, yo lo llamo ser un maldito cerdo y un cobarde por no decirme que se iba.

—Lara, no sabía eso… yo pensé, pensé que te fuiste al poco…

—Déjalo, ¿vale? Pero hazme el favor de nada más aterrizar de París venir a por Cris para que pueda seguir con mi vida lejos de él.

—Está bien. Te lo prometo.

Colgué el teléfono y me senté sobre la taza del váter, y fue cuando lo vi apoyado en la pared de enfrente mirándome.

—¿Cuánto has escuchado?

# CAPÍTULO 4

## Liam

—¿Qué? —dije haciéndome el tonto, simulando que acababa de aparecer, cuando en realidad había estado allí desde que sacó su teléfono del bolsillo.

Me quedé mirándola y noté algo extraño en su rostro. Algo que me resultó adorable. Pecas, tenía pecas en la piel y jamás antes se las había visto.

—¿Por qué las tapas? —dije acercándome a ella.

—No me gustan.

—Pues no deberías esconderlas.

—Eso lo decidiré yo, ¿no crees?

Chasqueé la lengua y me marché, no quería volver a iniciar otra pelea, y me dirigí al salón para sacar de mi mochila que había llevado un pijama cómodo para dormir.

Me estaba colocando la camiseta cuando Lara apareció para llevarse a Cris a la cuna de su habitación.

—¿Te ayudo? —le pregunté.

—No, y será mejor que duermas en el sofá.

—Yo había pensado que quizá podíamos compartir la cama, es grande y no tenemos por qué rozarnos.

Aunque rozarla hubiera sido lo que me apetecía en aquel momento que descubrí esas pecas salpicando sus mejillas.

—Ni lo sueñes, Lancaster.

Levanté mis hombros y me senté en el sofá de diseño de mi hermano, ese sofá que aunque bonito de lejos era duro como el

mármol.

—Buenas noches, Lara —le dije.

No hubo respuesta por su parte.

Me tumbé intentando acomodarme lo mejor que podía sobre aquella trampa de contracturas, y me quedé pensando en aquellas palabras que la había escuchado decir.

Treinta y seis minutos esperándome, se quedó allí intentando dar sentido a mi huida… Maldito estúpido, imbécil, bruto, cobarde. Sí, esa era la palabra que mejor encajaba en mi descripción. Cobarde por no terminar la cita, por no besarla, por no decirle que su compañía era diferente a la del resto de chicas. Que su conversación era interesante, que no había estado mirando cada dos segundos el móvil para comprobar sus redes sociales…

Eso me asustó, sí, me asusté porque yo era Liam el que dejaba a todas, el que se aburría y por eso mismo no encontraba sentido repetir mas de una vez con una chica.

Pero me arrepentí.

Recibo un mensaje de mi hermano en el que me dice que cuidemos bien de Cris, y que si hay cualquier urgencia lo llame a la hora que sea, me rio de inmediato pensando que debe estar intranquilo teniéndome a mí a su cuidado, pero yo lo tranquilizo mandándole una de las fotos que le hice esta tarde cuando llegué.

No conseguía dormir, no sé que me pasaba que me sentía nervioso. Me levanté y me acerqué a la nevera para beber un poco de leche a ver si con el estómago lleno el sueño llegaba antes. Y allí estaba Lara, haciendo lo mismo que yo pero sumando unas galletas a la leche.

—¿Hambre? —le pregunté.

—Con todo ese desastre de la bañera no hemos cenado —me dijo.

—¡Es verdad! Ya decía que me encontraba extraño. Prepararé unas tortitas.

Abrí la nevera y saqué unos huevos, leche y ella me acercó la harina y la mantequilla. Vi que después se acomodó frente a los

fuegos sentándose en uno de los taburetes de la isla, y apoyó sus mejillas sobre sus puños.

La miré, era perfecta, tenía una piel preciosa, aterciopelada, blanca como esa leche que aguardaba sobre la encimera, y esas pecas, esas malditas pecas que no lograba comprender porque las escondía.

—Insisto, deberías de suspender el maquillaje que tapa tu piel.

—Calla y cocina.

Me encantaba hasta que me diera órdenes.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dije.

—Ya lo estás haciendo.

No apartaba la vista de mí, y me ponía nervioso.

—¿Si te invito a cenar aceptarías algún día?

—No.

—Vamos, Lara, tienes que perdonarme.

—No.

—Mañana, a las nueve.

—Ni lo sueñes.

—No puedes negarte, tienes que cuidar de Cris, conmigo.

—No pienso salir de aquí.

—Perfecto, lo organizaré todo para que esté listo a las nueve. Aquí mismo.

—Liam, he dicho que no.

—Pues deberás cenar alguna noche mientras cuides de Cris o puedes enfermar. Quince días son demasiados sin cenar.

—Está bien, cenaremos, pero no te montes películas en tu cabeza, tuviste una oportunidad y la desaprovechaste conmigo. No hay más, solo será una cena.

—Me sirve, una cena entre compañeros de trabajo.

—Tú y yo no somos compañeros de trabajo —me dijo.

—Claro que lo somos —le dije y le puse una tortita en el plato.

—Se te ha quemado un poco —me dijo.

—Lo sé, y tú tienes la culpa, ahora entiendo que tapes esas pecas, estoy seguro de que lo haces para que los que te miran no se

queden embobados.

—No vayas por ahí Liam, conmigo no te va a funcionar esa palabrería cursi.

—Lo digo de verdad. —Y estiré la mano para acariciar su mejilla.

Ella cerró los ojos al instante de notarme. Y yo agradecí que la isla estuviese tapándome de cintura para abajo.

—Liam —susurró.

—Quiero besarte —me atreví a decirle.

No respondió, pero su respiración me dio la señal que necesitaba.

Esquivé la cocina y me coloqué detrás de ella apoyando mis manos en su cintura. Pude notar como su cuerpo se tensó debajo de mis manos, y le aparté el pelo de un lado del cuello para poder acercar mis labios. Fui subiendo, dejando pequeños besos sobre su piel hasta llegar a la boca, y le di la vuelta para dejarla frente a mí. Lara apoyó sus manos sobre mis pectorales, después recorrió mi clavícula y se paró en mis brazos, los apretó mientras nuestras bocas se devoraban, y los jadeos se hacían cada vez más intensos. Bajó una mano por mi cintura y la coló dentro de mi pantalón, donde se encontró con mi polla, erecta, grande, hinchada reclamándola.

Se separó de mi boca y me miró a los ojos, pude ver en su mirada deseo sin control.

Con una mano la sostenía por el cuello, y con la otra apretaba su culo, y de repente ella me apretó contra su cuerpo, aprovechando que estaba sentada en el taburete abrió las piernas y acercó su sexo a mi cintura.

—Joder, Lara, no voy a saber parar.

—Pues vamos a tener que hacerlo, porque huele a quemado.

Se nos cortó el rollo de la manera más rápida posible.

Abrí los ojos en un segundo y enfoqué la mirada detrás de ella, la sartén empezaba a prenderse fuego, y con la ayuda de un trapo la retiré de la encimera y la metí bajo el fregadero abriendo el grifo al segundo para apagarla.

—Se me ha ido el hambre, creo que vuelvo a la cama —dijo mientras se alejaba.

# CAPÍTULO 5

## Lara

Me metí en la cama, repasé lo que acababa de pasar hacía unos segundos, y mi cuerpo todavía se alteraba al recordar el cuerpo de Liam bajo mis manos.

Acabé reflexionando sobre la importancia de las primeras citas. Un gesto, una palabra mal dicha o mal entendida, una mala impresión al verle… solo una cosa para marcarla de éxito o fracaso. Así había sido con él, nuestra cita nos había llevado al fracaso. Entonces ahora, ¿qué demonios estaba ocurriendo?

—Buenos días, Lara. ¿Esos pelos significan que has dormido bien, o que te has peleado con alguien en sueños?

Liam entra en el dormitorio para comprobar que Cris está bien. Se acaba de duchar, porque huele a jabón y a algún perfume fresco. Voy a tener que poner algunas normas mientras estemos aquí los dos, porque eso de entrar al dormitorio sin llamar no me parece correcto.

Empieza a hablarle a Cris como si fuese mi madre cuando ve a sus nietos, y aunque en ella me resulta algo normal, no puedo evitar reírme cuando esas palabrejas ridículas las pronuncia él.

—Podrías sacarlo de la cuna y cambiarle el pañal mientras yo le hago el biberón, así después lo dejamos en el parque de juegos y me da tiempo a darme una ducha.

—Sí, porque hueles —dice haciendo un gesto tapándose la nariz.

Le doy un golpe sobre el hombro con la intención de hacerle daño, pero soy yo la que termina con dos dedos machacados y haciendo aspavientos.

—Ten cuidado fiera, puedes hacerte daño golpeando el acero.

Odio cuando los hombres sacan su lado gallito, y mientras camino hacia la cocina de espaldas le saco el dedo insultante, con tan mala suerte que tropiezo con la pata de una silla y me reviento el meñique.

—Joder, coño, me cago en la puta, mierda, mierda, hostiasssss.

—Creo que mi cuñada no te ha escuchado hablar así, de haberlo hecho dudo mucho que te llamase para cuidar de su hijo.

Mientras estoy tirada en el suelo apretando mi dedo tengo que escuchar las estupideces que salen por su boca.

—Quieres callarte, me he roto el dedo seguro.

—No te lo has roto, pero tranquila que si es así tampoco hay mucho que hacer, él solito se arreglará. ¿Sabías que no suelen operar o escayolar el dedo meñique si te lo rompes?

—Liam, cállate y ayudame a levantarme.

Me da la mano y estira de mí con tantísima fuerza que nuestros cuerpos chocan y nuestras caras se quedan pegadas la una a la otra.

—Te besaría. Ahora.

¿Y por qué no lo hace?

En cambio, me deja allí, de pie, y se va para coger a Cris y cambiarle el pañal.

Lo miro de reojo después de cada cacito de leche en polvo que vierto sobre el agua caliente del biberón.

Creo que lleva la friolera de dieciséis toallitas para limpiar el culito de Cris.

—Creo que cuando salgas de la universidad vas a tener que pasar por el supermercado.

—¿Para?

—Cada paquete de toallitas tiene unas ciento cincuenta, y si le cambiamos el pañal unas cinco veces al día, con todo lo que gastas no llegamos a mañana.

—Es imposible hacerlo con menos.

—Siempre puedes doblarla y usarla dos pasadas.

—¿Quieres que me manche de mierda la mano?

—Es mierda de bebé. No creo que te mueras.

Y escucho de inmediato una arcada.

Me rio.

Liam está en la puerta despidiéndose de Cris al que sostengo en mis brazos.

—¿Crees que estaréis bien sin mí? —pregunta.

—Largo —digo poniendo los ojos en blanco.

Cierro la puerta tras él y apoyo la frente en la madera. Un segundo. Solo un segundo de silencio, sin su maldito sarcasmo, sin sus risitas, sin que el idiota de Liam Lancaster revolotee a mi alrededor.

—Gracias, Dios —susurro, aunque ni bien termino la frase, Cris empieza a llorar.

—Vale, retiro lo dicho. No gracias.

Voy corriendo hacia la cuna del dormitorio para coger su chupete, se lo pongo y empiezo a mecerlo despacio.

—Tranquilo, mi amor, ya está, ya está. El tonto de tu tío se ha ido, ahora podemos respirar tranquilos —murmuro, rozándole la mejilla con los labios.

El llanto se convierte en un quejido bajito y después en un bostezo. Lo observo y sonrío. Esa carita es la cosa más bonita que he visto en mi vida. Me derrite. Literalmente.

Pero la paz no dura ni cinco minutos.

Escucho la puerta abrirse y unos pasos detrás de mí. No puede ser.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin darme la vuelta.

—Olvidé el móvil —responde, y su voz está tan cerca que me eriza la piel.

Respiro hondo y miro a Cris.

—Tu tío es un imbécil, ¿lo sabías? —le digo con ternura.

Él me responde con un bostezo, y yo sonrío.

—Sí, eso mismo pienso yo. Aburre.

Lo dejo en la cuna, apago la luz y me acomodo en el sofá. Pero no puedo dejar de pensar en el roce, en su respiración tan cerca, en ese te besaría que no cumplió.

Maldito Liam Lancaster. Ojalá deje de aparecerse en cada rincón de mi cabeza.

Aunque, para ser sincera, una parte de mí —una muy idiota— no estaría tan segura de querer que lo hiciera.

Me ducho y me arreglo de forma inconsciente como si fuese a tener una cita, cuando en realidad es solo una cena con mi compañero de trabajo como él mismo lo llamó.

Llega una hora tarde, quizá se haya olvidado, quizá ha pinchado una rueda, o ha tenido un accidente, y por eso se retrasa.

Y en ese instante me pregunto, ¿en qué momento sucedió, en qué puto momento pasó que todo cambió tanto que ni siquiera yo sé en qué punto me encuentro con él? Porque si soy franca conmigo, hace dos días lo odiaba, no pensaba volver a compartir el mismo aire en mi vida, y solo hay que verme para saber que algo ha cambiado. Porque aquí estoy, esperándolo para una cena, que supuestamente él iba a preparar, o ha comprar. Una cena en la que él insistió, y a la que llega tarde, porque dijo a las nueve, y son las diez. ¿Y yo? Pues en mi línea, intentando de nuevo buscar motivos justificados para su retraso.

Auxilio.

Necesito ayuda.

Liam acaba de entrar por la puerta, supuestamente viene de la universidad, porque lleva sobre un hombro su mochila con la que se fue de aquí esta mañana, aunque sobre el otro hombro también carga con la mochila de los entrenamientos.

—¡Wao! —dice al verme y a mí me da hasta vergüenza porque seguro que piensa que me he arreglado para él.

—Habíamos quedado. Bueno, tú insististe en quedar conmigo.

—¡Mierda! Es verdad, lo siento. Se me ha ido por completo, Michael me dijo de lanzar unas pelotas y no recordé lo de la cena.

Genial, no se acordó de la cena que él mismo planeó. Soy una estúpida si pienso que con Liam Lancaster algo puede salir bien.

—No pasa nada, por si acaso yo ya había picado algo —miento.

—Ah, vale, pues ahora cenaré yo —dice sin parecer importarle nada.

Veo que se mete en el baño y deja la puerta abierta, escucho el grifo de la ducha abrirse.

—Lara, me preguntaba si te apetece que mañana salgamos a comer con los del equipo, había pensado que podemos llevarnos a Cris, así le da un poco el sol y el aire, creo que dan buen tiempo. También vendrán algunas chicas de mis compañeros de equipo. Será divertido —me grita desde la ducha.

Increíble.

¿En serio? ¿¿De verdad está pensando que puede llevarme a una comida con su equipo y las tontas de turno que probablemente no sepan que serán su última cita con los que piensan que son sus novios??

La propuesta me cae en ese momento como si me dieran una patada a mi ego, y en lo único que pienso en ese instante es que ojalá y caiga un rayo sobre esa comida y los fría a todos.

Sale de la ducha con una toalla de cara enrollada en la cintura. Sí, estoy segura de que no es una toalla de baño, es el siguiente tamaño más pequeño. Con todo su torso desnudo, mojado, con su pelo castaño húmedo y despeinado que seguro se ha frotado hasta quitar la humedad, y camina hacia mí.

—¿Qué dices? ¿Comemos mañana con el equipo?

—Claro —digo, pero no soy yo quien habla sino mi subconsciente que es el único que ha conseguido reaccionar después de tenerlo a, ¿qué, diez centímetros de distancia? ¡Y desnudo!

—Genial —dice y se marcha por el pasillo estirando de la toalla y dejando al aire su culo.

# CAPÍTULO 6

## Lara

Son las doce y media, salimos del portal empujando el cochecito de paseo del pequeño Cris. Cojo aire y sigo dando pasos, y pasos hasta llegar al restaurante situado en el parque donde han quedado para comer Liam y sus amigos.

Nada más llegar una ola de chicas se vuelcan en Cris, y no las culpo porque es que es un niño precioso y super simpático. De esos que uno no puede dejar de mirar si lo tienes cerca. Uno de los amigos de Cris se levanta y lo coge en brazos, y al rato me lo devuelve.

—Está grande, eh. Parece que tiene más de medio año.

—Qué va, solo tiene tres meses, pero no veas como come el tío —le digo como respuesta.

—Los niños son la alegría de una casa —dice y noto que se entristece.

—¿Hermanos pequeños? —pregunto.

Entonces la chica que está sentada junto a él añade:

—No hija. Alan tiene un hijo de dos años, pero la madre se fue a vivir a Illinois y solo lo ve cuatro veces al año. No paro de decirle que no sabe la suerte que tiene, que cuando menos se lo espere ese niño ya será grande y cuando pueda tenerlo él estará bien criadito.

Frunzo el ceño al escucharla.

—No creo que lo que el quiera sea eso, perderse tiempo de su hijo imagino que debe de destrozar a un padre —respondo.

—Así es, aún no sé cómo lo soporto.

—Toma, imagina que es… ¿Cómo se llama tu hijo? —Levanto a Cris para que lo coja.

—Zac —dice cogiendo al pequeño.

—¿Zac? Qué clase de nombre es ese…

—¡Zacarias! —decimos bien alto y al unísono dirigiéndonos a ella.

Me he relajado tanto durante la comida que me siento como si fueran mis amigos. Bueno no todos, porque la chica que acompaña a Alan es de esas que denominaría *encefalogramaplano.*

Y es que la vida es imprevisible, porque cuando salí de casa a mediodía creí a ciencia cierta que esta comida sería una maldita pesadilla de la que querría salir cuanto antes.

Y es que todo es así. Imprevisible. Como el amor. Podríamos intentar estudiarlo en profundidad, pero es remotamente imposible hallar la ley exacta que nos dicte como van a suceder las cosas entre dos seres humanos, porque la ley de la atracción es algo increíblemente incomprensible.

Además esta comida me ha hecho darme cuenta de que no solo te puedes sentir atraída por una única persona. Porque al conocer a Alan he sentido que los puntos que nos unen son tantos que me siento cómoda hablando con él.

Y algo me dice que Liam también se ha dado cuenta de que me sentía así, porque nada más mover mi silla al lado de Alan, ha anunciado que nosotros nos íbamos porque el pequeño Cris tenía que hacer la siesta.

No ha servido de mucho que algunos le hayamos dicho que podía hacerla cómodamente en su carro, porque según Liam el colchón de la cuna aporta un mayor descanso y su sobrino para crecer y hacerse tan fuerte como su tío debe de descansar en su cuna.

Todo un sinsentido, sí, pero nos hemos marchado.

Por el camino ha intentado decirme de una manera muy sutil que he estado tonteando con su amigo cuando él ha ido

acompañado de su chica.

—¿Esa chica que no sabía ni el nombre de su hijo?

—Su chica.

—¿Qué es lo que te molesta, Liam?

—A mí me da lo mismo lo que hagas, eh, yo solo me preocupo para que no piensen de ti que eres una buscona.

—Ya. Eso era lo que creía. Gracias, Liam. Eres un encanto.

—Además, te aviso de que Alan es un depredador sexual. No te conviene estar cerca de él.

Ahí sí que frené el carrito.

—Claro, porque yo soy imbécil perdida y no voy a saber detectar cuando un hombre solo quiere follarme, o algo más.

Liam levantó las manos y continuó caminando hasta llegar al portal.

—Mira Liam, te voy a decir algo que suele decir mi madre. Eres como el perro del hortelano, ni come ni deja al amo. Por si no lo entiendes el significado te lo aclaro. Lo que no quieres para ti debes dejar que otro se lo coma.

—Lara —dijo y me miró con la puerta del portal abierta esperando a que pasase.

—¿Qué? Habla, ¿qué ocurre? —pregunté pero no fue capaz de decir una palabra.

Abrió la boca de nuevo, pero nada.

—Maldita seas, Liam Lancaster. Di algo de una vez.

—No sé si yo podría dejar que otros te comiesen.

# CAPÍTULO 7

## Liam

Siempre quise ser como mi hermano Marcus, un vividor follador de primera. Nunca jamás lo he visto sufrir por una mujer. Él siempre con su agenda repleta de mujeres que suspiraban por pasar una noche en su cama. Centrado en lo que le importaba, los negocios. Hasta que de repente se cruzó Emma en su vida. Él era mi claro ejemplo de felicidad, un tío seguro de sí mismo, capaz de hacer cualquier cosa y sin límite a la hora de hacerlo. Hasta que llegó Cris como resultado de unirse a Emma. ¿Qué veo? Problemas. Problemas cuando te unes a alguien, problemas cuando tienes hijos. Todo son problemas si dejas de divertirte y te concentras en una única mujer.

¿Y ahora qué cojones me está pasando a mí si tengo la teoría tan aprendida? ¿Acaso soy un puto subnormal que no entiende que después toca ponerlo en práctica?

Pues se me resiste, alejarme de ella es imposible. Y mira que lo intenté, intenté alejarme en cuanto empecé a notar que mi control se perdía, me fui de aquel restaurante y lo hice de la peor manera posible para que me odiase tanto que jamás quisiera volver a estar cerca de mí. Y lo logré, pero surgió un problema, algo con lo que yo no contaba. El problema eres tú, Liam. El maldito problema es que yo no puedo alejarme de Lara, y me he dado cuenta cuando Alan se ha mostrado interesado en ella.

Estamos en el ascensor, callados, porque después de decirle eso ella no ha respondido, solo ha empujado el carrito de Cris dentro y ha mirado al suelo. Sin más.

—¿No piensas decir nada? —le pregunto.

—No te gustaría.

—Prueba.

—Te pareces mucho a tu sobrino. Pero si él tiene miedo es porque es un bebé, y si él se comporta de una forma incomprensiva también tiene excusa. Tú no eres un niño, Liam, deberías saber lo que haces y que todo en la vida tiene consecuencias. Pero sobre todo, deberías saber que antes de decir cualquier cosa como la que has dicho antes, debes estar bien seguro.

*¡Boom!*

Fue como una bomba, terminó de decirlo justo cuando las puertas del ascensor se empezaban abrir. Ella salió y yo me quedé mirando lo perfecta que era.

—Tienes las llaves —dijo y salí para abrir la puerta.

—Creo que ha sido una mala idea que los dos estemos aquí —dije al dejar las llaves sobre la mesa.

—Puedes irte cuando quieras, me sobro y me basto para cuidar de Cris.

—No, mejor vete tú, no tienes coche, y si pasara algo mi hermano no me lo perdonaría en la vida.

—No pienso dejar a Cris a tu cargo, eres un desastre.

—Es mi sobrino, no le iba a pasar nada conmigo.

—Ya, porque como eres tan perfecto, contigo nada puede salir mal, ¿no?

—Deja de lanzarme dardos, si no quieres estar cerca de mí lo podemos resolver rápido. Con no compartir el mismo espacio a la vez es suficiente, la casa es grande.

—De acuerdo, eso haremos. Ahora por favor sal de mi campo de visión, tengo que hacerle el biberón a Cris y obligarle a hacer la siesta que su tío ha insistido tanto en que debía ser en su cuna.

—¿No te has dado cuenta de que lo que quería era alejarte de Alan?

—Claro que me he dado cuenta, y por eso estoy enfadada.

—Me gustas, Lara.

—Vaya, pues no quiero imaginarme como te comportas con las que no te gustan si a mí me dejas plantada en un restaurante.

—Ya vale, ¿no?  Me equivoqué.

—No vale, no. Ni valdrá nunca, porque me jodiste. Me jodiste mucho, y ahora no puedes volver y pedir que me olvide de lo que pasó y decirme que te gusto.

—Lara, me asusté…

Y cuando iba a continuar diciéndole que me asusté por todo lo que empecé a sentir al tenerla cerca, en ese momento, sonó su maldito teléfono.

# CAPÍTULO 8

## Lara

Maldije la llamada durante los primeros tres segundos, pero después di gracias al cielo por ella.

—Dime, Tessa —recuerdo que respondí.

—Volvemos mañana, no sabría decirte bien a qué hora, pero no más tarde de las doce del mediodía.

—Genial, pues entonces lo prepararé todo para que puedas llevarte a Cris cuando llegues. Y gracias por hacerme este favor.

Todo un día escondiéndome de Liam, saliendo y entrando del dormitorio a cada poco para no estar en la misma habitación que él al mismo tiempo. El pobre Cris debía estar volviéndose loco de tantas puertas que se abrían y se cerraban en la casa. No dejaba de mirar el reloj, con la sensación de que era el día más largo de mi vida. Así que cuando marcaron las diez de la noche, cogí a Cris en mis brazos y después de darle su baño relajante como Emma me había mandado que hiciese cada noche después de su última toma del día lo metí en la cuna y a esperar que amaneciese mañana.

El timbre sonó justo cuando terminé de doblar la mini manta de Cris. Suspiré. No llevaba ni cuarenta y ocho horas aquí y ya tenía la sensación de haber envejecido diez años.

Abrí la puerta y me encontré con Tessa, la que me regaló su mejor sonrisa, y además llevaba implícito ese mensaje que decía: vengo a salvarte la vida.

—Hola, preciosa.

—Tessa, qué rápido has llegado —le dije, todavía con el bebé medio dormido en brazos.

—Acabamos de aterrizar y la verdad es que me dejaste bastante tocada ayer —dijo con tono alegre—. Ya puedes irte, me quedo yo con Cris.

—Te lo agradezco —le dije dándole un abrazo todo lo que me permitió el bebé en mis brazos.

—Emma me llamó hace un rato. Está de acuerdo conmigo en que tú ya has hecho bastante y que no quiere cargarte con más. Además, yo ya estoy de vuelta de París. Así que vengo a hacer de tía postiza mientras ellos regresan.

Suena tan lógico que por un segundo me quedo sin palabras. Luego asiento despacio.

—Me dejas tranquila, porque la verdad es que me sentía que la estaba dejando tirada.

Dejé a Cris en su cuna y fui directa a por la pequeña maleta que tenía lista desde anoche.

—Ya lo tengo todo preparado. Sus mudas limpias, los pañales, la mantita y su osito favorito. Está todo aquí —le dije, ofreciéndole la bolsa.

Tessa me observó con esa mirada suya que lo ve todo.

—No pareces muy contenta.

—Lo siento —respondí, cerrando la cremallera de la maleta—, pero no puedo seguir aquí. No soporto ni un minuto más estar tan cerca de Liam.

Sus cejas se arquearon de inmediato.

—¿Te ha dicho algo? ¿Ha hecho algo que te haya molestado? Dímelo que le corto los huevos de inmediato.

—No —dije—. Bueno, sí. Ser él.

Tessa se rio bajito.

—Eso no me aclara mucho.

—Es idiota, Tessa. Un idiota integral. Se nota de lejos que no quiere estar conmigo, pero al mismo tiempo parece que le moleste que hable con otros chicos. —Me crucé de brazos y la miré con fastidio—. Como, por ejemplo, con su amigo Alan.

Ella levantó una ceja.

—¿Alan?

—Sí. Un encanto de persona, por cierto. Anoche mismo me escribió para preguntarme cómo me iba con Cris, y Liam. casi se atraganta mientras le daba el biberón al niño al escuchar el nombre.

—Ajá… —respondió Tessa, asintiendo despacio, pero la forma en que lo hacía me daba mala espina. Sé perfectamente esa mirada. Es su estoy pensando en algo, y no me gusta nada.

—No pongas esa cara —le advertí.

—¿Qué cara? —dijo fingiendo inocencia.

—Esa en la que te estás imaginando cosas.

Antes de que pudiese responder, escuchamos una puerta abrirse detrás de nosotras. Liam salió del dormitorio, despeinado, en camiseta y con cara de sueño.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando a Cris y luego a Tessa.

—Que ya puedes relajarte, cuñado —dijo ella, divertida—. Me quedo yo con el peque.

—Ah. —Liam parpadeó—. ¿Y Emma sabe esto?

—Claro, lo ha decidido ella —mintió.

—Genial —murmuró él, pasándose una mano por el pelo—. Justo cuando empezaba a cogerle el truco a esto de ser niñero.

—Sí, seguro —respondí, con una sonrisa irónica.

Tessa dejó escapar una risita.

—Bueno, no quiero entreteneros. El viaje a París fue precioso, por cierto —añadió mirándolo a él—. Dylan y yo lo pasamos genial.

—Me alegro —dijo Liam, cordial pero distraído—. Y, eh, dile a mi hermano que ya iré a por el souvenir.

—Te espera en casa —dijo ella con una sonrisita cómplice—. No te olvides de pasarte, o se ofenderá. Ya lo conoces.

Él asintió y se agachó un segundo para acariciar a Cris, que dormía tranquilo. Yo intenté no mirarlo demasiado, pero se me escapó una pequeña punzada en el pecho. No sé si de rabia o de otra cosa.

Tessa agarró la maletita y me dió un beso en la mejilla.

—Bueno, Lara, gracias por todo. Y… por cierto —dijo, mirándome con una sonrisa traviesa mientras se colocaba el bolso al

hombro—, aquello que me dijiste de las citas a ciegas, ¿sigue en pie?

—¿Qué citas a ciegas? —pregunté, desconcertada.

—La vez que me dijiste que quizás deberías conocer a alguien nuevo, ya sabes, para distraerte un poco.

—Ah… sí, bueno, lo dije por decir, no sé, aunque quizá sea el momento perfecto —murmuré, pero ya la ví sonreír como una gata que está a punto de cazar a un ratón.

—Perfecto. Porque, por si acaso aún piensas igual, te he preparado una cita con un hombre encantador. Llámame y te doy los detalles. —Guiñó un ojo y cogió las cosas de Cris—. Te va a caer bien cuando lo conozcas.

—Tessa…

Pero ella ya se había girado hacia la puerta.

—Nos vemos, primita. Cuida ese dedo del pie, y por cierto te ves especial sin tanto maquillaje, las pecas están de moda.

La puerta se cerró, y el silencio vuelve. Otra vez.
Solo que esta vez no me sentí aliviada.

Me quedé un momento en medio del salón, mirando hacia donde se había ido Tessa, con la sensación de que acababa de dejarme metida en un lío todavía más grande del que ya tenía. Y lo peor era que, por algún motivo absurdo, una parte de mí no podía evitar preguntarse cómo había encajado Liam lo de la cita.

# CAPÍTULO 9

## Lara

—No jodas Lara —dijo mirándome—, no necesitas sufrir citas a ciegas para acostarte con un tío.

—A lo mejor no busco acostarme con un tío por medio de una cita.

—Pues entonces borra de tu cabeza salir con uno para que te lleve al altar, esos tío son los más salidos del mundo y solo con una cita a ciegas lograrían tener una cita.

—¿Has tenido muchas citas a ciegas? Porque la verdad es que encajas bastante en ese perfil.

—Te hablo en serio. Pasa de eso, además, siendo Tessa la que te va a presentar a un tío ya puedes imaginar de donde lo va a sacar. De su último trabajo, por ejemplo de la hamburguesería, o de la banda de música a la que pertenecía de joven. De verdad, pasa del tema.

—¿Sabes? Cada vez que me dices que pase me apetece más.

—Está bien, quieres una cita a ciegas, por lo que veo te va el rollo sufridor ese donde te muerdes las uñas hasta que el tipo en cuestión se sienta frente a ti y se presenta como tu cita. Yo te la preparo, además prometo que solo buscaré hombres que merezcan la pena. Lo juro. Te lo debo. Una cita que te arruiné por otra.

La vi que casi se echa a reír allí mismo, pero no sé porqué, aceptó. Eso sí, después de hacerme hacerle un millón de preguntas.

—Si vas a buscarme una cita quizás deberías saber mis gustos, y no me refiero solo al físico.

—Es fácil, imagino que estarías contenta con alguien que se parezca a mí —le dije y la vi poner los ojos en blanco.

—No me gusta ir al cine en la primera cita, es algo frío y me incomoda que la gente se pase media película hablando. Además que me gusta prestar atención a lo que veo y me molestaría que se me echase encima sin darme cuenta.

—Tomo nota, nada de cines.

—Soy alérgica a las aceitunas, a los melocotones, al kiwi, a los egocéntricos, y tampoco me van nada los borrachos.

—¿Eso es todo?

—No.

—Bien, sigue.

—No pretendo que me traigas a Javier Castillo, pero que al menos haya leído algo en su vida y que no sea la crónica de deportes del fin de semana.

—No tengo la menor idea de quien es ese tipo…

Vi como negaba con la cabeza y se tapaba la cara con ambas manos.

—Y por favor te pido que te abstengas de la gente que es demasiado protectora, no me van los gallitos de corral de esos que se sienten ofendidos cuando alguien mira a su chica.

—No veo donde está el problema de querer proteger lo que es tuyo.

—Ahí mismo está. Nada nos pertenece al cien por cien, y menos aún una persona. Te podría dar mi corazón eternamente y al mismo tiempo querer seguir conociendo a personas interesantes y que fuesen hombres evidentemente. Una pareja debe reforzarse con unos cimientos bien construidos a base de confianza y respeto, si eso no es suficiente para alguno de ellos no hay nada. Vamos por si no me has entendido, nada de celosos empedernidos.

—Lara, es solo una cita. No creo que te presente al hombre que te llevará de luna de miel.

—Nunca se sabe. Si no tengo esperanzas de que así sea, ¿para qué quiero esa cita?

Me descolocó. ¿Quería una cita para encontrar al hombre de su vida? ¿Hablaba en serio o se reía de mí?

—Está bien. Tengo dos candidatos perfectos para ti. Luego te digo lugar y hora.

Me fui de casa de mi hermano Marcus y ella se quedó recogiendo sus cosas.

No podía evitar pensar en que quizá yo iba a presentarle a ese hombre con el que haría todas las cosas que yo quería hacer con ella.

# CAPÍTULO 10

## Lara

Cole me dejó en la puerta de mi apartamento. Bueno, el apartamento que compartía con tres personas más.

Sentí que ambos nos despedíamos con esa sonrisa y esos dos besos forzados que decían que no habíamos sido lo que el uno esperaba del otro. Y yo lo tuve claro nada más verlo sentado en la barra del bar donde empezaba nuestra cita a ciegas. Nunca imaginé que podía pasar, y por eso no le dije nada de la edad a Liam. ¿Cómo cojones iba a pensar que me plantaría a un señor para una cita? Y cuando digo señor, es que era un señor.

Caminé directa a la barra para sentarme en un taburete a esperarlo. Recuerdo que pensé que empezaba mal, porque yo llegaba tres minutos tarde pero él no estaba allí todavía. Y la sorpresa llegó cuando el cincuentón que había allí se giró y me llamó por mi nombre.

—¿Lara? —Sus ojos se abrieron como platos y una sonrisa enorme apareció en su cara.

Claro que si yo fuera él también habría actuado así al ver que tengo la posibilidad de acabar dándome un revolcón esa misma noche con un pastelito de veinte años.

—¿Cole? —pregunté esperando que me dijese que su hijo era Cole y que lo había mandado para decirme que se le había complicado la noche.

—Encantado de conocerte. —Y me plantó dos besos fuertes y húmedos.

Tan húmedos que con disimulo tuve que fingir acaloramiento y echarme las manos a la cara para secar un poco mi piel.

Después de presentarnos nos sentamos en una mesa y debo reconocer que todo fue a mejor. Daba gusto conocer a una persona tan madura, sabia, interesante en muchos aspectos. Y cenamos como si fuéramos dos amigos que hace diez años que no se ven y tienen mil cosas por contarse.

—Bueno Lara, seamos francos en esto de la cita. No pretendo ofenderte, pero aunque al principio me alegré de pasar unas horas con alguien tan bonita como tú, después fui dándome cuenta de que no podría compartir más citas contigo. Y juro por mi cátedra que eres una mujer increíble, interesante, pero con mucha vida por descubrir y yo no podría seguir tus pasos.

Un catedrático, sí eso era lo que Liam me había buscado para mi primera cita a ciegas. No sé si es que me había entendido mal cuando le dije aquello de alguien que lea, o esta cita era para reírse de mí.

—Cole, esta ha sido una noche super interesante, pero es cierto que pensamos parecido. Aunque reconozco que he llegado a pensar que podría acostumbrarme a escucharte hablar de por vida. Eres interesantísimo.

—Y ahora que ya hemos sido sinceros el uno con el otro, ¿qué busca una chica como tú en una cita a ciegas?

Daba gusto hablar con él.

—No lo sé. Si soy sincera conmigo misma, creo que no he tenido muchas citas en mi vida, y quizá quiero comparar lo que me gustaría de lo que no —dije aquello tan profundo y le pegué un trago al vino—. ¿Y se puede saber de qué conoces a Liam Lancaster?

—Claro que se puede saber. Es alumno mío en la universidad. Es un buen muchacho, algo despistado todavía, y a los hechos me remito.

—Ya, vaya idea la suya esta de unirnos en una cita…

—No me refería a eso, pero también.

Cole era tan inteligente que me sentía en clara desventaja hablando con él, y quizá fue por eso que no le pregunté qué era lo

que quería decir con el despiste de Liam.

Así que cuando entré en mi apartamento saludé sin mucha ilusión a mis *compis* y me metí en mi habitación a reflexionar en lo que había ocurrido aquella noche. Dudé en si debía llamar o no a Liam y decirle que esa cita no había salido como yo esperaba, pero gracias. Porque en realidad estaba segura de que había sido una noche casi perfecta. Había hablado de libros, de adaptaciones cinematográficas, de grandes de la literatura, y eso, dudaba mucho que hubiera podido hacerlo con cualquier persona. Así que no llamé porque no quería darle las gracias.

# CAPÍTULO 11

## Liam

Es miércoles y estoy sentado en el sillón de recibir regalos en casa de Dylan. Sí, aquí todo funciona así. Este es el sillón de recibir regalos, y el sofá es el de recibir chapas. Y me ha dado muchas charlas sobre mi futuro en él.

—¿Preparado? —pregunta Dylan obligándome a cerrar los ojos y pone algo pesado sobre mis manos.

—Joder como pesa.

—Ya puedes abrir los ojos —dice Tessa.

Están los dos expectantes a mi reacción.

Destrozo el papel que envuelve el regalo y me encuentro con un corazón gigante. Es como una escultura.

—Gracias, chicos pero todavía no he empezado a decorar mi piso.

—Pues ya va siendo hora —dice Tessa—, aunque reconozco que cuando lo vi no pensé en regalártelo como estatua para el Loft, más bien pensaba en que pudieses intercambiarlo por el que llevas dentro de tu pecho.

—Bueno, ya basta —dice Dylan saliendo en mi defensa—, ¿por qué has tardado tanto en venir a casa?

—Estaba ocupado, hermano.

—Ya, ocupado en buscarle citas a mi prima… —se queja Tessa.

—Pues sí, justamente en eso.

—No pierdas el tiempo en intentar joderle las citas, eres tan corto que ni haciéndolo adrede te sale. Por cierto Cole resultó ser la mejor cita de la historia de Lara.

—¿La mejor? —pregunté queriendo saber más porque ella no me había llamado.

Aunque estaba seguro de que había salido mal, y por eso yo no insistí.

—¿No lo esperabas? Pues sí, la mejor. Aunque partiendo de que solo había tenido dos… y la otra no salió nada bien… ¿sabes? un idiota la dejó sentada en la mesa diciendo que iba al baño y no volvió, hay que ser estúpido…

—Bueno Dylan, gracias por todo, pero no creo que deba seguir aquí más tiempo si no quiero ser descuartizado por una loca.

Mi hermano me acompañó a la salida dándome pequeños golpecitos en la espalda.

—Nos vemos —me dijo por lo bajo—, seguro que en unas semanas se le pasará. Ya sabes como es ella con su familia…

En el entrenamiento Alan se acercó a preguntarme por Lara. No diré que no me lo esperaba, ¿pero qué cojones pretendía sacar de mí?

—Ey Lancaster, te veo demasiado pensativo hoy.

—Sí, no estoy teniendo un día bueno. Tengo algo en la cabeza que no me deja descansar.

—¿Cómo está Lara?

Y esa pregunta me la hizo después de decirle eso. ¿También él pensaba en Lara?

—Pues no lo sé, pero creo que tienes su número, puedes preguntárselo tú mismo.

—¿No te importa?

—¿Por qué tendría que importarme?

—Tío, hubiera jurado que te gustaba. Me pareció que el día de la comida te la llevaste para evitar que continuase hablando con ella.

—¿Qué dices? Mi sobrino tenía que dormir la siesta, eso era todo. Puedes hacer lo que quieras con Lara, no me importa lo más mínimo.

—Genial, porque pensaba llevarla al cine.

—Buena idea, le encanta el cine.

Le dije y salí corriendo con el balón en mis manos para calentar antes de que el entrenador llegase.

Después de la ducha me siento en el banco y empiezo a vestirme, justo cuando voy a calzarme me suena el teléfono y veo que es Tessa. Dudo en si cogerlo o no, porque no me apetece nada escuchar más reproches por su parte, pero al final lo cojo, porque de no hacerlo sé que será Dylan quien me llame después.

—Dime —respondo sin ganas.

—El viernes te esperamos a cenar —su tono es seco pero no noto demasiado irascibilidad en sus palabras.

—Gracias, cuñada. ¿A las nueve como siempre?

—Sí, y no creas que ha salido de mí la invitación, yo aún sigo enfadada.

—Está bien, y lo siento por duodécima vez.

Ya no llevo la maldita cuenta de cuantas veces le he pedido perdón.

—Déjalo, Liam. No llegues tarde.

Cuelgo y se me queda un vacío en el estómago que me hace acordarme de Lara. Aunque si soy franco, no consigo olvidarme de ella.

—Hola Liam, ¿pasa algo? —Es increíblemente una buena actriz.

—No te hagas la tonta, sabes que te llamo para saber si la cita salió bien.

—Oh, Liam, me lo pasé como nunca antes. Cole es impresionante, es un hombre carismático, inteligente, hasta podría decir de él que seductor.

—¿Seductor? Vamos Lara, que te saca más de veinte años. No puedes estar con un hombre así.

—¿No? Y entonces porqué demonios me organizas una cita con él? ¿Boicot a mis citas, Liam?

Mierda, me ha pillado.

—No, no, no. Un momento. Me dijiste que tenía que ser culto, y no conozco a nadie más que él.

—También el señor Barton de la biblioteca del centro tiene pinta de haber conversado con Gabriel García Márquez y no quiero casarme con él.

Rompo a reír. No tengo ni la menor idea de quien es ese Gabriel, pero sé por dónde va.

—Está bien, perdoname. Prometo que con esta cita voy a atinar.

—No creo que lo tuyo sean las citas, Liam. ¿Cuántas citas tienes tú a lo largo de un año?

—Yo no soy de ese tipo de hombres Lara.

Era cierto, no lo era. Yo era más de quedar para desfogarme. Para calmar ese instinto natural.

—¿No? ¿No tienes necesidad de conocer a una mujer interesante que te haga reír, que le puedas contar cualquier cosa que te haya pasado, que te dé un buen consejo, que te abrace cuando estás triste, o simplemente que te abrace y sientas que no estás solo? Que te acompañe en tu camino…

—Lara. Mañana a las siete en la puerta de Russell´s —dije y colgué.

# CAPÍTULO 12

## Lara

*Wao*, eso fue lo que pensé al ver a mi cita a ciegas. Ahora se empezaba a poner todo más interesante. Bendito Liam Lancaster que ha hecho mi sueño realidad.

Fue llegar a la puerta del local donde habíamos quedado y ver aquella espalda ancha, grande, muy grande. Su altura, que probablemente estaría cerca del metro noventa, y ese moño sobre su cabeza color castaño. Ya para cuando se dio la vuelta mis hormonas estaban saltando de felicidad, y cuando vi sus ojos azules, sus labios carnosos, su nariz —porque la nariz siempre he pensado que es bien importante, y que sí está relacionada con el tamaño del miembro—, para ese momento mis hormonas acababan de desmayarse.

—Hola, Lara. Soy Jamie —sonó cruel. Sí, con esa voz rasgada que solo la imaginas susurrando tu nombre cuando te está levantando sobre su cintura.

—Hola, soy Lara —dije como una idiota. Él ya sabía mi nombre.

Jamie, como el de Cincuenta sombras de Grey. Y muy rápido empecé a calentarme por dentro, pensando en las mil maneras que podría follarme, o follármelo, o follar y punto.

—Bueno, Lara, entremos. Porque ya tengo ganas de conocerte de tanto que me han hablado de ti.

—¿Liam? —pregunté extrañada de que Liam le hubiese hablado tanto de mí.

—Claro, lleva toda la semana hablando de lo mucho que te gusta leer, el cine, las conversaciones inteligentes. Y bueno, también de lo preciosa que eres. De tus pecas, de esa manera que tienes tan especial de morderte las uñas tapándote con tu otra mano, de que siempre que llevas falda te asoma un pantalón corto por debajo, hasta me ha enumerado tus alergias de manera bien estricta e insistió en que nada de cine en la primera cita.

¿Todo eso lo había dicho Liam?

Me quedé bastante tocada después de escuchar lo que Jamie me había confesado, porque aunque él no lo sospechase lo que había dicho era bastante importante para mí.

Las ganas de tener sexo con él se fueron disipando a medida que avanzaba la noche. No estoy segura si fue después de verlo como sorbía los espagueti, o la manera en la que se comió la tarta de chocolate. Sin masticar casi, y ni que decir tiene que fue muy egoísta ya que no me dejó ni probarla. De forma automática pensé en lo egoísta que era, y no tenía sentido acostarme con alguien así, pues estaba convencidísima de que solo pensaría en correrse él y poco le iba a importar lo que yo sintiera.

Cuando nos despedimos en la puerta del local él insistió en acompañarme a casa, pero yo lo rechacé.

—De verdad no insistas, creo que es el momento en el que dé algunos pasos sola.

—Es tarde, podría ocurrirte algo de camino.

—Se defenderme.

—En serio, es pronto, podríamos pasarlo bien un buen rato.

—No, de verdad, mañana quiero madrugar.

—Venga no seas estrecha, que vas a disfrutar.

Ahí estaba el señor Grey intentando atarme a su cama, solo que sin gracia para conseguirlo.

Lo dejé cabreado en la acera y paré un taxi, porque aunque estaba solo a tres manzanas no me sentí segura. Lo vi capaz de perseguirme.

En cuanto bajé del taxi llamé a Liam.

—Me debes diez euros.

—¿Perdona? —respondió él.

—Del taxi a casa.

—Si eres una cómoda y no querías andar es tu problema, vives a cuatro pasos del lugar de la cita. Que por cierto a terminado demasiado pronto.

—Si he venido en taxi es porque mi cita no estaba aceptando una despedida educada, y al ver su insistencia en pasarlo bien como él lo ha llamado después de decirme estrecha me he visto obligada a protegerme dentro de un taxi. Me debes diez euros.

—Joder Lara, no me lo imaginaba. La verdad es que pensé que te gustaría quedar con Jamie, es un tipo sexi y hasta yo reconozco que está bueno. No conocía que no aceptase un no como respuesta.

—Pues ya ves.

—Bueno, nadie es perfecto.

¿Eso era cierto? ¿O cuando te enamoras eso cambia? Porque yo sí que veía a Liam perfecto. Salvo que salió huyendo aquella noche, por lo demás era completamente un dios para mí.

—Bueno, ¿me preparas otra cita?

—¿Quieres?

—Sí, ahora me echaré al bolso siempre mi spray de pimienta y mi navaja multiusos.

Escuché una risa al otro lado del teléfono, y después nos despedimos con un buenas noches que sonó a lo que siempre suena con Liam. A un beso dulce en mi frente.

# CAPÍTULO 13

## Liam

Mi despertador sonó a las siete en punto, con ese pitido insoportable que juré cambiar hace meses, pero que con todo esto se me había olvidado. Lo apagué a ciegas, sin abrir los ojos. Y entonces recordé que no estaba solo.

Giré la cabeza y la vi. Anna. Desnuda, dormida boca abajo, con ese pelo rubio cayéndole por la espalda y una pierna colgando fuera de la sábana. Una imagen de revista, perfecta. Y aun así, no sentí nada. Nada.

Ni satisfacción, ni orgullo por haberme acostado con una tía así, ni esa típica calma después del sexo.

Solo un vacío idiota en el pecho.

Me pasé una mano por la cara y solté un suspiro.

Cuando Lara llamó anoche, Anna ya estaba aquí.

Y fue entonces cuando todo se fue a la mierda.

Tuve que salirme al jardín para hablar con ella, con Lara, intentando que Anna no oyera mi voz, intentando que Lara no notara lo alterado que estaba.

No sé a quién intentaba engañar.

Giré de nuevo la cabeza y observé a Anna dormir.

Bonita, sin duda. De las mujeres más guapas con las que me había acostado. Y, sin embargo, me sentía como un capullo.

¿Por qué? ¿Por qué carajo me pasaba esto si nunca antes me había pasado?

Recordé la conversación de anoche, su voz.

Anna hablaba y yo solo pensaba en Lara. Todo el tiempo. Incluso cuando el repartidor de pizza pidió pasar al baño, Anna se puso histérica:

—¿Lo vas a dejar entrar? A saber dónde ha estado ese tipo. ¿Piensas limpiar el baño después?

Y yo me quedé mirándola sin entender nada.

¿Limpiar el baño por un pobre hombre que se estaba meando?

Lara habría hecho justo lo contrario.

Habría abierto la puerta, lo habría dejado pasar y, por si fuera poco, le habría ofrecido un vaso de agua o un refresco al salir. Porque ella es así. Humana. De verdad.

Con ese corazón enorme que te deja sin aire al descubrirlo.

Anna es todo lo contrario. Perfecta, sí. Pero vacía.

Como una habitación bonita en la que nunca pasa nada.

¿Y entonces por qué estaba en mi cama?

Fácil. Por rabia. Por celos. Por estupidez.

Por culpa de esa maldita cita con Jamie. Pensé que sería un éxito: dos personas guapas, con buena conversación, que se gustarían al instante. Y cuando los imaginé juntos, riendo, hablando como si se conocieran de toda la vida, algo dentro de mí se retorció.

Así que marqué el número de Anna. Porque era fácil. Porque me ayudaría a no pensar. Pero me equivoqué porque no era Lara.

Y ahora estaba aquí, en mi cama, respirando tranquila, mientras yo solo quería salir corriendo.

Sí, me gustaría que se fuera. Pero no soy tan cabrón. Así que el que se va soy yo.

Me levanté despacio, buscando la ropa tirada por el suelo. El pantalón deportivo, la camiseta, las zapatillas. Ni siquiera me molesté en ducharme.

Solo quería aire.

Antes de salir, la miré una última vez. Anna ni se inmutó. Y, por un segundo, me pregunté qué coño estaba haciendo con mi vida.

El aire de la mañana me golpeó la cara nada más abrir la puerta. Chicago todavía medio dormida, el cielo entre azul y gris, y

el viento helado que se colaba por el cuello de la sudadera me hizo estremecerme.

Empecé a correr sin rumbo, solo por moverme, por intentar dejar de pensar.

Pero no llevaba ni dos manzanas cuando la vi.

Lara.

Cruzando la calle con una bolsa en una mano y una maletita en la otra. Iba en vaqueros, con una sudadera enorme y el pelo recogido en un moño deshecho del que se le escapaban mechones por todas partes. Se frotaba los ojos con la manga y no dejaba de bostezar.

Y aun así… joder. Me resultó preciosa.

Se detuvo cuando me vio. Y esa expresión, entre sorpresa y fastidio, me dio directo donde más dolía.

—Buenos días —dijo, sin esfuerzo por sonar amable.

—Buenos días —respondí, intentando que mi voz no temblase.

Sus ojos bajaron a mis zapatillas, luego volvieron a los míos.

—¿A correr tan temprano?

—Sí, necesitaba despejarme.

—Vaya, pensé que eras más de dormir hasta tarde.

Sonríe. Esa sonrisa suya que no sabes si es burla o ternura. Y yo, por dentro, soy un desastre porque me pongo a pensar en cómo evitar no besarla.

—¿Y tú? —pregunto, solo para llenar el silencio—. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Venía a cuidar un rato de Cris. Tessa me pidió el favor.

Asiento, intentando parecer relajado, aunque por dentro tengo un nudo en el pecho.

—¿Y cómo está el pequeño?

—Bien, precioso como siempre. —Hace una pausa, me observa un segundo—. Ya duerme toda la noche me ha dicho Tessa.

Su voz sonaba dulce cuando hablaba de él. Me encantaba cuando se le iluminaba la cara así, sin darse cuenta.

Y me doy cuenta de que la echo de menos. Hasta sin haber estado con ella la echo de menos.

Joder, la echo tanto de menos que duele.

Quiero decirle algo. Cualquier cosa para que no se vaya todavía. Pero no digo nada. Solo asiento, como un idiota.

—Bueno —dijo, mirando el reloj—, debería irme. Tessa me espera.

Da un paso para irse y yo siento el impulso de detenerla. Pero no lo hago. Porque no tengo derecho.

—Nos vemos, Lara —digo al final—. Sí, supongo que sí —responde sin mirarme.

Camina calle abajo, y la observo hasta que desaparece en la esquina. Me quedo quieto, con las manos en los bolsillos, el corazón hecho un nudo y la cabeza dándome vueltas.

Y entonces me río. Una risa amarga, sin sentido.

Porque me doy cuenta de algo que no quiero admitir: Puedo correr todo lo que quiera, pero nunca voy a poder alejarme de ella.

# CAPÍTULO 14

## Lara

Tessa siempre había dicho que el día que tuviese hijos su casa parecería un campo de batalla, y vaya que sí que me lo creí nada más entrar a su casa. No hacía falta que fueran suyos los niños, de eso estaba segura. Juguetes por todas partes, una manta tirada en el sofá, el carrito de Cris aparcado junto a la escalera y ese olor dulce a colonia de bebé mezclado con café.

—Solo será un momentito, Lara, te lo prometo —me dijo mientras buscaba sus llaves y su bolso al mismo tiempo, con la chaqueta medio puesta—. El médico me ha dado cita a última hora, y si la pierdo me matan.

—Tranquila, Tessa, ve sin prisa. Yo me quedo con este pequeñajo. —Le hago una mueca a Cris, que me mira con esos ojitos redondos como si entendiera cada palabra que yo digo.

—Ay, eres un sol. —Me da un beso rápido en la mejilla y ya va saliendo, pero antes de cruzar la puerta se gira—. Por cierto, por si regresa Dylan antes de que yo haya regresado y decides irte… esta noche podrías venir a cenar con nosotros.

—¿Cenar? ¿Pasa algo? —pregunto, arqueando una ceja.

—Tranquila, es sobre trabajo. —Sonríe con ese brillo misterioso que me da un poco de miedo—. Creo que puede interesarte mucho. No es el trabajo de tu vida, posiblemente, pero… bueno, últimamente parece que se te resiste encontrar uno, y Dylan y yo hemos pensado que esto te vendría genial.

—¿En serio? —Mi voz sale más alta de lo que esperaba.

—En serio —dice, riendo—. Así que esta noche, a las nueve. No llegues tarde.

Y se va. Justo así, dejándome con la cabeza a mil y un bebé que me mira como si también esperara una explicación.

Suelto un gritito ahogado y empiezo a dar pequeños saltitos con Cris en brazos.

—¿Lo has oído, pequeñín? —le digo mientras le doy un par de besos en la mejilla—. ¡Dentro de poco tendré trabajo!

Cris sonríe, o al menos eso parece. Y me derrito.

—Y con ese trabajo —sigo, moviéndome con él por el salón— podré comprarme un coche, y después podré alquilar un apartamento para mí sola, sin tener que compartir con tres chicas y un gato que no me soporta. ¿Qué te parece, eh?

Él emite un gorgojeo.

—Oh, ¿eso es lo que creo que he oído? —le contesto con voz aguda, como si hablase con un adulto—. Gracias, Cris, agradezco que me des la enhorabuena. La verdad es que tienes razón, me lo merezco.

Lo dejo en su mantita de juegos y me siento junto a él.

El salón está tranquilo, con la luz suave del amanecer colándose por la ventana. Cris agita sus manitas y yo muevo los muñecos delante de él.

—¿Qué tal si jugamos un poco? —le pregunto, aunque no espero respuesta.

Aun así, el pequeñajo suelta una carcajada diminuta que me hace reír también.

Estamos así, entre risas y sonajeros, cuando suena el timbre.

Miro el reloj. Tessa lleva apenas diez minutos fuera. Frunzo el ceño.

—¿Se habrá olvidado algo? —murmuro, levantándome con Cris en brazos.

Camino hasta la puerta, tarareando sin pensar, y cuando la abro…

El mundo se me detiene.

Liam.

Allí. De pie, con la misma camiseta gris que llevaba hacía un rato, el pelo despeinado y esa mirada que no sé si me enfada o me arrastra.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sujetando mejor al bebé.

No responde. Solo da un paso hacia mí.

Y antes de que mi cerebro pueda procesar nada, me besa. Un beso de esos que no avisan. Ni suaves ni tranquilos. De los que te roban el aire y te encienden las mejillas. Mi primera reacción es quedarme quieta, en shock. Después siento el calor subir desde el estómago hasta la garganta, y ese maldito temblor que reconozco perfectamente. Su boca sabe a chicle de menta.

Cuando se separa solo unos centímetros, sus ojos buscan los míos. No dice nada. Y, sinceramente, no hace falta.

Yo tampoco puedo hablar. Solo aprieto un poco más a Cris, que nos observa con cara de no entender absolutamente nada.

—Liam… —susurro al fin, intentando recuperar el aliento—. ¿Qué demonios…?

Él sonríe, leve, con esa media sonrisa que siempre me complica la vida.

—Tenía que hacerlo —dice, como si eso lo explicara todo.

Y tal vez, en su cabeza, lo haga.

Pero en la mía… es justo lo contrario.

—¿Pero tú estás loco? —le grité con el corazón desbocado y Cris mirándome como si estuviera viendo una telenovela.

Liam seguía ahí, impasible, con los labios aún húmedos.

—Lárgate.

—Lara, yo solo…

—He dicho que te vayas, Liam. Ahora.

Él apretó la mandíbula, bajó la mirada hacia el bebé y luego volvió a mí.

—Lo siento —murmuró.

Y se fue. Así, sin más.

Cerré la puerta tan fuerte que el marco vibró.

Y cuando por fin me atreví a respirar, Cris empezó a llorar.

—Tranquilo, pequeñín —le dije con voz dulce—. Todo está bien… aunque tu tío esté completamente loco.

Mentía, claro. Nada estaba bien.

Cuando aparqué frente a la casa de Tessa y Dylan, ya era de noche y el aire olía a lluvia.
Llevaba más de una hora ensayando mentalmente cómo actuar normal con mi prima y con Dylan, no quería que me notasen nada, y sabía que con Tessa era realmente difícil, pero en cuanto crucé la puerta y vi a Liam sentado en el sofá del salón, todo mi esfuerzo se fue a la mierda.

—Lara, justo a tiempo —dijo Tessa, sonriente, acercándose para darme un abrazo—. Estábamos esperándote.

Genial.

—Oh, hola —saludé con la mejor sonrisa falsa de mi repertorio, intentando no mirarlo.

Liam se levantó, disimulando, iba vestido con una camisa oscura y el pelo todavía húmedo, como si se hubiera duchado justo antes de venir. Como si lo hiciera a propósito para desestabilizar mis sentidos cuando lo oliese de cerca, y la verdad era que no me sorprendía que fuese así.

Él siempre aparece cuando menos lo quiero cerca… y cuando mejor está.

—No sabía que venías —dije, fingiendo sorpresa.

—Yo tampoco —contestó con ese tono tranquilo que me pone de los nervios—. Dylan me dijo que te esperábamos hace solo un rato.

Claro, Dylan. Mi primo favorito, su hermano y mi peor enemigo a la vez.

Nos sentamos a la mesa. Tessa sirvió vino, Dylan trajo el asado y el ambiente era tan familiar que casi me olvidé de que tenía enfrente al hombre que me había besado sin permiso unas horas antes. Casi.

—Bueno —dijo Tessa, después del primer brindis—, antes de hablar del tema del trabajo, cuéntanos, Lara, ¿cómo van tus citas a ciegas?

Puse los ojos en blanco y solté una risita.

—Oh, genial, justo el tema que todos queríamos tocar —ironicé, dejando la copa en la mesa.

—Vamos, no te hagas la interesante —intervino Dylan—. La última vez que te vi dijiste que había un tal Jaime o Javi…

—Jamie —corrigió Liam sin levantar la mirada del plato.

—Eso, Jamie —repitió Dylan—. ¿Qué fue de él?

—Nada —respondí con una sonrisa falsa—. Primero cené con Federico García Lorca y después con Rocco Sigfredo. Nada que resaltar de ninguna de las dos citas, aunque al menos una fue más poética que la otra.

Tessa se atragantó con la risa. Dylan soltó un bufido. Y Liam… levantó lentamente la mirada hacia mí.

—Pero mañana tengo una cita de verdad —añadí, dándole un sorbo al vino y disfrutando del silencio que se formó—. No me la ha buscado nadie, y creo que esta vez sí va a ser la correcta.

Pude sentir la tensión a mi alrededor. Liam apoyó el codo en la mesa, fingiendo indiferencia.

—¿Ah, sí? —dijo con una calma que no se creía ni él—. ¿Y quién es el afortunado?

Le devolví la mirada. Despacito, disfrutando cada segundo.

—Lo conoces —dije.

—¿Lo conozco? —repitió, frunciendo el ceño.

—Sí. Es amigo tuyo. Se llama Alan. ¿Te suena?

El cubierto se le resbaló un poco, y yo tuve que contener la sonrisa.

—¿Alan? —repitió, como si necesitara confirmarlo—. ¿Alan Mitchell?

—Ese mismo. Me llamó esta tarde, mientras venía hacia aquí. Me propuso vernos mañana, y… bueno, me pareció un encanto.

—Vaya —murmuró Tessa, mirando entre los dos como si estuviera viendo un partido de tenis—. No sabía que Alan y tú teníais ese *feeling*.

—Nos cruzamos un par de veces —dije encogiéndome de hombros—. Además, siendo padre, ya sabes… me da buena espina.

Clavé la mirada en Liam y solté, con toda la intención del mundo:

—Al menos espero que no salga corriendo.

El silencio que siguió fue delicioso.

Tessa levantó una ceja. Dylan carraspeó. Y Liam me miró con enfado.

—Parece que alguien no ha olvidado nada —murmuró él.

—Yo nunca olvido —le respondí sin apartar la vista.

Después tomé otro sorbo de vino y sonreí.

No sé si fue la luz cálida del comedor, el olor del asado o el vino caro, pero en ese momento entendí una cosa: Jugar con fuego era peligroso. Pero con Liam Lancaster… Era imposible no hacerlo.

# CAPÍTULO 15

## Liam

—Más te vale tratarla bien —dije antes de colgarle el teléfono a Alan.

Sí, lo había llamado. Tenía que asegurarme de que seguía pensando en llevarla al cine en esa primera cita. Y si no me había mentido eso era justo lo que tenía en mente.

Así que esa cita iría directa al cajón de las otras, a donde Lara guardaba esos fracasos.

Quedaban solo dos horas para que diese comienzo el show y yo no podía relajarme, así que decidí que tenía que salir de casa, irme a dar una vuelta, entrar en algún antro de mala muerte y tomarme unas cervezas mientras jugaba a algún estúpido juego en mi móvil. Lo que fuera con tal de no quedarme en mi casa pensando todo el tiempo en la cita de Lara.

Acababan de dar las doce y no tenía noticias de Alan, le había dicho que después me llamase para contarme que tal había ido todo con Lara. De ella no esperaba ninguna llamada, claro. Y el no tener noticias de él me hacía pensar que todo había salido mal y el ego de mi amigo estaría tan tocado que lo último que le apetecería sería contarme el desastre de su noche.

Entonces me relajé un poco más y me pedí otra cerveza, que sumada a las dos que llevaba era la tercera, y con el estómago vacío, porque no había parado a cenar en ningún sitio antes de entrar allí.

Alguien por detrás me rodeó con sus brazos. Durante un instante me imaginé que era Lara, cansada de dar tumbos en citas absurdas con personas que no la iban a comprender jamás. Pero el sueño aunque bonito, era irreal, pues solo por un beso me había desterrado de su vida.

Me giré para descubrir la dueña de aquellos suaves brazos, y me encontré con Anna.

—¿Qué haces aquí Anna?

—¿Esa es tu forma de saludar a una amiga?

Tenía razón. Estaba siendo un maleducado y ella no tenía la culpa del desastre de mi vida.

—Perdona, pero me he sorprendido. De todos los lugares de Chicago, quizá este es el último donde pensé encontrarte.

—Te he seguido.

Lo dijo tan natural que me lo creí.

—¿Por qué?

—De verdad piensas que te voy a seguir, Liam. No sueñes cariño. Estás bueno, pero no eres nada del otro mundo. Vine con una pareja de amigos. ¿Te unes? Vamos a jugar a los dardos.

Tanto pensar en Lara me estaba pasando factura. Así que acepté le invitación de Anna y me uní a su amigo y a su amiga que ya estaban recogiendo los dardos de la barra.

La noche avanzaba de lo más divertida, de esas que empiezan sin plan y terminan con más risas de las que te imaginas. Creo que ninguno de los cuatro teníamos mucha puntería, y casi todos habíamos bebido demasiado como para seguir tirando armas puntiagudas en un sitio repleto de gente, así que al final acabamos sentándonos en la zona de los sillones de piel, que casualmente era la más oscura del local.

No pretendíamos enrollarnos ni nada que se le pareciera, bueno, yo hablo por mí. Porque al poco de estar allí y pedir otra cerveza, Roy y Tina empezaron a comerse el morro como si lo llevasen deseando desde que nacieron. Y Anna se rio al verlos, creo que ella tampoco se lo esperaba.

Yo solo podía mirar de reojo, intentando concentrarme en no derramar mi cerveza sobre mi camiseta, mientras seguía dándole vueltas a todo lo que había pasado esa semana. Todo ese rollo con Lara, la cena en casa de Tessa y Dylan, y ese beso que me había dejado sin aire. Sí, todavía me estaba recuperando de eso.

Y mientras estaba perdido en mis pensamientos, Anna me dio un codazo en el brazo con el que sujetaba mi bebida que casi me tumba la cerveza:

—Parece que corremos peligro, Liam —me dijo, riendo y señalando a una pareja que estaba justo detrás de nosotros—. Aquí las parejas no paran de besarse. Creo que o nos levantamos y nos vamos, o seremos los próximos.

Miré hacia donde me señalaba y, ¿cuál fue mi sorpresa?

Mis ojos se abrieron como platos. Allí estaban ellos. Lara y Alan.

Oh, claro. Tenía que ser Alan. Tenía que ser ella.

Justo cuando pensaba que podía olvidarme de todo por unas horas, allí estaban, riéndose y rozándose los labios con una naturalidad que me golpeó como un puñetazo de celos en el estómago.

No pensé demasiado. Me levanté sin decir nada, con el poco equilibrio que caracteriza a un borracho pasado de cervezas. Y, claro, el karma existe.

Mi pie decidió que quería hablar con el suelo más que conmigo, y en un movimiento casi de película terminé cayendo de bruces sobre la alfombra del local, armando tal jaleo que todos los que estaban cerca se giraron para mirarme.

—¡Liam! —oí gritar a Anna, mientras mi cara se estrellaba contra el sofá y parte de la cerveza se me derramaba por la camiseta.

Y allí estaba yo. En el suelo. Con cara de idiota. Intentando recomponerme mientras mis manos se apoyaban torpemente sobre la piel del sillón, que estaba fría y pegajosa por alguna bebida derramada de antes.

Y entonces me vio Lara.

Estaba mirándome. Con esa mezcla de sorpresa y diversión que no sabes si te consuela o te mata.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, con la voz apenas audible por encima de la música y las risas que nos rodeaban.

—Sí, sí… perfecto —balbuceé, aunque estaba claro que perfecto no. Mi equilibrio y yo habíamos decidido declararnos en huelga.

Ella no podía evitar sonreír. Yo podía notar que estaba conteniéndose la risa, y eso me irritó y me hizo sentir ridículo al mismo tiempo.

—Vaya, vaya —murmuró, inclinándose ligeramente para acercarse más sin dejar de sostener la bebida que tenía en la mano Alan—. Te veo bien…

—Estoy bien… sí, exacto —respondí, intentando levantarme y resbalando un poco en el proceso—. Eso es… completamente bien.

Y mientras trataba de recomponerme, Anna apareció a su lado.

—¿Está todo bien? —preguntó, divertida.

—Sí, sí, todo… genial —dije, echando un vistazo rápido a Lara.

Sus ojos brillaban con algo que no podía identificar del todo: diversión, incredulidad, tal vez un poquito de satisfacción.

—Parece que alguien ha bebido demasiado —dijo Alan con una sonrisa, cruzándose de brazos.

Y yo… yo estaba jodido. Porque allí estaba Lara, riéndose por dentro y por fuera, con Alan cerca, y yo en el suelo pareciendo un idiota mientras todos los demás me miraban como si fuera el protagonista de un circo.

Intenté levantarme de nuevo, apoyando el codo en el sillón, y esta vez lo conseguí, aunque tambaleándome.

—Sí, perfecto… solo una caída sin importancia —balbuceé, mientras mis mejillas ardían y sentía que mi ego se hacía trizas.

Lara me miró, se inclinó un poquito más y susurró:

—Pide un taxi, ¿vale?

—Sí —dije.

Y con ayuda de Anna me marché de allí.

# CAPÍTULO 16

## Lara

Era mi cumpleaños. Una fecha de la que pocos se acordaban, sobre todo porque el día anterior había sido Halloween, y después de ese día todos estaban en modo resaca, olvidando todo lo importante, incluido mi cumpleaños.

Estoy acostumbrada a que pocos me feliciten.

Y no hablemos de regalos: desde que me hice mayor, esos pasaron a mejor vida. No me importa del todo, claro, no es que sea una amargada, pero hay algo en recibir al menos un feliz cumpleaños que hace que el día se sienta un poquito más mío.

Alan y yo llevamos cerca de un mes. Sé que debería saber la fecha exacta, más cuando el tiempo es tan poco, pero no estoy segura si lo nuestro empezó el día seis o el ocho. El caso es que es cerca de un mes.

Me ha llamado esta mañana para decirme que bajase al portal de mi piso, que tenía algo que darme.

Y lo primero que me vino a la cabeza es que él sería el único que me iba a felicitar y regalar.

Ahí fui, bajé las escaleras en pijama porque me dijo que me diese prisa y, al parecer, su prisa y la mía no tenían nada que ver.

En lo que llevo esperando me he cruzado con tres vecinos que me han mirado horrorizados y con el cartero que hasta me preguntó si me había dejado las llaves dentro. Nadie debe creerse que me atreva a estar en la calle con mi pijama de Winnie de Pooh,

pero ahí estaba yo, orgullosa de mi atuendo y temblando de emoción por el regalo que iba a recibir.

Y allí estaba Alan. Sí, Alan, con una sonrisa de esas que te hacen sentir que todo va a estar bien, aunque no sepas muy bien por qué.

—¡Lara! —me dijo, y me dio un beso en la mejilla—. ¿Qué haces en pijama?

—Esperándote —respondí intentando parecer tranquila, aunque la verdad es que mi corazón latía demasiado rápido y mis pensamientos no paraban de girar.

Alan arqueó una ceja y se rio.

—¿Por qué pareces tan ilusionada? ¿Qué pasa? —me preguntó, cruzándose de brazos.

—Nada… —murmuré, intentando sonar despreocupada mientras no podía dejar de mirar por todas partes para intentar descubrir cual era mi regalo.

—Estás rara —dijo.

—Bueno… ya sabes…

Por fin me di cuenta de que no llevaba nada en las manos, así que empecé a hiperventilar rápido pensando que lo que iba a regalarme era algo más pequeño, y como últimamente lo veía tan atento, mi mente empezó a hacer de las suyas y pensé que lo que me quería regalar era una joya.

Mierda, mierda, recuerdo que pensé que no estaba preparada todavía para esto. Así que en cuanto trató de abrir la boca le dije:

—Es muy pronto para lo que pretendes regalarme.

—¿Regalarte?

Vaya, no se acordaba que ayer le dije que hoy era mi cumpleaños, era normal estaba demasiado preocupado con el tema de su hijo.

No pasa nada.

—Lara, ¿¿¿¿hoy es tu cumpleaños???? Vaya perdoname, no me acordaba, ¿me lo has dicho? joder que estúpido. Bueno, tengo algo de prisa, yo quería darte una cosa porque me marcho ya al trabajo, y resulta que mi hermana necesita mi coche y no tengo manera de dejarle las llaves en ningún sitio... no puedo esperarla.

¿Me haces el favor de llamarla? Ahí mismo está su teléfono. Gracias, eres un sol.

Y se marchó. Y yo me quedé sin mi felicitación, y con cara de idiota. pero lo mejor llegó después, mientras salía corriendo a la parada de bus.

—Por cierto, ¿no te da vergüenza salir a la calle en pijama? Eres muy valiente.

No respondí, no hacía falta hacerlo, porque de haberlo hecho, quizá hubiese hecho alusión a su olor de boca mañanero, a sus calcetines ridículos, a su peinado rococó que cree que está de moda. Y no me hubiera faltado el comentario haciendo referencia a la gramática. Se me, no me se. Y se dice abuelo y no *aguelo*.

Subí de inmediato a mi piso y mi compañera me avisó malhumorada, que era su estado normal, que mi teléfono no había dejado de sonar todo el tiempo que me había ido.

Me dirigí hacia mi dormitorio que era donde lo había dejado y me sorprendí al ver que era Liam quien había hecho aquellas seis llamadas.

No quería hablar con él, no lo habíamos hecho desde que nos encontramos en aquel bar de copas en el que acabó borracho perdido y cayéndose a cada paso, pero dentro de mí algo me decía que debía hacerlo.

Me tumbé en la cama y pulsé.

—¿Lara? —Su voz. Esa voz que casi estaba olvidando me hizo erguirme.

—Hola, Liam.

—Felicidades. —Era el primero en decirlo ese año.

—Gracias. No creí que supieras que hoy era mi cumpleaños.

—Me lo dijiste aquella noche cuando te pregunté cuántos años tenías, me dijiste la fecha, tu horóscopo, y también el nombre de todos tus hermanos.

Me reí. Era imposible que recordase aquello.

—Venga, dime sus nombres.

—Fácil. Spencer, Evan, Landom, Scott, Milles y Declan.

—Somos ocho. Te falta alguien.

—Me has dicho hermanos. Ella se llama Lia.

—Me sorprendes Liam. ¿Cómo estás?

—Bien, con los finales a la vuelta de la esquina y con los entrenamientos más duros que nunca.

—Yo empecé a trabajar en Lancaster Holding, bueno imagino que lo sabrás por tus hermanos.

—Sí, la verdad es que sí, y también sé que están contentos contigo.

—Bueno Liam, voy a dejarte, tengo que prepararme para hacer un recado —le dije y no le mentí porque tenía que llamar a la hermana de Alan para quedar con ella y entregarle las llaves.

—No, no espera, no me cuelgues. Tengo algo para ti. ¿Puedes bajar?

—¿Ahora?

—Yo estoy abajo —me dijo y me puse tan nerviosa que me caí de la cama.

—¿Qué ha sido ese golpe?

—Nada, nada —disimulé.

—¿Bajas?

—Voy ya mismo.

Bajé, y en cuanto salí del ascensor me di cuenta de que seguía en pijama. Y claro, después del chafón de lo de Alan, pues quise que me tragase la tierra, pero él ya me había visto, y yo a él.

¿Cómo fue verle?

Fue como subir a la noria por primera vez, se me encogió el estómago, sentí un mareo, y después unas terribles ganas de vomitar. Había olvidado ese poder que ejercía Liam en mí.

Pero no fue lo único que me hizo tener vértigo, porque ver lo que llevaba en las manos tampoco ayudó.

—Felicidades Lara, imagino que no soy el primero en felicitarte, pero no quería que pasaran los días y no haberlo hecho. Además de que te había comprado un regalo…

Lo vi sonrojarse, o quizá solo fue el reflejo del autobús que pasó en aquel momento frente a nosotros.

—No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé, pero me apetecía.

Me entregó un paquete perfectamente envuelto.

Me quedé observándolo un rato, después lo miré y pude ver que sonreía.

—¿Sabes que el regalo está dentro, no?

—Qué tonto eres.

—Tienes que abrirlo para saber lo que es.

—Vale, vale, voy.

No sabía si hacerlo rápido o despacio. Porque cuando no te esperas un regalo de alguien como él no estás preparada para algo así, pero debido a la insistencia pues actué creo que más rápido de lo que deseaba.

¿Por qué Liam me hacía un regalo? En realidad solo habíamos tenido una cita, o media cita según se mire. Desastrosa, eso sí. Nos llevábamos regular, y hasta me había buscado hombres para quedar con ellos, estaba claro que no imaginaba lo que había llegado a sentir por él, o lo que siento por él. De eso último no estoy muy segura porque yo misma me confundo a veces.

Dos libros.

—¿Dos? —pregunté.

—No sabía cuál elegir.

Los miré y vi que eran dos obras literarias famosas. Sí, románticas, preciosas.

—Cualquiera de ellos habría sido una muy buena elección.

—Primero pensé en Los puentes de Madison. Según la librera lanza un mensaje que nos va mucho.

Lo vi cómo se sacaba de su bolsillo vaquero del pantalón una notita.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté.

—Me dijo que la trama es sobre una amor fugaz pero transformador, y que como frase destacada del libro diría que: En un universo de caos, tú y yo fuimos una constelación perfecta.

¿¿¿¿Qué cojones quería decirme con eso?????

No tuve valor de preguntar porque no estaba preparada para que me estuviese gastando una broma. Así que puse el de abajo sobre este y leí.

—El amor en los tiempos del cólera, de Gabriel García Márquez.

—Este lo elegí yo, recuerdo que lo leí hace unos años y creo que te puede gustar.

—No sé… —recuerdo que dudé.

—Léelo y me cuentas, solo te diré que yo no sé si podría esperar más de cincuenta años o me volvería loco antes.

No entendí lo que me dijo, pero igualmente sonreí y prometí empezar a leerlo aquella misma noche.

—Muchas gracias Liam, y para que sepas eres el primero que me felicita en condiciones y absolutamente el único que me ha regalado algo este cumpleaños.

Liam sonrió ampliamente y me dijo que se alegraba y como despedida me dio un beso en la mejilla que me debió subir unos tres tonos.

Me despedí con un adiós que se me quedó corto en la garganta y retrocedí para volver de nuevo a mi piso, pero antes de que la puerta se cerrase, Liam me gritó desde un par de metros de distancia.

—¡Por cierto, me chifla tu pijama!

# CAPÍTULO 17

## Liam

Las tardes de Viernes con el equipo eran de todo menos tranquilas, y yo aquel día necesitaba un poco de paz, bastante tenía con mi cabeza dándole vueltas todo el rato a lo mismo. Lara, Lara y su pijama de ese maldito oso, Lara sonriendo cuando vio que tenía un regalo para ella, Lara y su perfume de vainilla cuando me acerqué a darle un beso, y el tacto suave de su mejilla cuando mis labios la acariciaron.

—Liam, te están preguntando qué quieres tomar, —La voz de John me sacó de mi nube especial.

—Un agua con gas, por favor —pronuncié mirando al camarero.

—Tío estás raro —me dijo John—. ¿Ha pasado algo que deba saber?

—Nada que puedas resolver, amigo, pero gracias.

—¿Una mujer? No me jodas, Liam. Si la última vez que empezaste a notar algo raro por una saliste corriendo, ¿no puedes hacer lo mismo?

—Eso no funciona tío, no lo intentes tú.

—¿Me estás intentando decir que te has enganchado de la tía que dejaste tirada?

—Baja la voz —le pedí mirando de reojo a Alan.

—Noooooo —me dijo casi con un hilo de voz.

—Increíble, ¿verdad?

—Más que eso. Y encima voy a tener que verla con el tonto de Alan.

—No creo que le dure mucho, ya sabes como es, siempre hace lo mismo. Las caza a todas con eso de que tiene un hijo, y después se dan cuenta de toda la verdad.

—¿La verdad?

—No te habrás creído que Alan no puede ver a su hijo, ¿no? El cabrón le pasa la manutención y se lava las manos, hace un año que ella le pidió ayuda para regresar a Chicago, y él le dijo que no.

—No me lo puedo creer.

—Créetelo. El muy sinvergüenza va de padrazo y es un cómodo despreocupado.

Pensé en que tenía que contárselo a Lara, pero después algo me dijo que iba a parecer que quería dejarlo mal, así que decidí guardar silencio.

Después de tomarnos algo nos despedimos en la puerta del local y no fue casualidad que Lara llegase en aquel momento, pues había quedado con Alan. Imaginé que habrían quedado para celebrar su cumpleaños. Había sido ayer y como era viernes…

Nos saludamos al vernos.

—Lara, estás muy guapa. —No mentí. Estaba preciosa con aquel vestido de flores rojas.

—Gracias, Liam.

—Bueno chavales, yo me voy con mi chica que creo que hoy es el día —dijo Alan.

No me lo dijo a mí evidentemente porque le hubiese reventado la nariz pero lo escuché cuando me despedía de los chicos. Le lancé una mirada asesina que creo que fue suficiente. Aunque poco podría hacer si Lara quería seguir viéndolo.

Me marché a casa con una sensación muy muy extraña en mi interior, era como una necesidad de aparecer donde fuera que estuviesen y joderles el plan, y a la misma vez también pensaba en que quizá Alan con Lara sentaría la cabeza y dejaría de comportarse como un estúpido, y si ella era feliz pues porqué joderles la vida solo porque yo no lo era.

# CAPÍTULO 18

## Lara

Había llegado hasta el lugar en control remoto, no recordaba ninguna de las calles por las que había andado hasta llegar a la puerta de aquel local donde minutos antes habíamos quedado Alan y yo. Y cuando vi la cara de Liam entre todas las de sus compañeros de equipo me vine abajo, porque era verlo y sentir que mi mundo se colocaba bocabajo.

Me había dicho que estaba guapa, aunque yo sabía que era mentira, porque llevaba las ojeras más profundas que jamás nadie había lucido en su vida. Y la culpa la tenía él. Él y ese maldito libro que me había regalado el día anterior. ¿Mensaje implícito? ¿Quería volverme loca? Vaya que sí, porque lo que esas páginas escondían no tenía ningún sentido, no al menos para mí viniendo de él.

Nada más quedar frente a Liam tuve la necesidad de decirle que era un imbécil, y que se riera de su madre si es que ella lo dejaba, pero no pude, no me atreví. Simplemente le sonreí al escuchar su cumplido y después al alejarme le volví a sonreír en gesto de despedida.

Me quedé mirando el libro entre las manos cuando lo saqué del bolso, no sabía por qué extraña razón lo había traído conmigo, y aquella sensación de estar sosteniendo algo más que un simple objeto no se me iba. En ese momento me di cuenta de que no era nuevo; se notaba en el lomo gastado, en las esquinas dobladas y en

el papel amarillento que olía a polvo y a tiempo. Pero eso era lo que más me desarmaba: Liam nunca hacía nada por casualidad.

Estábamos en el piso de Alan, y él había ido a la cocina a por algo de beber, y el silencio de la casa se me antojaba demasiado grande. Me hundí en el sofá, dejé que el libro descansara sobre mis rodillas y lo abrí despacio, como si temiera que se deshiciera entre mis dedos. Las primeras líneas se mezclaron con el sonido lejano de sus pasos en la otra habitación.

‹‹El amor no se detiene ante la vejez ni ante la muerte››.

Leí esa frase una y otra vez, hasta que me ardieron los ojos. ¿Por qué me había regalado *ese* libro?

No era un libro cualquiera, sino una historia sobre el amor que espera, que sobrevive al tiempo, que no muere aunque todo lo demás cambie. ¿Era solo una elección inocente? ¿O había algo más escondido entre esas páginas?

Cerré los ojos y, sin quererlo, vi a Liam. Lo imaginé como Florentino Ariza: obstinado, silencioso, condenado a amar sin tocar. Pude verlo esperándome durante años, con esa paciencia suya que desesperaba y con esa mirada que parecía que siempre estaba a punto de decir algo importante y callarlo al final.

Y entonces pensé en mí, en lo cobarde que sería si acabara siendo como Fermina Daza, eligiendo lo correcto, lo seguro, lo que no doliera ni me hiciera sufrir.

El sonido del agua corriendo en la cocina me devolvió a la realidad. Alan seguía allí, tarareando algo. Él era lo contrario de Liam. Era el doctor Urbino de la historia: razonable, presente, bueno. El tipo de hombre que cualquiera querría tener a su lado. El tipo de hombre con el que se podía construir una vida sin sobresaltos. Y aun así, mientras lo pensaba, algo en mi pecho se resistía a esa paz. ¿Podría casarme con un hombre así? ¿Podría amar sin ese vértigo, sin esa incertidumbre que siempre traía el recuerdo de Liam?

Abrí el libro otra vez.

‹‹La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos››.

Sonreí, aunque por dentro me dolía. Con Liam todo era eso: recuerdo magnificado. Un gesto, una palabra, un silencio bastaban

para que mi mente construyera castillos imposibles. Y allí estaba yo, en casa de otro hombre, estrujándome el cerebro para entender qué había querido decirme con aquel regalo.

¿Era una despedida? ¿Una promesa? ¿Una confesión? ¿Esperaría él por mí, como Florentino esperó por Fermina durante toda una vida?

Me llevé una mano al cabello, frustrada. Quizá estaba leyendo demasiado. Quizá solo era un libro. Pero el temblor en el pecho me decía que no. Que no podía ser solo eso.

Alan apareció en el umbral con dos copas en la mano y su sonrisa tranquila como acostumbraba cada vez que me miraba. Me apresuré a cerrar el libro y lo metí de nuevo en mi bolso, como si nada hubiera pasado.

—Espero que te guste este vino —dijo.

—Seguro que sí —respondí, y sonreí, fingiendo una calma que no tenía.

Pero mientras él se sentaba a mi lado y me hablaba de cualquier cosa, yo solo pensaba en las palabras que anoche había subrayado dentro de ese libro. Y en que, por mucho que lo negara, Liam seguía allí, entre las páginas, ¿esperándome?

—Por nosotros —dijo, alzando su copa.

Choqué la mía con la suya y bebí un sorbo, más por cortesía que por deseo, porque la verdad es que estaba allí como podría estar en la cola del super esperando mi turno.

Él me miraba con esa calma que le era tan propia, como si todo en el mundo tuviera solución, como si nada lo alterara. En su mirada había ternura, sí, pero también una pregunta muda, algo que yo no sabía responder.

Quise hablarle, pero las palabras se quedaron atrapadas en la garganta.

—Lara —susurró, apenas rozándome la mejilla con los labios.

Su cercanía me estremeció, no por el deseo, sino por el peso de lo inevitable. Alan era un buen hombre. El tipo de hombre con el que una mujer debía quedarse.

Honesto, trabajador, padre… El tipo de hombre que no hacía promesas vacías. El que no te rompía el corazón, sino que lo sostenía con cuidado. Y aun así, mientras él me besaba, yo sentía que algo dentro de mí se resistía.

Cerré los ojos, intentando convencerme.

Aquello estaba escrito, me dije. Mi vida, mi futuro, mi deber. Alan era lo correcto. Y lo correcto debía bastar.

Sus manos subieron lentamente por mis brazos, hasta el borde del vestido. Sentí cómo rozaba los primeros botones y cómo su respiración se mezclaba con la mía. Yo quería quererlo. Quería que ese momento me pareciera perfecto. Pero en el instante en que el primer botón cedió, algo se me escapó de los labios, un suspiro con forma de gemido, un nombre que no debió salir jamás.

—Liam… —murmuré.

El silencio fue inmediato. Alan se apartó despacio, sin comprender al principio. Me miró con el ceño fruncido, la confusión aún más dolorosa que el enfado que vino después.

—¿Qué has dicho? —su voz me estremeció.

Me quedé inmóvil, deseando poder volver atrás, borrar ese segundo.

—No sé por qué lo he dicho —mentí torpemente.

Él se levantó del sofá y con un golpe seco en la mesa dijo:

—No es nada —repitió, con una risa amarga—. Dices el nombre de otro hombre mientras estoy contigo, y pretendes que no signifique nada.

No supe qué decir. La vergüenza me subió a la garganta, espesa, insoportable.

—Lo siento, Alan. No quería…

—No querías, pero lo has hecho —interrumpió, pasándose una mano por el pelo sin poder mirarme—.
¿Sabes lo que más duele, Lara? Que he intentado ser paciente, que pensé que tarde o temprano dejarías de pensar en él. Porque sabía que algo sentías por Liam cuando os vi llegar a aquella comida, en la forma en la que lo mirabas…

Sus palabras fueron un golpe que no supe esquivar. Bajé la mirada, temblando.

—Yo también lo creí —susurré.

El silencio se hizo largo, lleno de todo lo que no podía decirse.

Él respiró hondo, y durante un segundo pareció que iba a disculparse, pero no lo hizo.

—No puedo competir con un fantasma, porque eso es lo que es, ya que no está aquí —dijo finalmente, antes de apartarse hacia la ventana.

Me quedé allí, mirándolo. Pero no había nada que pudiese decir que borrase lo que había pasado.

Solo quedaba el eco de su voz, el nombre que no pude contener… y el amor que seguía, obstinado, esperándome desde lejos.

Asi que agarré mi bolso y me despedí, para siempre.

# CAPÍTULO 19

## Liam

Otra cena en familia, eso era lo que necesitaba para aquel sábado, cenar con Tessa, la que me recordaba en cada indirecta que salía de su boca que la había cagado con su prima.

—¿Estás serio, Liam? ¿Alguien te ha dejado tirado en una cena?

Al menos esta vez mis hermanos salieron en mi defensa.

—Creo que ya ha pasado mucho tiempo como para que a cada poco se le recuerde algo que hizo mal. ¿Vas a estar así toda la vida? —dijo Dylan mirando a su mujer enfadado.

—No pasa nada, lo merezco. Fui un estúpido.

—¿Ves? Él sabe que es un idiota —respondió Tessa.

—Bueno, bueno, dejemos el tema que hoy nos reunimos para anunciar una celebración —añadió Emma.

—¿Qué celebración? —preguntó Dylan.

—Hemos pensado que finalmente el pequeño Cris será bautizado. Sí, en la iglesia familiar, con el padre Jonás, sí, también eso.

—Vaya, veo que alguien ha ganado el pulso —dije.

Mi hermano Marcus me guiñó un ojo, y mi madre se levantó de la mesa para abrazar a Emma por el gran esfuerzo que sabía que iba hacer bautizando al niño.

—Lo malo de esto —interrumpió Marcus—, es que no hay mucho tiempo. Porque ante el peligro de que cambie de opinión, hemos decidido que debe ser ya. La semana próxima.

—¡Sí hombre! —dijo Dylan.

—Sí, sí. O eso o no hay bautizo —replicó Emma.

Miré a Cris que dormía plácidamente en brazos de su madre, ajeno al alboroto que causaba su llegada al mundo.

Yo intentaba parecer relajado, sonreír lo justo, mantener la compostura. Desde que Alan y Lara eran oficialmente lo que fuese que eran, todo se había vuelto más incómodo en mi vida. No podía evitar verlos juntos cada vez que cerraba los ojos. Así que masticaba despacio, bebía poco y hablaba menos.

Emma carraspeó un par de veces, con esa sonrisa de quien esconde algo que sabe que va a ser como una bomba cuando lo suelte, Marcus le tomó la mano y ambos intercambiaron una mirada cómplice antes de que ella se pusiera en pie.

—Bueno —dijo, elevando la voz para hacerse oír—. Tenemos otra pequeña noticia que compartir.

Las conversaciones se apagaron poco a poco. Todos la miraban con expectación. Incluido yo.

—Bueno, como ya habéis oído el próximo domingo celebraremos el bautizo de Cris —anunció, con un brillo emocionado en los ojos—. Y ya hemos decidido quiénes serán los padrinos.

Me limité a seguir sonriendo, sin pensar demasiado. Hasta que escuché mi nombre.

—Lara será la madrina —dijo Emma con entusiasmo—, y Liam, tú serás el padrino.

Sentí cómo el aire se me empezó a incendiar dentro de los pulmones. Por un instante, el murmullo del gran salón de mi madre se volvió lejano.

Emma seguía hablando, Marcus asentía satisfecho, pero yo solo escuchaba mi propia respiración.

Lara la madrina y yo el padrino.

Era como si el universo se empeñara en recordarme lo que no podía tener. Ya me costaba bastante verla de lejos, imaginarla con Alan, sonriendo como si todo estuviera bien… y ahora tendría que pasar un día entero a su lado, fingiendo que no me afectaba. Y seguramente, como era de esperar ella iría acompañada de él.

—No —oí salir de mi boca. Ni siquiera lo pensé.

La palabra simplemente salió. Las miradas se volvieron hacia mí. Marcus frunció el ceño, Emma se quedó inmóvil, sorprendida.

—¿Cómo qué no? —preguntó ella, en un tono que mezclaba desconcierto y decepción.

Me aclaré la garganta, incómodo.

—Emma, de verdad, os agradezco el gesto, pero creo que sería mejor que eligierais a otra persona.

—¿Perdona? —intervino Marcus, con esa mirada de hermano mayor que nunca había dejado de intimidarme—. No me digas que tienes algo más importante ese día.

—No es eso. Solo que no creo que sea buena idea —balbuceé.

El silencio fue muy corto, pero lo bastante largo para volverse incómodo. Emma me miró fijamente, y entendí que la había ofendido más de lo que pretendía. Sus labios temblaron un segundo antes de que hablara otra vez.

—No voy a aceptar un no por respuesta, Liam. Eres parte de esta familia, y Marcus y yo queremos que siempre seas importante para Cris. Que lo eres, pero es que yo tengo muy buen recuerdo de mis padrinos de bautismo.

Suspiré, sintiendo cómo el peso de todos los ojos recaía sobre mí. No podía herirlos, y mucho menos a ella.

—Está bien —cedí finalmente, forzando una sonrisa—. Lo haré.

Emma se relajó al instante, y Marcus me dio una palmada en el hombro, satisfecho. Pero por dentro todo seguía igual de torcido.

—¿Ella lo sabe? —pregunté después de un momento, intentando sonar casual—. ¿Sabe que será la madrina?

—Sí —respondió Emma con naturalidad—. Lo supo ayer.

—Y… ¿qué le parece la idea de que sea yo el padrino? —añadí, aunque temía la respuesta.

Antes de que Emma pudiera contestar, Tessa se adelantó, siempre tan rápida con la lengua.

—Seguro que odia tener que estar junto a ti ese día —dijo, sonriendo de lado.

La frase cayó como una piedra sobre mí. Varias cabezas se giraron hacia ella. Marcus la fulminó con la mirada, pero Emma fue la primera en hablar.

—No es verdad —replicó con firmeza, dejando el vaso en la mesa—. Lara está encantada con la noticia. Y respecto a que Liam sea el padrino, se alegró mucho. Así que no veo dónde está el problema.

Tessa alzó las cejas, fingiendo inocencia, sorpresa y desvió la mirada hacia su plato. Yo no dije nada.

No podía.

Porque, aunque Emma hubiera querido tranquilizarme, sus palabras solo hicieron que todo fuera peor.

Saber que Lara se había alegrado me dio una punzada extraña, una mezcla de esperanza y miedo.

Y mientras todos retomaban la conversación, yo solo pensaba en el domingo, en ella, y en lo mucho que me costaba seguir fingiendo que todo estaba bien cuando cada vez lo estaba menos.

# CAPÍTULO 20

## Lara

No sé ni cómo he llegado a la oficina. Creo que mi cuerpo ha venido por inercia, porque mi cabeza lleva horas perdida entre el recuerdo de anoche y el miedo que me provoca pensar que Alan pueda abrir la boca y contarle a alguien lo que sucedió.

Desde que cerré la puerta de casa esta mañana, todo ha ido cuesta abajo. Primero, el café se me derramó sobre el abrigo justo antes de salir. Después, el bus pasó de largo sin pararse. Eso o que yo estaba tan despistada que no lo vi hasta que se marchó. Y ahora, aquí estoy, en Lancaster Holding, intentando preparar una sala de reuniones que parece maldita.

Marcus me pidió que me encargara de todo para la junta de las diez: botellas de agua, proyector, café y, sobre todo, tener la sala impecable. Una tarea sencilla, en teoría. Pero hoy nada está saliendo como debería.

—Lara, ¿ya está lista la sala de conferencias? —me preguntó Leo, uno de los chicos de administración, asomando la cabeza por la puerta.

—Casi —mentí, con una sonrisa bien tensa—. Solo faltan unos detalles.

Detalles.

Como las botellas de agua que siguen en la despensa, el proyector que olvidé trasladar desde la sala pequeña y la silla que tendría que haber retirado para dejar espacio al invitado en silla de

ruedas.
Sí. Un desastre.

Corrí por el pasillo con los tacones traicionándome a cada paso. Entré en la sala intentando aparentar calma, pero el sudor frío en la espalda me delataba. La mesa estaba perfecta, al menos a simple vista.

Puse las botellas en su sitio, aunque solo eran cuatro para ocho personas. Genial. Y cuando me dirigí a encender el proyector, me di cuenta de que seguía en la otra sala.

—No puede ser —murmuré para mí, llevándome las manos a la cabeza.

Salí corriendo a buscarlo, lo traje, y mientras lo conectaba con torpeza, escuché las voces de Marcus y de los otros directivos acercándose por el pasillo.

—Lara, ¿todo listo? —preguntó Marcus desde la puerta.

—Sí… bueno, casi, solo un segundito… —intenté sonar convincente, pero el proyector decidió no colaborar. La pantalla se quedó en negro, y el cable HDMI, al parecer, había decidido hacer huelga ese día.

Marcus me observó en silencio durante unos segundos. Tenía esa mirada suya, la de cuando intenta mantener la calma pero está a punto de perderla.

—Lara, no hay problema, usa el portátil si no funciona el proyector —dijo finalmente, con voz tranquila. Con esa voz que siempre trasmitía calma, muy parecida a la de Liam.

Asentí y corrí hacia la mesa, pero entonces me di cuenta del último desastre: una de las sillas del pasillo de la sala impedía el acceso al espacio donde debía colocarse la silla de ruedas.

—Dios mío… —susurré, intentando apartarla sin hacer ruido, pero el metal chirrió justo cuando todos entraban.

Uno de los invitados me miró con cara de incomodidad. Marcus simplemente suspiró.

—Lara, ¿podrías traer el café, por favor? —me pidió, con esa sonrisa que yo vi forzada.

—Sí, ahora mismo —dije, deseando convertirme en una planta o desaparecer detrás de la cortina.

En la pequeña cocina de empleados, rellené la cafetera con las manos temblando. La jarra empezó a llenarse y, cuando la levanté, un chorro de café caliente saltó justo hacia mi blusa blanca.

—¡Ah! —grité, apretando los labios para no decir ninguna barbaridad.

La mancha marrón se extendía sobre el pecho como una obra de arte abstracta.

Me miré con ayuda del reflejo de la cafetera, horrorizada. Parecía que alguien me había estampado una taza entera encima.

Genial, ahora no solo parecía torpe, sino también sucia.

Respiré hondo, intentando no llorar.

—Tranquila, Lara. Solo es un mal día. Nada más. Respira.

Agarré la jarra, aún medio llena, y volví a la sala intentando no tropezar. Pero el universo ya había decidido reírse un poco más de mí. A dos pasos de la puerta, el tacón derecho se me torció y me tambaleé hacia delante.

En cámara lenta, vi cómo la jarra se inclinaba, cómo el café salía disparado, y cómo terminaba escurriéndose por todo el pantalón de Marcus.

Y en ese momento llegó el silencio.

Un silencio tan denso que podía cortarse con un cuchillo.

—¡Dios, Marcus! Lo siento muchísimo, de verdad, no quería… —balbuceé, intentando buscar una servilleta, mis palabras y mi dignidad al mismo tiempo.

Marcus bajó la mirada a su pantalón empapado, luego me miró con una mezcla de sorpresa y compasión.

—Tranquila, Lara —dijo finalmente, con voz pausada, mientras se limpiaba un poco—. No pasa nada.

—No, no, claro que pasa, soy una idiota, no sé qué me pasa hoy, no me concentro, todo me sale mal y… —callé, porque si seguía hablando iba a echarme a llorar allí mismo.

Marcus me observó unos segundos más, como si intentara descifrar qué demonios me pasaba.

—Lara, creo que será mejor que te marches a casa —dijo al fin, con un tono amable pero firme—. No te lo tomes a mal, pero de poco sirves en este estado. Descansa. Mañana será otro día.

Tragué saliva. Asentí sin decir nada.
Me quité el gafete de identificación y lo dejé sobre la mesa.
Salí de la sala con la cabeza gacha, sintiendo todas las miradas clavadas en mi espalda.

Mientras caminaba hacia el ascensor, noté cómo el corazón se me encogía. No era solo por haber hecho el ridículo delante de medio departamento. Era por lo que pasaba dentro de mi cabeza desde anoche.

La imagen de Alan en la puerta de su casa, su mirada, sus palabras… y luego mi estupidez. No debería haber dicho aquel nombre.

El miedo me tenía bloqueada. El miedo… y algo más.

Cuando por fin llegué a la planta baja, el reflejo en el cristal del ascensor me devolvió una versión patética de mí misma: blusa manchada, expresión vacía en los ojos, el maquillaje sin brillo.

Salí al vestíbulo intentando pasar desapercibida, pero el destino, una vez más, decidió divertirse conmigo.

Porque allí estaba él. Apoyado contra una de las columnas, con el móvil en la mano y esa manera tan suya de llenar el espacio sin esfuerzo.

Liam.

Mi respiración se cortó al verlo. Sus ojos se alzaron hacia mí, y el mundo se detuvo.

No dije nada. Tampoco lo hizo él. Solo nos miramos.

Y juro que pude sentir cómo la tensión me recorría el cuerpo, cómo el aire entre nosotros se cargaba de algo tan intenso que me costaba respirar.

Mis mejillas me ardían. Su mirada bajó lentamente desde mis ojos hasta la mancha de café en mi blusa, y luego volvió a subir, clavándose en mí con esa intensidad que me hizo temblar.

—Vaya día, ¿eh? —dijo por fin.

Tragué saliva, intentando no desmoronarme.

—El peor —respondí, sin poder sostenerle la mirada demasiado tiempo.

Él dio un paso hacia mí, y todo en mi cuerpo se tensó.

Podría jurar que su perfume me envolvió, ese aroma que me había vuelto loca más veces de las que me gustaría admitir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, bajando un poco la voz.

—Nada —mentí.

—Lara… —dijo mi nombre tan despacio que pareció que me acariciaba.

Y eso fue lo peor, porque estaba deseando que me tocase, que me besas, quería que todo desapareciese y quedarme solo con eso.

Di un paso atrás, aunque todo en mí gritaba por hacer lo contrario.

—De verdad, Liam, solo… ha sido un mal día —susurré, intentando mantener la compostura.

Él me observó unos segundos más, en silencio.

Pude ver en sus ojos el mismo deseo, la misma rabia contenida que yo sentía. Era como si los dos estuviéramos en una cuerda floja, a punto de perder el equilibrio.

—Si necesitas hablar… —recuerdo que dijo finalmente, con un tono grave que me erizó la piel—. Estoy aquí.

Asentí sin poder decir nada.

Nos quedamos así unos segundos más, en medio del vestíbulo, mirándonos como si el resto del mundo no existiera. Y en esa mirada pude ver un poco de todo: deseo, culpa, miedo, ternura… confusión.

Hasta que finalmente, Liam dio un paso hacia atrás.

—Cuídate, Lara.

Asentí otra vez, sin apartar la vista.

Y cuando él se dio la vuelta y salió por la puerta giratoria, me quedé allí, con el corazón palpitando en mi pecho bien fuerte y las piernas temblando.

# CAPÍTULO 21

## Liam

Salí de Lancaster Holding más rápido de lo que había pensado. Ni siquiera sabía hacia dónde iba, solo necesitaba aire. Mi cabeza seguía revuelta por lo que acababa de pasar con Lara. La había visto salir del ascensor, con esa blusa manchada de café y los ojos tristes, y por un instante había querido olvidarme del mundo y abrazarla. Decirle todo. Quiero decirle que desde hacía semanas no duermo bien por su culpa, que no dejo de pensar en ella aunque lo intente, que cada vez que la veo siento que el resto desaparece. O al menos eso es lo que deseo que todos se vayan y quedarnos solos.

Pero no pude. No tuve el valor.

Cuando la vi tan deshecha, tan vulnerable, supe que no era el momento. O tal vez lo era, pero no supe aprovecharlo.

Y ahora estaba ahí, en la calle, con el corazón confuso y una sensación estúpida de cobardía clavada en el pecho.

—Liam —escuché una voz familiar.

Levanté la vista y ahí estaba mi madre, esperándome apoyada en su coche, con su abrigo gris y esa sonrisa suya que nunca sabes lo que trama.

Me acerqué, un poco.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Tenía la sensación de que no ibas a conseguir hablar con ella —respondió, cruzándose de brazos.

—¿Y vienes a comprobarlo?

—Vengo a asegurarme de que no te escondes detrás de tus excusas. Haz el favor de cruzar esa calle y entrar de nuevo ahí

dentro y decirle todo lo que ayer me dijiste a mí.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo.

—No he tenido el valor, mamá. Y creo que para ella no está siendo un buen día.

Ella me miró en silencio unos segundos, con esa expresión que mezclaba comprensión y decepción a partes iguales.

—¿Y? —preguntó finalmente.

—Mamá no es el momento. Estaba... mal. Había tenido un mal día, y... no sé, no quise añadir más caos.

Mi madre sonrió, suave pero con un brillo en los ojos que no me gustó.

—Vale, está bien, pero déjame decirte algo: los momentos perfectos no existen. Hay que provocarlos.

—Ya lo sé, mamá —respondí, con un tono más cansado que rebelde.

—No, no lo sabes. Si lo supieras, ahora mismo estarías contándole a esa mujer lo que sientes en lugar de venir aquí con esa cara de tristeza que llevas.

La miré de reojo.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que vuelva dentro y monte un numerito en recepción?

—No. Quiero que hagas algo más inteligente —respondió, con esa voz suya que siempre precede a un plan.

Fruncí el ceño.

—No me gusta cómo suena eso.

—Tranquilo —dijo esbozando una sonrisa que confirmaba mis sospechas—. Solo pienso en ayudarte un poco. Si no tienes el valor para hablarle, tal vez podamos usar otra cosa. Algo que siempre funciona.

—¿Qué cosa? —pregunté, sin mucha fe.

—Los celos.

Rodé los ojos.

—Mamá, por favor… no estamos en el instituto.

—Cariño, los celos funcionan a cualquier edad. Créeme, si esa chica siente algo por ti, bastará con hacerla pensar que te está perdiendo para que reaccione.

—No te pases, ¿eh? —protesté, aunque en el fondo sabía que Lara me importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir en voz alta.

—Tranquilo.

Guardé silencio. Ella me conocía demasiado bien.

—Escúchame —continuó, con tono más serio—. Este domingo es el bautizo de tu sobrino, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Irás acompañado.

—¿Qué? —pregunté, incrédulo.

—Has oído bien. Quiero que vayas con una mujer preciosa, alguien que haga que todos se giren a mirar cuando entréis.

Me pasé una mano por la cara.

—Mamá, no puedo hacer eso.

—Claro que puedes. Además, no me digas que no tiene sentido. Si esa tal Lara ya tiene a alguien, es evidente que irá acompañada también. Así que tú haz lo mismo.

—Eso es una locura.

—No, cariño. Es tu estrategia. Y si la estrategia no funciona… al menos tendrás unas fotos estupendas para las revistas.

—¿Las revistas?

—Liam, eres un Lancaster. Hasta cuando estornudas, alguien lo comenta en redes.

Negué con la cabeza, riéndome a pesar de mí mismo.

—Eres imposible.

—Y tú demasiado tierno, y eso debe cambiar, y lo digo por tu propio bien.

Me quedé pensativo unos segundos.

Tenía razón. Tal vez no fuera lo más maduro del mundo, pero si Lara realmente sentía algo por mí, esto lo pondría a prueba. Y si no… bueno, al menos me convencería de dejar de intentarlo.

—Está bien —dije finalmente, encogiéndome de hombros.

—¿Está bien, qué?

—Buscaré a alguien para llevarla al bautizo.

Su sonrisa se ensanchó, satisfecha.

—Sabía que aceptarías.

—No cantes victoria aún —advertí—. No pienso mentirle a nadie ni fingir que estoy en una relación seria.

—No hace falta fingir, hijo. Basta con aparecer.

—Y ya sé con quién iré.

Ella arqueó una ceja, intrigada.

—¿Ah, sí?

—Anna.

—¿La periodista? —preguntó, sorprendida.

—Sí. Es amiga, me conoce bien y sabe en qué líos me meto. No va a tomárselo a mal cuando le cuente lo que necesito.

—Mmm… —hizo una pausa—. Me gusta. Es guapa, elegante, y seguro que salís en las portadas muy guapos. Perfecto.

Me eché a reír, negando con la cabeza.

—Eres incorregible.

—Solo intento asegurarme de que no vuelvas a casa con cara de alma en pena.

Di un paso hacia ella y le di un beso en la frente.

—Espero que tengas razón, mamá.

—Siempre la tengo —respondió, con esa sonrisa de triunfo que me recordaba tanto a la de Marcus.

Ella se subió a subió al coche y, mientras se alejaba, saqué el móvil del bolsillo.

Por un momento dudé. No quería usar a nadie, ni siquiera por una causa noble. Pero Anna era distinta.

Marqué su número.

Contestó al tercer tono.

—Vaya, Lancaster. No esperaba una llamada tuya un jueves por la mañana —dijo, divertida.

—Tengo una propuesta indecente —respondí, intentando sonar ligero.

—Me interesa. ¿De qué tipo?

—Este domingo es el bautizo de mi sobrino. Me gustaría que vinieras conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué sospecho que hay algo detrás de esa invitación tan repentina?

Sonreí, sabiendo que no la engañaba.

—Porque eres demasiado lista. Mira, te lo diré sin rodeos: necesito que vengas para dar celos a alguien.

—Vaya, honesto desde el principio. Eso sí que no me lo esperaba.

—No quiero jugar contigo, Anna. Solo necesito que me ayudes con esto.

—Déjame adivinar. ¿La chica es la misma que la que llevaste a la comida en el parque?

—Sí.

—¿Y te tiene completamente idiota?

—Básicamente.

Se rio al otro lado de la línea.

—Perfecto. Me apunto.

—¿Así de fácil?

—Liam, por favor, salir en las portadas del lunes al lado de un Lancaster no está tan mal. Además, siempre me ha gustado ser la mala de la película.

—Gracias, Anna. Te deberé una.

—Oh, me lo cobraré, no te preocupes. Y Liam… —hizo una pausa—. Espero que funcione.

—Yo también —dije, mirando el reflejo de mi rostro en el escaparate de una de las tiendas de la calle.

Y por primera vez en mucho tiempo, me di cuenta de que estaba apostándolo todo por alguien que ni siquiera sabía si me quería.

# CAPÍTULO 22

## Lara

Nunca pensé que ver a Emma en la puerta de mi piso me causaría tanta vergüenza. No porque no me cayese bien, sino justo al contrario, Emma era de esas personas dulces, elegantes y siempre perfectas.

Precisamente por eso.

Abrí la puerta con una coleta mal hecha, la camiseta más vieja que tenía y un calcetín de cada color.

—¡Emma! —exclamé, intentando parecer animada.

—Hola, Lara —me sonrió, aunque sus ojos tardaron exactamente dos segundos en recorrer mi piso de arriba abajo y poner una expresión entre horror y piedad—. Oh… vaya.

La seguí con la mirada mientras entraba despacio, como si pisara terreno peligroso.

Vale, mi piso no era el ejemplo de orden y limpieza, pero de ahí a actuar como si acabara de entrar en una escena del crimen…

—Ya sé lo que estás pensando —dije, adelantándome.

—¿Sí? —preguntó, apartando con cuidado una pila de revistas del sofá antes de sentarse.

—Que parezco una adolescente que vive sola por primera vez.

—Bueno… —Se encogió de hombros con una sonrisa educada—. Tal vez una adolescente con mucha ropa por lavar.

Me reí, aunque por dentro sentí la punzada de la realidad.

Entre el trabajo, las noches en vela y mis propias vueltas mentales, el piso había pasado a ser un campo de batalla. Porque

allí la única que ponía orden era yo.

—Lo sé, lo sé. Prometo ordenarlo antes del fin de semana —dije, recogiendo una taza vacía que llevaba días ahí.

Emma me observó un momento, y después sacó un sobre blanco de su bolso.

—En realidad he venido por esto —dijo, tendiéndomelo.

Lo cogí y miré el sello de cera con las iniciales de los Lancaster.

—¿Una boda? —bromeé, intentando restarle importancia.

—No, el bautizo de Cris —respondió con una sonrisa más cálida—. Es este domingo, ¿lo recuerdas?

El nombre de su hijo me arrancó una sonrisa automática.

—Ay, Cris… lo echo tanto de menos. ¿Cómo está?

—Gigante —respondió riendo—. Y más travieso que nunca. Marcus y yo decimos que ha salido a él.

—Eso es bueno, un niño tiene que ser activo —dije, dejando el sobre sobre la mesa.

Nos quedamos un momento en silencio. Emma observaba el desorden con esa compasión que solo las madres tienen.

Yo no sabía bien qué decir, así que empecé a hablar sin pensar.

—Gracias por invitarme. No esperaba… bueno, no esperaba estar en la lista, la verdad. Así que como imaginarás menos aún que pensarais en mí como madrina.

—Por supuesto, Lara. Y no solo porque cuidas de Cris, sino porque eres familia.

Familia.

La palabra me golpeó más fuerte de lo que debería.

Supongo que después de tantas noches en las que me había sentido sola, escuchar que alguien me consideraba parte de algo suyo me removió por dentro.

—¿Me traes esto porque tienes miedo de que falle en el último momento? —bromeé para disimular levantando el sobre.

Emma se rio, aunque noté que había algo más detrás de esa risa.

No era simple diversión. ¿Eran nervios?

—¿Por qué dices eso? —preguntó, arqueando una ceja.

—Cosas mías, imagino.

Imaginé que Emma no quería decirme que Liam iba a estar allí y todos sospechaban que entre nosotros las cosas no acabaron precisamente bien.

Pero no hacía falta que lo dijera. Lo vi en su mirada.

Sonreí con un poco de ironía.

—No te preocupes, puedo soportar unas cuantas horas de sonrisas falsas y discursos familiares.

—Puedes llevar acompañante, si quieres —añadió, como quien lanza la cuerda para rescatar a alguien del pozo.

Negué enseguida.

—No, gracias. No creo que sea buena idea.

Emma ladeó la cabeza, curiosa.

—¿Y Alan?

Tragué saliva.

—Alan ya no está en mi vida.

—Oh —susurró, como si lo hubiese imaginado pero no esperara que se lo confirmara.

—Fue un error —continué, antes de que preguntara nada más—. No tenía que haber pasado, pero pasó.

Me encogí de hombros, intentando que sonara como si no me importara. Pero sí me importaba. No por Alan, sino por lo que simbolizaba todo aquello.

Por lo perdida que había estado.

—Supongo que todos necesitamos equivocarnos para entender lo que queremos de verdad —dijo Emma, con ese tono suave que siempre tenía cuando intentaba no parecer entrometida.

—Sí —asentí despacio, mirando hacia la ventana—. A veces el amor no es lo que esperas. No llega en el momento correcto ni con la persona ideal. Simplemente… aparece. Y te cambia todo.

Emma me observó en silencio.

Yo seguí hablando, más para mí que para ella.

—Es como una canción que no puedes dejar de escuchar. Aunque te duela, aunque te recuerde lo que no puedes tener.

—¿Y si sí puedes tenerlo? —preguntó ella, con cuidado.

—Entonces sería demasiado fácil, ¿no? —dije, riendo un poco—. El amor que más te marca es el que te pone a prueba.

—¿Y tú? ¿Te sientes a prueba, Lara? —preguntó.

La miré y sonreí, pero mi pecho se encogió.

—Digamos que estoy aprendiendo a no esperar nada.

Emma suspiró, como si en el fondo supiera que detrás de mis palabras había un nombre que ella conocía demasiado bien. Y no quiso seguir presionando.

—Pues espero que el domingo te sirva para distraerte —dijo, levantándose—. Será un día bonito.

—Seguro que sí.

La acompañé hasta la puerta. Antes de irse, se giró hacia mí con una sonrisa suave.

—Ah, y procura dormir un poco. Tienes ojeras.

Me reí.

—¿Muchas?

—Sí —dijo, guiñándome un ojo antes de salir al pasillo.

Cerré la puerta despacio y apoyé la frente en la madera.

Me giré hacia el interior del piso, todo desordenado, miré hacia la taza de café frío y el sobre del bautizo que seguía sobre la mesa.

Cogí el sobre y lo abrí. Dentro había una tarjeta sencilla, con letras doradas y una foto de Cris sonriendo.

‹‹Te esperamos para celebrar su primer gran día››.

Sonreí sin poder evitarlo.

No podía negarme. Iba a ir, aunque tuviese que vestirme con la mejor sonrisa falsa del mundo.

Y mientras observaba la invitación, mi mente viajó inevitablemente hacia él. A sus ojos, a su voz, a la forma en que me miraba como si lo demás no existiera.

Y aunque no lo dijera en voz alta, sabía que todo lo que había dicho sobre el amor era por él.

Liam.

El problema no era que lo siguiera queriendo.

El problema era que no sabía cómo dejar de hacerlo.

# CAPÍTULO 23

## Liam

No recordaba haber tenido una mañana tan larga en mi vida. Anna llevaba hablando sin parar desde que la recogí frente a su edificio, y ya estábamos a pocos minutos de la iglesia. Si me hubiese tocado elegir entre escucharla veinte minutos más o hacerme una endodoncia sin anestesia, probablemente habría elegido la segunda opción.

—Solo te pido una cosa, Liam —decía, cruzada de brazos—, que no me dejes en ridículo.

—No pienso dejarte en ridículo —respondí, sin apartar la vista de la carretera.

—Perfecto. Entonces no me digas que no te bese si la ocasión lo requiere.

—Anna, te lo acabo de decir: nada de besos si no soy yo quien te lo pide, o entonces te tendré que dejar en ridículo haciéndote la cobra —insistí, sintiendo la paciencia escurrirse como arena entre los dedos—. A menos que te lo pida., ¿*capichi*?

Ella giró el rostro hacia mí, exagerando una mueca.

—¿Y cuándo piensas pedírmelo? ¿Cuándo empiecen a lanzar arroz al bebé? Porque eso no ocurre eh, así que no lo esperes.

—Solo si es estrictamente necesario —contesté con un suspiro.

Puso morritos, molesta, y cruzó las piernas con enfado.

—Eres imposible.

—No, soy prudente —repuse.

—Eres un aburrido —dijo, y volvió a mirar por la ventanilla, fingiendo estar ofendida.

—Anna… —giré un poco la cabeza hacia ella—. Si quieres que esto funcione, tendrás que hacerme caso.

—¿Funcionar? —repitió, con una sonrisa ladeada—. ¿Te refieres a tu plan para dar celos a esa Lara?

Apreté el volante con más fuerza.

—No digas su nombre de esa manera.

—No lo he dicho de ninguna manera —canturreó, divertida—. Pero todos sabemos de quién hablo, Liam Lancaster.

Ignoré su tono burlón. Sabía que había accedido solo por diversión y por aparecer en las portadas de las revistas. No esperaba de ella otra cosa.

—Al menos podrías ser un poco más cariñoso conmigo delante de los periodistas —continuó—. Si no, todo el mundo se reirá de mí. Ya lo estoy oyendo: Anna Blake, la modelo que Liam Lancaster ignora en el bautizo de su sobrino. ¡Maravilloso titular!

—Anna…

—¡Lo digo en serio! —dijo alzando la voz—. Un poco de cortesía no te matará.

Resoplé.

—Muy bien. Te daré la mano. Y te abriré la puerta del coche para mostrar mi caballerosidad.

—Qué generosidad —ironizó, aunque su gesto se suavizó.

No podía negar que, pese a todo, era una mujer impresionante. Alta, guapa, segura de sí misma.

Pero no era Lara. Y ese era el verdadero problema.

El coche redujo la velocidad al acercarse a la iglesia. Ya se veían los flashes y la prensa apostada en la entrada.

Mi madre tenía razón, como siempre: si algo podía despertar algo en Lara, eran los celos.

Aunque ahora mismo no estaba tan seguro de que fuera una buena idea.

—Antes de que bajemos —dijo Anna, inclinándose hacia mí—, quiero una cosa más.

—¿Otra? —bufé.

—Prométeme que me devolverás a casa esta noche. No quiero que me dejes tirada con un chófer cualquiera.

—Lo haré.

Ella me sostuvo la mirada unos segundos, luego sonrió con ese aire provocador que tanto le gustaba usar.

—Perfecto. Ahora actúa como un caballero y ábreme la puerta. Toda la prensa está ahí fuera esperando.

Asentí y salí del coche, ajustando el traje y el nudo de la corbata.

El aire fresco me golpeó en la cara. Me dispuse a rodear el coche para abrirle la puerta a Anna… y entonces lo vi.

El coche de Emma y Marcus se detuvo justo delante. Una puerta trasera se abrió y, de entre el reflejo de la carrocería, apareció ella.

Lara.

Durante un segundo, el mundo pareció quedarse en silencio. Ni los flashes, ni las voces, ni el murmullo del gentío. Solo ella.

Llevaba un vestido de cóctel rosa chicle que no habría imaginado en nadie más. Sencillo, elegante, pero tan suyo que dolía. Su cabello caía suelto, con mechones que el viento movía como si la estuviera presentando.

Y esas pecas. Esas malditas pecas que siempre me habían parecido el mapa de todo lo que quería encontrar.

Tragué saliva, sin poder moverme.

Mi mente intentó recordar que tenía que hacer, pero mis pies no respondían. Solo podía mirarla.

Recordar cómo era su voz, cómo se reía de mis bromas malas, cómo me miraba cuando creía que yo no la veía.

Y entonces, de golpe, la escuché a mi lado.

—Muy elegante por tu parte, cariño. —La voz de Anna me devolvió a la realidad.

Giré la cabeza. Ella ya había salido del coche por su cuenta y sonreía hacia los periodistas, aunque sus ojos lanzaban chispas. Yo no le había abierto la puerta.

—Lo siento —murmuré, torpe.

—No importa —respondió, agarrándose a mi brazo con fuerza—. Finge que estamos encantados, ¿sí?

Y sonrió para las cámaras.

Justo en ese momento, Lara giró la cabeza hacia nosotros.

Su sonrisa se borró en un segundo, pero suficiente para darme cuenta de que la había cagado. Luego recuperó la compostura, esa expresión suya tan tranquila, como si nada le afectara.

Pero yo la conocía. Sabía que sí.

Los flashes se multiplicaron. Los periodistas gritaban nuestros nombres. Anna apretaba mi brazo, fingiendo cariño. Y yo solo podía pensar en Lara, en lo mucho que me dolía verla a pocos metros de mí y no poder acercarme.

Antes de que termine el día tendrás a Lara comiendo de tu mano, me había dicho Anna hacía penas unos minutos. Pero mientras la veía avanzar hacia la puerta de la iglesia, saludando con esa naturalidad que me desarmaba, supe que era posible que no fuese así, que esto no funcionase.

Porque si alguien estaba perdido, no era ella.

Era yo.

La ceremonia avanzaba sin que yo fuera capaz de escuchar una sola palabra que decía el sacerdote.

Aplaudí cuando todos lo hicieron, me puse de pie cuando se levantaron y sonreí en los momentos en que se suponía que debía hacerlo. Pero en realidad no estaba allí.

Mi cabeza estaba fija unas filas más adelante, justo donde Lara estaba sentada, con ese vestido rosa que seguía quitándome el aire cada vez que la miraba.

Anna, a mi lado, se inclinó de vez en cuando para decir algo al oído, pero yo asentía sin escucharla. Fingía estar concentrado, aunque todo en mí estaba en completo caos.

Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la tuve tan cerca, y aun así me parecía que podía oler su perfume

desde esta distancia, ese aroma suave a vainilla que siempre me hacía sonreír.

Cuando terminó la ceremonia y todos empezaron a salir de la iglesia hacia el pequeño jardín donde se celebraría el cóctel, busqué a Dylan entre la gente. Marcus estaba ocupado con Emma y el pequeño Cris, y yo necesitaba saber… bueno, necesitaba saber demasiadas cosas en aquel instante.

—Oye —le dije, dándole un leve toque en el brazo—, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro —respondió, sonriendo mientras se apartaba del grupo de invitados—. Dime.

—¿Sabes por qué Lara ha venido sola? Pensé que vendría con Alan.

Dylan me miró sorprendido, como si acabara de preguntar algo evidente.

—¿No lo sabes? Pensé que todos tus amigos estarían al corriente.

—¿Al corriente de qué? —pregunté, sintiendo cómo se me aceleraba el pulso.

—Parece ser que ya no salen juntos —dijo, encogiéndose de hombros—. Nosotros nos enteramos esta mañana. Fuimos a casa de Marcus y Emma antes de venir aquí y Lara estaba allí. Alan no. Cuando le preguntamos si teníamos que esperarlo para venir juntos, nos dijo que no, que ya no estaban juntos.

Me quedé en silencio, con la copa a medio camino entre mi boca y mi mano.

La voz de Dylan siguió sonando, pero las palabras ya no me llegaban con claridad. Solo podía pensar en eso: *ya no estaban juntos*.

Durante un instante me sentí… idiota.

Idiota por haber hecho caso a mi madre, por haber aceptado su plan de los celos, por haber traído a Anna.

Porque si Lara ya no estaba con Alan, lo único que acababa de conseguir trayendo a Anna era crear un estorbo.

‹‹Verás, cariño, si esa mujer siente algo por ti, esto funcionará a la perfección››.

Las palabras de mi madre me retumbaron en la cabeza, pero ahora solo sonaban crueles.

Miré hacia el otro lado del jardín.

Lara estaba hablando con Emma, riendo con esa sonrisa ligera que siempre parecía iluminarlo todo.

Y Anna, a mi lado, intentaba llamar la atención de los fotógrafos con poses demasiado impostadas.

Qué contraste. Qué manera más absurda de complicarlo todo.

Dylan me dio un pequeño golpe en el hombro, devolviéndome al presente.

—¿Todo bien, hermano? Te has quedado helado.

Asentí sin mirarlo.

—Sí, todo bien. Solo… cosas en la cabeza.

—Ya. —Me dio una palmada antes de marcharse—. Bueno, si quieres hablar luego, aquí estoy.

Lo vi alejarse entre la gente mientras yo seguía con esa mezcla de rabia y arrepentimiento que me estaba comiendo por dentro. Había traído a Anna para que Lara sintiera celos, pero aquello estaba claro que ahora ya no iba a funcionar, porque si ella no estaba con Alan, yo quería estar a su lado.

La miré otra vez, y entonces ella levantó la vista, justo hacia mí.

No duró ni un segundo, pero fue suficiente. Esa mirada, tranquila por fuera y llena de algo que no sabía descifrar por dentro, me dejó sin respiración.

Y en ese instante supe que, aunque mi madre estuviera convencida de lo contrario, lo mío con Lara no se arreglaría con un simple juego de celos. Porque lo que había entre nosotros no era un juego. Nunca lo fue.

No dejaba de mirar a Lara. No podía. Era como si todo lo demás desapareciera a su alrededor. El jardín estaba lleno de gente, risas, conversaciones, el sonido de las copas… pero yo solo la veía a ella.

Ese vestido rosa me tenía hipnotizado. Le quedaba perfecto. El sol le daba en la cara y hacía brillar las pecas de su nariz. Joder, parecía salida de un sueño.

Y ahí estaba yo, al lado de Anna, fingiendo que todo estaba bien mientras ella hablaba sin parar sobre lo bonito que estaba todo, o sobre la cantidad de periodistas en la puerta. No la escuchaba. No podía.

Hasta que escuché la voz de Lara detrás de mí. Su voz. Su tono, ese que sonaba calmado pero que podía atravesarme por dentro.

—Venga, Liam, vamos al photocall, solo será un minuto.

—De verdad Anna, ahora no me apetece.

Vi cómo se acercaba Lara a nosotros al darme la vuelta. Así es que no pensaba moverme de allí.

Nos saludamos con dos fugaces besos en las mejillas y pude oler su aroma, y sentir su frescura. Le dije lo bonita que estaba, y ella me sonrió y me dijo que todo era precioso.

—¿Vamos? —volvió a insistir Anna.

—Hazle caso a tu acompañante, Liam. No te preocupes por mí, sé perfectamente dónde está mi sitio.

Me giré despacio hasta clavar mis ojos en los suyos. Ella estaba ahí, mirándome como si nada, pero sus ojos decían otra cosa. Parecía tranquila, pero yo sabía que no lo estaba.

—No es lo que parece —dije, sin pensar.

Ella sonrió, pero parecía triste.

—No hace falta que me expliques nada. No me debes explicaciones.

En ese momento Anna se enganchó a mi brazo.

—Cariño, ¿vienes? Van a hacer las fotos con el pequeño. —Su tono fue tan dulce como falso. Quería que Lara la escuchara, y lo consiguió.

Lara asintió despacio, sin mirarme.

—Por supuesto id y haceros las fotos. No te entretengo más.

—Lara… —quise decir algo, lo que fuera, pero no me salía nada.

Ella se giró un momento antes de alejarse y me dedicó esa sonrisa que parecía amable, pero dolía como estar en el mismísimo infierno.

—Disfruta del día, Liam.

Y se fue. Así, sin más.

Anna se acercó un poco más y me susurró:

—Parece que le cuesta verte feliz, ¿eh?

No le contesté. Solo respiré hondo y apreté la mandíbula.

Y justo entonces apareció Emma, con esa sonrisa que hace que todo lo que pronuncia se vuelva alegre.

—¿Todo bien? —preguntó.

Asentí, aunque sabía que no colaba.

—Sí, claro. Todo bien.

Ella me miró raro y luego dijo:

—Por cierto, ¿lo sabes? Lara vino sola. Ya no sale con Alan. Nos enteramos esta mañana.

¿Por qué me volvía a repetir ella lo mismo?

—¿Por qué me lo dices, Emma?

—Por que creo que debes saberlo.

Tragué saliva. Sentí un nudo en el estómago.

—Me lo dijo Dylan antes, pero ya ves, yo no vine solo, vine con Anna…

Joder, si no la hubiese traído, todo habría sido diferente.

Emma se fue, pero antes se acercó a mí y me susurró en el oído:

—Creo que Anna es mayorcita no creo que se moleste si le presentas a algún primo tuyo…

Después de un rato y de hacerme cientos de fotografías con Anna y el pequeño Cris, miré hacia donde estaba Lara. Reía con Emma, y sentí las ganas de acercarme a ellas y comenzar a hablar, algo natural al principio y después si con suerte me lograba quedar solo con ella, pues decirle algo más íntimo. Pero me quedé quieto. Sonriendo ante todos, fingiendo que no pasaba nada. Y por dentro, deseando que el día se acabara pronto.

# CAPÍTULO 24

## Liam

El coche estaba en silencio, solo se escuchaba el ruido del motor y el tráfico de Chicago al atardecer.

Anna jugaba con el móvil, sonreía seguramente viendo todas las fotos que la prensa ya habría publicado en redes sociales, y yo solo pensaba en llegar a casa y quitarme la chaqueta. No podía más.

—Ha estado genial —dijo de pronto, mirándome con esa sonrisa perfecta que tanto le gustaba mostrar frente a las cámaras—. Tu familia es encantadora, Liam. Y el pequeño Cris… un amor. Gracias por haberme traído.

Asentí, sin mirarla mucho.

—Sí, ha estado bien.

—Espero que hayas conseguido lo que querías —añadió, girando un poco la cabeza hacia mí.

—¿Qué quería? —pregunté, sabiendo perfectamente a qué se refería.

—Ya sabes —dijo encogiéndose de hombros—, que te viera conmigo. Funcionó, ¿no?

Solté un suspiro.

—No estoy tan seguro.

—¿Por qué lo dices?

Me quedé mirando al frente, las luces del semáforo reflejadas en el parabrisas.

—Porque empiezo a pensar que llevarte al bautizo fue una equivocación.

Anna no dijo nada al principio. Solo bajó la mirada y jugueteó con sus manos.

—Bueno —susurró al cabo de un momento—, lamento que lo sientas así.

Y antes de abrir la puerta añadió:

—De todos modos, espero que consigas lo que sea que estés buscando, Liam. Suerte.

No supe qué contestarle. Solo asentí, y la vi salir del coche y perderse entre la gente frente a su edificio.

Me quedé allí unos segundos, con el motor en marcha, pensando en todo lo que había pasado ese día.

Demasiado. Demasiada tensión, demasiadas miradas que no debía haber cruzado, demasiadas palabras sin decir.

Justo cuando iba a arrancar para irme a casa, sonó el teléfono. Era Marcus.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando sonar animado desde el manos libres del coche.

—Hermano, nos olvidamos de entregarte el regalo, podrías pasar a por él. Emma me está montando un numerito —rio al otro lado.

—Marcus, mañana paso. De verdad, no puedo más hoy. Estoy agotado.

—No, tiene que ser ahora. No te llevará ni cinco minutos.

—Marcus… —resoplé, dejándome caer contra el asiento—. De verdad, no insistas. Hoy no.

—Lara también está llegando —dijo entonces, con un tono tan casual que me hizo hasta gracia —. A los dos se nos olvidó daros el detalle del bautizo de Cris.

Durante unos segundos no dije nada. Solo escuché el tic del intermitente. Entonces sonreí un poco, sin poder evitarlo.

—En seis minutos estoy ahí.

Colgué, giré el volante del coche y giré hacia la avenida.

El cansancio seguía ahí, pero la idea de verla de nuevo me encendió algo por dentro. Y supe que no me iba a dormir hasta arreglar lo que había pasado ese día.

Cuando llegué a casa de Marcus, el silencio me pareció raro. No había risas, ni voces, ni el sonido de Cris llorando o balbuceando como siempre. Solo el leve zumbido del reloj del recibidor.

Golpeé la puerta con el nudillo al verla entornada, y fue Lara quien apareció tras ella abriéndola.

Llevaba el mismo vestido rosa que había usado en el bautizo, pero ya sin los tacones, y con el pelo un poco suelto, más natural. Por un segundo, me quedé mirándola, sin poder disimular lo mucho que me había afectado verla otra vez.

—Hola —dije al fin, intentando no parecer tan idiota.

—Hola —respondió ella, apoyándose suavemente en el marco de la puerta—. Pasa, Marcus me dijo que vendrías.

Entré, y mientras caminábamos hacia el salón, miré alrededor.

—¿Dónde están Marcus, Emma y el pequeño Cris?

—Se acaban de marchar —contestó con una sonrisa, llevándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

Me detuve a mitad del pasillo y la miré, algo desconcertado.

—¿Cómo que se acaban de marchar?

Ella soltó una risa suave.

—Creo que esto ha sido una trampa —dijo, con una mezcla de timidez y picardía.

—Bendita trampa —murmuré sin pensarlo.

Lara bajó la mirada, y durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Solo se escuchaba el tic-tac del reloj y nuestras respiraciones algo más rápidas de lo normal.

Di un paso hacia ella, despacio, intentando no asustarla. Cuando estuve lo bastante cerca, levanté una mano y, con la yema de mis dedos, le alcé la barbilla.

Su piel era suave, cálida, y ese simple contacto me revolvió por dentro.

—Mírame —le pedí en voz baja.

Y lo hizo. Sus ojos se encontraron con los míos, y juro que el mundo entero se quedó quieto.

No sé quién se movió primero, si ella o yo, pero nuestros labios se buscaron. El beso fue lento, casi torpe al principio, como si los dos temiéramos romper algo frágil. Pero después, sin darnos

cuenta, todo se volvió más intenso. Le acaricié la mejilla con una mano, y con la otra la atraje hacia mí, sujetándola por la espalda hasta que no quedó espacio entre nosotros. Podía oler su perfume, sentir su respiración mezclarse con la mía.

Y entonces, justo cuando pensé que por fin el universo nos estaba dando una tregua, ella se apartó.

Retrocedió un paso, respirando con fuerza, evitando mi mirada.

—¿Qué pasa con Anna? —preguntó, con la voz baja.

Me quedé quieto, intentando ordenar mis ideas, sin saber muy bien cómo explicarle todo aquello sin que sonara extraño. Porque la verdad era que Anna no significaba nada. Pero, ¿cómo le decía que Anna solo había venido conmigo para darle celos a ella? Eso no quedaba muy maduro por mi parte. Así es que elegí mentir.

—Ya no quiero estar con Anna, ahora quiero estar aquí.

Y la cagué, la cagué mucho, porque eso no le gustó.

# CAPÍTULO 25

## Lara

No pude quedarme allí después de escucharle decir eso. Que ahora ya no quería estar con Anna, que ahora deseaba estar conmigo. ¿Y quién me aseguraba a mí que en unas semanas no le apeteciese estar con otra? Seguía siendo el Liam de siempre el mismo Liam de quien me encapriché hace dos años, el que metía en su cama a la mujer que quisiera, y que no pasaba fin de semana sin compañía. Al fin pude quitarme la venda de los ojos, por fin me di cuenta de que no iba a cambiar y que seguiría siendo el mismo. Entonces tomé la decisión de alejarme, y por eso aquella mañana al día siguiente me encontraba detrás de la puerta del director ejecutivo de Lancaster Holding.

Toqué casi con miedo la madera de la puerta del despacho. No esperé a que nadie me respondiese, la abrí y me colé dentro.

—¿Lara, qué haces aquí? ¿ha ocurrido algo? No traes buena cara.

Dylan no tenía ninguna culpa de lo que me estaba pasando, pero no nos engañemos, ese puesto de trabajo parecía que había sido creado a propósito para darme un empleo, asi es que en el mejor de los casos se ahorraban un pago, y en el peor encontrarían a alguien tan rápido como lo hicieron conmigo.

—Buenos días señor Lancaster —dije, ya que acostumbraba a respetar a mis jefes en el puesto de trabajo aparentando que no los conocía.

—Lara, estamos solos. Haz el favor de no será ridícula.

Esbocé una sonrisa. Después él me ofreció que me sentase frente a su mesa.

—Me marcho, Dylan.

—¿Por qué? Creíamos que estabas a gusto. ¿Es un problema económico? ¿Alguien te ha ofrecido más salario?

—Por Dios Dylan, si todavía tengo la carrera a medias, ¿cómo me van a ofrecer más de lo que aquí me pagáis?

—Entonces, tú dirás el motivo.

—Vuelvo a Kansas.

—¿Pero qué locura es esa? Si te has acoplado de maravilla aquí. Mira Lara, no sé qué demonios te pasa, pero no creo que regresar a la granja de tus padres sea la mejor de las decisiones que vayas a tomar en tu vida. ¿Lo sabe Tessa?

No, no lo sabía ni lo iba a saber hasta que no me subiera a ese avión que me devolvería a mi alejado hogar.

—Pensaba decírselo —mentí.

Dylan no dejaba de negar con la cabeza.

—De verdad, creo que te estás equivocando. Dale una vuelta más antes de cometer tal locura.

—Vivir en la granja no es tan horrible, eh —Tenía que decir algo. Porque parecía que había dicho que me iba a los infiernos para la eternidad.

—No vas a poder crecer de manera laboral. Y te diré algo, si viese en ti una mujer con pocos recursos a la hora de los negocios no insistiría, lo juro, pero Lara por Dios, piénsalo, no destroces tu vida entre vacas, ovejas y montones de paja.

—¡Oye que mis padres son granjeros!

—Y tienen todos mis respetos, Lara, pero pregúntate si esa vida es la que tú quieres para ti.

—La decisión está tomada, debo de alejarme de aquí.

Vi a Dylan mirarme diferente, como si quizá me hubiese entendido, y le dejé mi renuncia sobre la mesa y me marché.

Directa al aeropuerto. Sin tiempo para pensarlo, sin días ni horas para poder recular después de haber tomado la decisión. Porque qué diferencia había entre vivir en la granja y acostumbrarme a aquella vida, o quedarme cerca de Liam y

acostumbrarme a vivir bien jodida. No la había, en las dos opciones era infeliz, asi que al menos estaría cerca de mi madre.

# CAPÍTULO 26

## Liam

—No me jodas.

—Yo no jodo a nadie, solo te digo lo que es.

—Te lo estás inventando para ver hasta donde me importa.

—Eres gilipollas hermano, no me invento nada, solo te cuento lo que me dijo la semana pasada.

—¿Y esperas una semana ara decírmelo?

—¿Por qué debía decírtelo antes? Según tú Lara nunca te ha gustado.

Marcus se sentó en el sillón con un botellín de cerveza en su mano.

Había ido como muchos viernes a cenar con él, era eso o cenar con el equipo, pero desde lo que pasó con Alan y Lara se me hacía incómodo ver a Alan, asi es que quedé con mi hermano. Y justamente al preguntarle por Emma, me dijo que se había marchado a Kansas. Sabía que tenía familia allí, y si la memoria no me fallaba los padres de Lara y todos sus hermanos eran de allí, y hasta tenían una granja gigante a la que le dedicaban la vida. Pero la sorpresa me llegó cuando le pregunté cuando vendría del viaje y me dijo que depende de lo que le costara convencer a Lara para que regresara aquí.

Lara se había marchado hacía una semana y yo me estaba enterando ahora.

Creí que aunque no me cogiera mis llamadas ni respondiera a mis mensajes seguiría en la ciudad, pero ya vi que no.

—Bueno, ¿y se sabe por qué se ha ido? —pregunté.

—Oficialmente no.

—Cuéntame lo que tú creas entonces.

—Yo, y Tessa también eh, y estoy seguro de que si llamara a Emma coincidiría con nosotros.

—¿Puedes decir de una maldita vez lo que crees?

—Se ha marchado para alejarse de ti.

¿De mí?

—Vaya chorrada se os ocurre.

—Ella está profundamente enamorada de ti, Liam.

—No.

—¿No qué? ¿No lo crees, no estás seguro, no qué, Liam?

—Que no puede ser que se haya ido por mí, joder, que la besé y se apartó. Que le dije que yo quería estar con ella y se fue. No es por mí. No me coje las llamadas, no responde a mis mensajes. Así es que estáis equivocados.

—No lo creo.

Y él allí seguía en sus trece. Pensando que yo era ese motivo por el que había dejado la ciudad y se había vuelto al campo.

Fui a la nevera y cogí una cerveza, me quedé mirándola como si dentro de aquel cristal estuviese la respuesta a aquel acertijo, y de repente pensé que si Lara estaba con Tessa, para hablar con ella solo debía llamar a Tessa, pero claro, lo normal era que Tessa no quisiera pasármela.

Regresé al salón.

—Llama a tu mujer —le dije a Dylan.

—¿Para?

—Llámala, dile que te pase con Lara, no le digas que estoy aquí.

Lo hizo.

Y en cuanto escuché decir a Dylan, ¿hola Lara?, le arranqué el móvil de la mano.

—No me cuelgues, no sé qué he hecho mal, lo juro, pero necesito verte, olerte, besarte, necesito estar cerca de ti para que esta sensación de vacío desaparezca, necesito escucharte hablar,

necesito ver esas pecas de las que he descubierto estar enamorado, te necesito Lara.

—Vaya, Liam Lancaster, no conocía esta versión de ti. Tengo que reconocer que me has dejado casi muda.

—¿Tessa?

—Lara no ha querido ponerse, parece que ella sospechaba que algo así podría pasar.

—Tessa por favor, dile que responda a mis llamadas.

—Lo siento, ella es mayorcita, y si ha elegido no querer estar cerca de ti yo no puedo hacer que cambie de opinión.

—Pero, Tessa. ¿Has escuchado lo que he dicho?

—Liam, quizá es tarde, ¿no crees? Has debido hacerle mucho daño para que haya preferido volver aquí, a Kansas.

Y colgó.

# CAPÍTULO 27

## Lara

Tessa había llegado para hacerme entrar en razón, pero después de contarle todo, decidió que se mantendría al margen y respetaría mi elección. Claro, que no fue fácil, porque tuve que confesarle todo, todo lo que solo yo sabía.

Que había viajado a Chicago puramente por estar más cerca de Liam Lancaster, que me había cambiado de centro de estudios por él, que había llegado a pelear con mi familia porque ninguno entendía esa locura de que yo moviese todo mi mundo solo para captar la atención de un hombre que además no sabía casi ni que existía. Porque mi hermana fue clara cuando me dijo que Liam Lancaster debía ser uno de esos niños ricos que buscaban cualquier oportunidad para ligar, hasta en una boda, que fue lo que ocurrió en la boda de Tessa. Y ni aún con esas yo le hice el menor de los casos.

—Bueno pequeña, tú sabrás lo que haces, yo ya te he dicho que podrías volver y elegir alejarte de él sin tener que tirar por la borda tu futuro.

—No es fácil. ¿Crees que conseguiría olvidarme de él teniéndolo cerca? Es imposible, me conozco.

—La verdad es que después de contarme tu obsesión por Liam, tienes razón, debe ser imposible.

—No lo llames así.

—¿Cómo quieres que lo llame? Es una obsesión en toda regla.

—Suena a loca.

—Quizás debas recibir ayuda profesional, eso no lo descarto, Lara.

—Venga, mujer. No es para tanto.

—Ya, pues no conozco a nadie que haya hecho lo que tú por conseguir una cita con un chico. Bueno, sí. Un chico que se llama Joe, pero pertenece a una serie de Netflix, quizá te suene, You.

—Joder Tessa, ese tío es un loco.

Tessa me miró pero no dijo nada al principio, después empezó a hablar.

—Mira Lara, si yo hubiese sabido que Liam te gustaba tantísimo te hubiera prevenido un poco más sobre él. Porque a Liam no se le ha conocido jamás una chica de manera formal, todos sabemos que le ha gustado tontear sin compromiso con la que se le pusiera a tiro, así que me siento un poco culpable por verte así.

—No es tu culpa, fíjate, ni siquiera la culpa creo que sea de Liam. ¿Qué culpa puede tener él de no quererme.

—Bueno, eso no es lo que me ha dicho por teléfono. En realidad creía que te lo decía a ti. Pero claro, entiendo que no quieras saber lo que dijo, porque seguramente creerás que mentía.

—No, no quiero saberlo.

—Ajá —dijo recogiendo sus cosas y metiéndolas en el bolso que había traído para el viaje.

El aeropuerto de Kansas estaba más lleno de lo que me habría gustado. Gente corriendo de un lado a otro, ruedas de maletas chirriando contra el suelo, anuncios por los altavoces que apenas escuchábamos.

Y allí estábamos, mi familia, Tessa, y yo, despidiéndonos de ella antes de que se marchara de nuevo a Chicago.

Mi hermana Lía no podía evitar mirarme de reojo mientras nos acercábamos a la puerta de embarque.

—Oye, Tessa —dijo de repente, arrastrando un poco las palabras por la emoción de la despedida—. ¿A ti te parece tan guapo Liam como para que mi hermana esté así?

Rodé los ojos al escucharla y suspiré, porque ya conocía ese tono suyo que no era de curiosidad, sino más bien de crítica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tessa con calma, y sonriendo.

Lía frunció el ceño.

—Que yo no lo vi extremadamente guapo, más bien normal. No sé qué le ha dado con el tipo ese.

Tessa se rio suavemente, y algo en su mirada hizo que me sintiera un poco expuesta.

—A ver… no es que sea muy guapo, que lo es, claro —dijo, haciendo un gesto con la mano—. Pero Liam es especial.

—¿Especial? —interrumpió Lía, divertida y un poco incrédula—. ¿En qué sentido?

—Mira, quizá él la mira distinto a lo que ha podido conseguir de cualquier otro chico —explicó Tessa, con esa voz tranquila que te hacía querer escuchar cada palabra—. No sé, eso pregúntaselo a ella, yo solo pienso que no será fácil para ella poner tierra de por medio con todo lo que siente.

Suspiré, mirando el suelo unos segundos, intentando ordenar los pensamientos.

Tessa continuó, y yo la escuchaba con atención, aunque no quería que nadie se diera cuenta de lo mucho que me estaba afectando.

—Y además, aunque no conozco todos los detalles, Liam parece que la quiere. Mira… no sé, esto del amor es más complicado de lo que parece. Se acercó un poco y bajó la voz, como compartiendo un secreto con ella:

—De alguna forma, todos hemos sufrido en alguna ocasión por amor, ¿no? —Y añadió, casi sonriendo con melancolía—. Tal vez solo sea una historia más que deba quedarse en el pasado y ya está.

Miré a Tessa y por un momento todo se volvió silencioso. Sentí el calor de mi familia a mi alrededor, pero mi cabeza solo pensaba en Liam. En su forma de mirarme, en cómo hacía que el mundo pareciera más fácil… y más complicado a la vez.

—Gracias, Tessa —susurré, y ella solo me devolvió una sonrisa cómplice.

Después, me quedé allí, viendo cómo subía por la pasarela de embarque, sabiendo que el viaje a Chicago significaba poner kilómetros de por medio… pero sin poder evitar que mi corazón se quedara un poquito atrás.

Lía me dio un codazo y dijo, tratando de sonar divertida:

—Bueno, pues yo no entiendo qué le ves, pero… si tú estás así, algo tendrá.

Y asentí, con una media sonrisa.

—Sí… algo tendrá.

Mientras nos alejábamos de la puerta de embarque, respiré hondo.

# CAPÍTULO 28

## Liam

El vestuario olía a sudor, desinfectante y también a ropa deportiva recién lavada que nunca olía a limpio. Estaba sentado en el banquillo, calzándome las zapatillas después de un entrenamiento que me había dejado más cansado de lo normal. Los músculos doloridos, la camiseta pegada al cuerpo y la mente a mil por hora.

—Oye, Liam —dijo uno de los chicos del equipo, apoyándose en la taquilla situada frente a mí—, últimamente andas desaparecido, ¿eh? No vienes a las cenas de los viernes y se te echa de menos, tío.

Suspiré, sin levantar la mirada del cordón de mi zapatilla. No quería entrar en explicaciones con nadie.

—Ya, ya… por cierto, el partido anoche en la tele estuvo brutal —dije, intentando esquivar la conversación.

El tipo me miró, dudando, pero antes de que pudiera decir algo más, Alan apareció detrás de mí, con esa sonrisa de suficiencia que siempre parecía que me la dedicaba para irritarme.

—Debe estar muy ocupado con su chica —soltó con esa voz burlona, sin mirar siquiera a los demás.

Alcé la vista, frunciendo el ceño.

—¿Qué? —pregunté, notando que el estómago se me encogía un poco.

—Anna no es mi chica, si es eso lo que insinúas por las revistas que publicaron esas cosas —dije, entrecerrando los ojos, intentando sonar tranquilo, aunque la sangre me hervía un poco por la molestia.

Alan me miró sorprendido.

—No me refería a Anna… hablaba de Lara.

Mi corazón dio un vuelco y tuve que sujetarme del banco para no dar un salto al escuchar que hablaba de ella.

—¿Lara? —pregunté, incrédulo—. ¿Hablas de la misma Lara que se ha vuelto a Kansas? ¿O es otra?

—Vaya… no lo sabía —dijo, levantando las manos—. Creía que tú y ella…

—¿Yo y ella qué? —le interrumpí, apretando la mandíbula.

Alan frunció el ceño, molesto, y se cruzó de brazos.

—Pues ya sabes… después de que yo la besara y ella dijese tu nombre en un puto jadeo, imaginé que iría derechita a ti y que tú, que ya lo estabas deseando, te vendría genial.

La zapatilla que tenía en mi mano cayó al suelo. Me levanté del banco como un resorte, el corazón latiéndome a mil, y me lancé hacia él.

—¿Qué estás hablando? —gruñí, apretando los puños—. No sé nada de lo que estás diciendo.

Alan no se amedrentó. Sonrió, desafiante, como si estuviera jugando a un juego que solo él entendía.

—Pues eso —dijo, acercándose—, que está loca por ti, y yo no acostumbro a dejarme enredar por golfas que intentan engañar a los hombres.

No lo pensé. Le di un puñetazo, directo, sin miedo ni control. Me sentí alterado, y quería sacarme la tensión de encima. Lo vi retroceder un poco, pero no tardó en devolverme el golpe. El vestuario estalló.

Todo el vestuario se volvió un caos. El resto del equipo gritaba, algunos intentaban separarnos, otros solo animaban como en un partido de rugby. Cada golpe que me lanzaba Alan me subía la adrenalina, y cada uno que esquivaba o devolvía hacía que la rabia se mezclara con algo más… algo que tenía que ver con Lara y todo lo que él acababa de insinuar.

—¡Eh! —gritó alguien—. ¡Relajaos!

No había manera de relajarnos. Cada músculo de mi cuerpo estaba tenso, cada golpe un recordatorio de que no podía perder el

control, pero tampoco podía quedarme callado. Alan me empujó contra la pared de taquillas, y escuché el metal crujir.

—¡Joder! —grité, girando y lanzando otro puñetazo—. ¡Suéltame, imbécil!

—¡Tú suéltame a mí! —replicó Alan, devolviéndome el golpe en el brazo—. No sabes nada de lo que estás diciendo.

Alrededor nuestro, los compañeros se apartaban, algunos con miedo, otros con curiosidad morbosa. El entrenador había entrado tratando de controlar la situación hacía un par de minutos, pero no había sido suficiente.

—¡Ya basta! —la voz del entrenador sonó con fuerza—. ¡O paráis ahora mismo o estáis fuera del equipo, los dos!

Nos separamos bruscamente, respirando con fuerza, el sudor mezclado con rabia y adrenalina. Yo estaba rojo, con la camiseta pegada al cuerpo, la respiración acelerada y el corazón a mil. Alan también estaba agitado, pero con esa sonrisa de suficiencia que me irritaba profundamente.

—Vale… —dije, limpiándome la frente con la mano—. Vale, lo entiendo.

Alan me miró, con los ojos brillando por el desafío.

—Está bien… pero solo porque no quiero que el entrenador nos eche a ambos.

Me senté de nuevo en el banco, dejando que el golpe de adrenalina bajara poco a poco. Cada músculo golpeado me dolía, pero la tensión no desaparecía. Estaba bloqueado, no por el entrenamiento ni por la pelea, sino por todo lo que Alan acababa de soltar por su boca.

—Lara… —susurré para mí mismo, mirando el suelo—. ¿Qué coño estás haciendo conmigo?

No podía concentrarme en nada. Mis manos temblaban un poco mientras me volvía a atar las zapatillas, y cada movimiento me recordaba que no podía dejar que la situación con Alan arruinara todo lo que sentía por Lara.

—Tío… —alguien del equipo se acercó, poniéndose delante de mí—. Tranquilo, respira. No vale la pena pelearse así.

No le contesté. Sabía que tenía razón, pero también sabía que no podía dejar pasar lo que Alan había insinuado. No podía permitir que nadie hablara de Lara así.

Me levanté otra vez, respirando profundamente, y miré alrededor. La sala estaba patas arriba, taquillas aboyadas, camisetas tiradas en el suelo, bolsas de deporte volcadas… un caos total.

—Esto… —empecé, hablando más para mí mismo que para nadie—. Esto no puede quedarse así.

Alan me miró y asintió.

Los dos empezamos a recoger el destrozo que habíamos provocado.

—Liam… —dijo al fin, con un tono más serio—. No tienes idea de lo que ella siente.

—Tú tampoco —gruñí, con los puños apretados—. Así que cierra la boca y déjame en paz.

No dijo nada, y eso fue suficiente para que me calmara un poco.

En ese momento, el entrenador volvió a entrar, más serio que nunca.

—¡Escuchadme! —gritó—. Si vuelvo a ver esto, os vais fuera del equipo, los dos, no voy a tener contemplaciones, muy a mi pesar, aunque seáis dos piezas importantes no sois imprescindibles.

Nos miramos, Alan y yo, y sin decir nada, asentimos.

Salí del vestuario lentamente, respirando hondo, y me apoyé contra la pared exterior, mirando hacia arriba y pude ver el cielo gris que se veía por la ventana.

Todo seguía dando vueltas en mi cabeza.

—Joder… —susurré, pasando una mano por mi cara—. No puedo seguir así.

Sabía que tenía que arreglar las cosas con Lara.

Me alejé de allí todavía con la respiración acelerada, el cuerpo cargado de adrenalina y la cabeza dándole vueltas a todo. Aún sentía los nudillos entumecidos y el pulso acelerado por la bronca con Alan, pero no podía quedarme ahí más tiempo. Tenía que salir a tomar aire fresco.

Y vaya aire fresco… o al menos fresco para Chicago. La ciudad olía a gasolina, mezclada con la humedad pegajosa de octubre.

Y justo cuando estaba tratando de ordenar mis pensamientos, apareció ella: Anna. Allí, a unos pasos, con esa sonrisa suya de siempre, la que me ponía los nervios de punta y al mismo tiempo me enfadaba.

—Liam —dijo, saludándome con la mano—. ¡Eh! ¿Cómo estás?

—Eh… —empecé, rascándome la nuca—, aquí, sobreviviendo. ¿Y tú?

—Bien, bien… ya sabes, sobreviviendo al mundo de siempre —respondió con esa sonrisa burlona que siempre parecía saber demasiado de mí.

Nos quedamos unos segundos en silencio, mirándonos, y por un momento todo parecía normal. Sin tensión, sin historias complicadas entre nosotros… solo dos personas hablando después de un día largo.

—Oye, Liam… —dijo ella, ladeando la cabeza—. ¿Y lo de Lara? ¿Conseguiste lo que pretendías?

Fruncí el ceño, sorprendido y un poco molesto por la pregunta.

—Anna… nada de lo que pretendía que ocurriese salió como esperaba.

—Oh vaya —dijo ella, levantando las manos en señal de paz—. Espero que la pregunta no te haya incomodado, solo preguntaba como amiga.

—Amiga, ¿eh? —repetí, arqueando una ceja—. Vale, supongo que sí. Estoy bien, de verdad. Solo… un largo día, ya sabes cómo es todo esto.

—Sí, te entiendo —dijo ella, apoyándose contra la barandilla—. Pero bueno, ¿quieres tomar un café o algo? Podemos hablar como… amigos normales.

Asentí, intentando sonar relajado aunque por dentro estuviera hecho un lío.

—Vale… está bien.

Mientras caminábamos hacia la cafetería del campus, traté de no pensar en Lara. Maldita sea, cómo quería que ella estuviera aquí en lugar de Anna. Pero no había nada que hacer. Kansas estaba a demasiadas millas de distancia.

La conversación fluyó más fácil de lo esperado. Hablamos de tonterías del campus, de los entrenamientos, de los partidos del fin de semana y de los profesores que siempre parecían empeñados en hacernos la vida imposible. Anna incluso me contó algún chisme trivial de algunos de los jugadores, y yo me reí más de lo que había hecho en toda la mañana.

—Y entonces, Liam… —dijo, con un tono que no dejaba de hacerme sentir incómodo—. ¿En serio crees que Lara puede hacerte sentir así?

Suspiré, mirando hacia otro

lado.

—Anna. Simplemente… ella me tiene hecho un lío, ¿vale? Nada que tú puedas arreglar, no es tu problema.

—Vaya… —ella sonrió con picardía—. Bueno, al menos eres honesto. Eso es algo.

Y justo cuando empezaba a sentirme un poco más relajado, un flash me cegó. Parpadeé, giré la cabeza y vi a un tipo con una cámara, claramente un paparazzi, sacando fotos sin siquiera ocultarse.

—¿Qué coño…? —dije, apartándome un poco.

Anna me miró y se rio nerviosa.

—Oh no… seguro que de esto mañana alguien hará un escándalo.

—Sí, claro… —gruñí—. Solo nos faltaba eso.

El paparazzi no tardó en hacer un par de disparos más y desapareció antes de que pudiéramos reaccionar. Nos quedamos en silencio un momento, mirándonos.

—Bueno… —dijo Anna, todavía riéndose un poco—. Esto va a ser divertido cuando salga mañana en las redes. Ya verás lo que inventan.

—Divertido… —repetí, apretando los labios—. Sí, claro, súper divertido.

A las pocas horas, como era de esperar, las fotos aparecieron en las redes sociales. Titulares ridículos, insinuaciones que jamás habíamos planteado y comentarios sobre *la nueva pareja de Chicago*, *y parece que Liam Lancaster ya ha encontrado la mujer que buscaba*.

Miré la pantalla del móvil y sentí que mi sangre hervía.

—Esto es una locura —murmuré para mí mismo—. No somos nada, Anna..

—Tranquilo, Liam —dijo ella, viendo mi cara—. Solo son fotos. Nadie sabe la historia real.

—Sí, bueno… —resoplé—. Menos mal que Lara no está aquí para verlo.

Anna arqueó una ceja, divertida.

—Ah… ¿y eso te preocupa?

—Sí —admití sin poder evitarlo—. Porque si se entera… creerá que lo nuestro va en serio. Más aún después de que vinieses conmigo al bautizo…

Ella rio, fue un sonido ligero que no ayudaba a calmarme en absoluto.

—Bueno, será divertido ver cómo lo arreglas.

Asentí, aunque la verdad es que no podía evitar sentirme un poco atrapado en el caos que se estaba formando. Me había prometido a mí mismo mantener distancia con Lara, total si era lo que ella quería pues la complacería, pero ahora todo lo que veía o escuchaba me recordaba a ella, y esa sensación solo empeoraba con cada palabra de Anna.

—Oye… —dije al final, intentando sonar normal—. Gracias por… esto. Por no exagerar las cosas, quiero decir.

—No hay problema —respondió ella, cruzándose de brazos—. Además, tengo que admitir que verte enfadado es bastante… entretenido.

Gruñí, aunque no pude evitar reírme.

—Sí, seguro. Muy divertido.

Y mientras nos despedíamos en la entrada de la cafetería, sabiendo que cada uno tenía que seguir su camino, un pensamiento no me abandonaba: Lara. Todo lo que había hecho para mantenerla

fuera de mi cabeza se desmoronaba, porque ni siquiera un malentendido con Anna podía evitar que su imagen se colara en cada rincón de mi mente.

—Nos vemos pronto, Liam —dijo ella, con un gesto de adiós.

—Sí… nos vemos —respondí, pero el corazón me latía más rápido de lo normal.

Caminé hacia mi coche, respirando hondo. La ciudad parecía demasiado incompleta, demasiado silenciosa, y yo demasiado vulnerable.

Porque por mucho que Anna se pusiera en plan amiga, por mucho que intentara mantener todo en calma, yo sabía que las redes sociales ya habían empezado a hacer su juego. Pero lo que realmente me importaba, lo que me quemaba por dentro, no era Anna ni las fotos… era Lara.

Y eso, pensé mientras arrancaba el coche y salía del campus, que era algo que nadie podía arreglar por mí.

# CAPÍTULO 29

## Lara

Nunca pensé que algo tan tonto como abrir Instagram pudiera arruinarme el día de esa manera. Pero ahí estaba. Apoyé el móvil contra la taza de café, todavía medio dormida, y empecé a deslizar el dedo por la pantalla. Fotos de flores, recetas, una amiga del instituto con su perro, y de repente… una portada.

Liam Lancaster y Anna Evans: el reencuentro más tierno de Chicago.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Qué…? —murmuré, acercando el móvil a la cara como si eso fuera a cambiar lo que veía.

Ahí estaban. Él y Anna. Caminando juntos, riendo, y una en la que ella le tocaba el brazo. Parecían tan cómodos, tan cercanos… tan bien.

—Genial, perfecto —solté, dejando escapar una risa amarga—. Justo lo que me faltaba.

Seguí leyendo el texto, como si necesitara hacerme más daño: *La pareja fue vista compartiendo un café en el campus de Chicago. Todo indica que la chispa entre ellos sigue viva…*

—Claro, claro, la chispa sigue viva. Qué romántico —murmuré, sarcástica—. Y mientras tanto, yo aquí, en medio del campo, haciendo de granjera feliz, preocupándome por si le habré echado demasiada agua a las begonias.

Apagué la pantalla de golpe, pero ya era tarde. La rabia me subía desde el pecho hasta la garganta.

—Qué estúpida soy… —dije en voz alta, sin poder contenerlo—. Qué estúpida.

Empecé a caminar por la granja sin rumbo, hablando sola como una loca.

—Y yo llorando por las esquinas, pensando que había sido demasiado dura con él, que quizá debería haber cogido el teléfono cuando me llamó, que tal vez merecía una oportunidad. ¡Por favor! —bufé—. Hasta estuve a punto de pedirle a Tessa que me contara lo que él le había dicho por teléfono. ¡Qué vergüenza!

Caminaba rápido, gesticulando con las manos, sin mirar por dónde iba.

—Tonta, tonta y mil veces tonta. Eres una idiota, Lara. Liam es un infiel, siempre lo fue y siempre lo será. No cambia. Los hombres así no cambian.

Me reí sola, una risa de esas que te salen entre rabia y tristeza.

—Y yo pensando que era distinto, que me miraba de otra forma… ¡Qué tonta!

Seguí caminando, con la vista fija en el suelo pero sin ver nada realmente. Todo me daba vueltas. Sentía la garganta seca y los ojos ardiendo.

—Encima seguro que se lo está pasando genial, tomando café con su ex, mientras yo estoy aquí con las botas llenas de barro. Perfecto, Liam, de verdad, perfecto —gruñí, dándole una patada a una piedra que rodó por el camino.

El viento me despeinó un mechón de pelo, y seguí andando, sin pensar, sin mirar. Hasta que, de repente, el suelo desapareció bajo mis pies.

—¡AH! —grité, pero no hubo tiempo para nada más.

Sentí el golpe seco, la tierra fría en la espalda y un dolor agudo en el tobillo derecho que me arrancó un chillido.

—¡Mierda! —grité, llevándome las manos al pie—. ¡Ay, ay, ay!

Me quedé unos segundos en silencio, intentando entender qué demonios acababa de pasar. Miré hacia arriba: el borde del pozo, a unos dos metros. No muy profundo, pero suficiente para destrozarme el tobillo.

—Genial, Lara —murmuré, con una mueca de dolor—. Te caes por un pozo. Literalmente por un pozo. Si esto no es el colmo, no sé qué lo es.

Intenté mover el pie, pero el dolor era insoportable. Una punzada que me subía hasta la rodilla.

—Perfecto, me rompo el tobillo y no hay nadie —solté—. Todo por un imbécil que sale en las revistas.

Apoyé la cabeza contra la pared de piedra, respirando hondo.

—Muy bien, Lara. Muy bien. Has ganado el premio a la idiota del año.

Cerré los ojos un momento, sintiendo cómo la rabia se mezclaba con las lágrimas. No sabía si lloraba por el dolor del tobillo o por el de dentro, pero en ese instante, todo se me juntó.

Liam, las fotos, Anna, el pozo, yo misma… todo un desastre.

Y ahí, en el fondo de aquel agujero, con el pie palpitando y la cara empapada de lágrimas, solo pude pensar una cosa:

—Ojalá no me importaras tanto, Liam Lancaster.

No recuerdo bien cuántas horas pasaron.
Solo sé que cuando me encontraron, ya era de noche.

El aire estaba helado, las estrellas encima de mi cabeza parecían burlarse de mí, y yo seguía en el fondo de aquel pozo, con el tobillo convertido en una especie de globo morado y un humor de perros.

Primero escuché pasos, luego voces. Mi padre casi se infarta cuando vio la linterna de Lía alumbrando mi cara.

—¡Por Dios, Lara! ¿Qué haces ahí dentro? —gritó.

Yo hubiera querido contestar algo ingenioso, pero apenas podía hablar debido al dolor.

—No lo sé, mamá, pensé que era buena idea probar la gravedad —alcancé a decir entre dientes.

Me sacaron de allí con ayuda de dos vecinos, y cada movimiento era como si me atropellasen el pie. Cuando por fin me

metieron en el coche para ir al hospital más cercano, solo podía pensar en una cosa: *esto no me estaría pasando si no hubiera abierto Instagram*.

En urgencias, una doctora con cara de no haber dormido en tres días me revisó el tobillo y soltó un largo suspiro.

—Está roto por dos sitios —dijo al fin, con voz seria—. Habrá que operarlo, y cuanto antes mejor.

—¿Operarlo? —preguntó mi madre, llevándose una mano al pecho—. ¿No hay otra opción?

—No —contestó la doctora con una calma que me sacó de quicio—. Si no lo operamos, no volverá a apoyar el pie con normalidad. Y va a necesitar un cirujano ortopédico de nivel, alguien que pueda dejarle bien ese tobillo.

En ese momento, mi padre la miró, luego me miró a mí, y ya supe lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Nos la llevamos a Chicago. Allí tengo contactos en el hospital principal, y quiero lo mejor para mi hija.

—Papá, no hace falta… —empecé, pero me cortó enseguida.

—Sí que hace falta. No pienso dejarte en manos de cualquiera.

Y así, sin consultarme demasiado, ya estaba todo decidido.

La parte graciosa, si es que algo de esto tenía gracia, es que mi madre llamó a su hermana para contarle lo ocurrido, y fue como soltar una bomba.

Escuché los gritos desde la camilla situada a unos tres metros de distancia.

—¿Qué dices? ¿Un pozo? ¿¡Cómo demonios se cae una persona a un pozo en pleno siglo veintiuno!? —chillaba mi tía por el teléfono.

Yo rodé los ojos.

—Díselo a Instagram, tía, fue culpa de una mala publicación —murmuré, aunque nadie me escuchó.

El caso es que, entre gritos, lamentos y dramatismo familiar, mi tía prometió encargarse de todo en Chicago. Y Tessa que estaba con ella en ese instante, por supuesto se enteró. Según me contó

después mi padre, Tessa estaba en el salón cuando su madre soltó la noticia a grito pelado, y casi se atraganta comiéndose un bollo.

Y claro, siendo Tessa como es, no tardó ni cinco minutos en llamar a Dylan.

Sí, Dylan, que por casualidades de la vida, también estaba con Liam viendo un partido de rugby en ese momento. Así que, aunque nadie lo planeó, mi desastre personal acabó recorriendo media Chicago más rápido que una noticia viral.

No tuve que imaginar mucho cómo fue la escena.

Tessa al teléfono, con ese tono entre emocionado y preocupado, diciéndole:

—Solo te aviso para que lo sepas, Dylan, parece que mi prima regresa a Chicago. Se cayó a un pozo y se rompió el pie.

Y claro, Dylan, que no sabe guardar un secreto ni aunque su vida dependa de ello, seguro que giró la cabeza hacia Liam y soltó algo tipo:

—Eh, tío, ¿sabes quién vuelve a Chicago? Lara.

Y listo. En cuestión de segundos, Liam Lancaster ya lo sabía.

Y ahí estaba el gran chiste del universo.

Yo, que llevaba semanas repitiéndome que olvidarlo era lo mejor, que la distancia era mi salvación, que Chicago era el pasado…

Y ahora, por culpa de un maldito pozo, me iba directa de vuelta a él.

Ni siquiera sabía si reír o llorar. Porque claro, entre todas las ciudades del país, entre todos los hospitales del mundo, tenía que ser en Chicago.

Respiré hondo mientras la ambulancia arrancaba para trasladarme, y miré por la ventanilla hacia la oscuridad del camino.

—En serio, universo —murmuré, medio riendo, medio llorando—. Si querías hacerme una broma, te ha quedado perfecta.

Apoyé la cabeza en la almohada, con el tobillo vendado y el corazón más hecho polvo que nunca.

Pensé en Liam. En lo irónico que era todo. En cómo, por más que intentara alejarme, siempre acababa volviendo a su ciudad, a su mundo.

Y no pude evitarlo. Sonreí con tristeza.

—Supongo que esta es mi especialidad —susurré para mí misma—. Caerme donde no debo… y volver justo al lugar del que intento huir.

# CAPÍTULO 30

## Lara

Las enfermeras ya me tenían fichada. Era la chica del tobillo roto, la que siempre pedía una manta más, la que no paraba de mover las manos cuando hablaba, y la que, según ellas, tenía cara de haber pasado por algo más que una simple caída. No se equivocaban, aunque si les contaba *todo* lo que había detrás de ese tobillo roto, probablemente me recetarían algo más fuerte que ibuprofeno.

Lía estaba sentada en la silla junto a mi cama, comiéndose las galletas que había traído mi tía para que recuperase las fuerzas. Yo, mientras tanto, me distraía mirando la tele del hospital sin prestarle mucha atención.

—Han traído más flores para ti —dijo Lía de repente, con la boca llena.

Giré un poco la cabeza. En la habitación ya había varios ramos; uno de mis padres, otro de Tessa y Dylan (con una tarjeta tan cursi que casi me da alergia de amor), y uno más del hospital, que decía *‹‹esperamos que tu recuperación sea breve››*. Vamos, pura emoción.

—¿Más flores? —pregunté sin mucho interés—. ¿De quién son esta vez?

Lía se levantó y fue a recogerlas del carrito que había traído el mensajero.

—No lo sé —dijo, acercándose al ramo—. Pero estas son preciosas, en serio. No sé por qué… me recuerdan bastante a ti.

Fruncí el ceño.

—¿A mí? ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros, divertida.

—Son blancas y amarillas, y algunas tienen como… pecas —soltó una risita—. No sé, parecen margaritas con tu cara.

—Muy graciosa —repliqué, aunque tuve que contener una sonrisa.

Cuando las tuve delante, me quedé un poco sin aire. Eran sencillas, sí, pero tenían algo diferente. No eran esas flores de floristería elegante, sino algo más… natural, más real.

Había una pequeña tarjeta entre los tallos.

—Dame eso —le pedí a Lía, estirando la mano.

Ella me la pasó sin sospechar nada. Yo la abrí despacio, como si temiera que dentro hubiese algo peligroso.

Y ahí estaba.

Su letra.

*Espero que te recuperes rápido. Todavía me quedó una cita que tenía preparada para ti y que estoy seguro puede ser lo que esperabas.*

*Con cariño,*

*Liam.*

Sentí un nudo en la garganta. Por un momento, el hospital desapareció, el dolor también. Solo existía esa nota, su letra, y el recuerdo de todo lo que no fue.

No sé cuánto tiempo me quedé mirando las palabras, pero cuando Lía habló, casi di un salto.

—¿Y bien? —preguntó, sonriendo con esa cara de cotilla que solo tienen las hermanas—. ¿Quién es el que te ha puesto tan contenta?

Me quedé helada. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba sonriendo. Automáticamente, cerré la tarjeta y la escondí bajo la almohada.

—¿Yo? ¿Contenta? —intenté sonar convincente, pero mi voz me traicionó—. No sé de qué hablas.

—Ah, no —replicó ella, cruzándose de brazos—. Acabas de sonreír como si te hubieran prometido un viaje al Caribe.

—Lía, de verdad, no es nada —dije rápido, bajando la mirada.

—Ajá… claro. Entonces no te importa si leo la nota, ¿no? —preguntó, alargando la mano hacia mi almohada.

—¡Ni se te ocurra! —grité, sujetando la almohada como si fuera un tesoro.

Ella levantó las cejas, triunfante.

—Vale, vale, no hace falta decir más. Ya entendí todo.

—No entendiste nada —le respondí, mirando hacia la ventana para evitar su sonrisa burlona.

Pero mentía. Lo había entendido todo. Y yo también.

Apoyé la cabeza en la almohada y respiré hondo. A través del olor a desinfectante, podía sentir el perfume suave de las flores. Cada vez que cerraba los ojos, me imaginaba a Liam, eligiendo ese ramo, escribiendo esas palabras.

Y aunque no quería admitirlo, algo dentro de mí se encendió otra vez.

Porque, aunque intentara negarlo mil veces, seguía ahí. Esa parte tonta, irracional, que todavía lo echaba de menos.

Me giré despacio, como si nadie pudiera oír mis pensamientos, y susurré casi en silencio:

—Eres idiota, Liam Lancaster… pero gracias por las flores.

# CAPÍTULO 31

## Liam

No tenía ni idea de por qué estaba allí. Bueno, sí la tenía. Era por ella. Pero cada paso que daba por aquel pasillo del hospital me hacía pensar que estaba cometiendo un error.

Llevaba un oso de peluche enorme en la mano, de esos que uno no compraría nunca si no fuera por una buena razón. En este caso, Lara. Había pasado la noche entera sin dormir, dándole vueltas a si debía venir o no. Había pensado en llamarla, en escribirle, en mandar flores. Al final hice todo menos hablarle, porque tenía miedo de que me dijera lo que no quería oír.

Cuando llegué al piso donde estaba su habitación, me quedé quieto frente al ascensor.

Podía dejar el peluche en recepción, decir que era un regalo anónimo, e irme sin mirar atrás. Eso sería lo correcto, ¿no? Ella se fue para olvidarme. Tal vez lo mejor era dejarla tranquila.

Respiré hondo, me di media vuelta y estaba a punto de volver al ascensor cuando escuché su voz detrás de mí.

—¿Liam?

Cerré los ojos un segundo. No, no podía ser. Pero sí. Era su voz. Su forma de decir mi nombre, como si lo conociera de toda la vida.

—¿Eres tú? —repitió.

Me giré despacio, y ahí estaba.

Lara.

Con un pijama azul, el pelo un poco despeinado, y un andador frente a ella. Daba pasos pequeños, con cuidado, pero

seguía teniendo esa fuerza en la mirada que siempre me dejaba sin aire.

Me quedé paralizado. No sabía si ir hacia ella o salir corriendo. Pero ella siguió caminando hasta que quedó frente a mí, con una sonrisa débil pero de verdad.

—Gracias por las flores —dijo.

Tragué saliva, sin saber muy bien qué responder.

—Me alegra que te gustaran.

—Lo hicieron —susurró.

Nos quedamos en silencio un rato. Ella miraba el suelo y yo no podía apartar la vista de ella.

Parecía cansada, frágil, pero al mismo tiempo más real que nunca.

—Me alegra de que hayas venido —dijo al fin.

La verdad, no imaginé que diría eso. O sí.

—Supongo que quería asegurarme de que estabas bien.

Asintió despacio, sin levantar la cabeza.

—Lo estoy —respondió, aunque su voz decía lo contrario.

No pude callarme.

—¿Puedo saber por qué te fuiste así? —pregunté.

Ella respiró hondo y levantó la mirada.

—Porque es demasiado doloroso estar cerca de ti —dijo, y noté cómo se me encogía el pecho—. Sabiendo que eres Liam Lancaster y todo lo que eso implica.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté sin entender del todo.

Lara me miró con los ojos llenos de tristeza.

—Significa que contigo nada es sencillo. Que contigo sé que voy a sufrir. Y yo… —se detuvo un momento—. Yo no puedo vivir sabiendo que se va a terminar.

—¿Tienes miedo de que algo que no ha empezado se termine? Lara, lo siento pero no te entiendo.

—Es sencillo. Llevo demasiado tiempo conociéndote, y hace poco me di cuenta de que no sería feliz contigo nunca.

—¿Demasiado tiempo? Salvo el incidente de la boda de Dylan y la cita desastre que fastidié, no hemos tenido mucha oportunidad de conocernos, ¿no crees?

Intenté acercarme, pero ella negó con la cabeza.

—Voy a confesar algo que siempre creí que permanecería en secreto. Llevo dos años sin perderte la pista, Liam, conociendo tus gustos, tus manías, sabiendo de tus relaciones, de tus costumbres… ¿Crees que es casualidad que después de chocar en el baile de los novios yo acabase estudiando en la misma universidad donde tú estudiabas? ¿Crees que alquilar una habitación de estudiantes a dos manzanas de tu apartamento también es casual? No Liam. Puede que te suene terrorífico, pero para mí eras especial, hasta que me di cuenta de que tú sigues siendo la misma persona de siempre, y que yo soy la que va a sufrir.

No supe qué decir. Me quedé ahí, como un idiota, con el peluche colgando de la mano.

Ella siguió hablando, más bajito, casi en un susurro:

—Y lo peor de todo es que todavía me cuesta pensar en marcharme lejos.

—Lara… —dije, dando un paso hacia ella.

—No, Liam. —Sacudió la cabeza, con una lágrima cayéndole por la mejilla—. No quiero que digas nada.

En ese momento apareció una enfermera al final del pasillo.

—Señorita, hora de volver a su habitación. El médico dijo unos pasos, no unos kilómetros.

Lara asintió, sin dejar de mirarme. Yo di un paso atrás. Ella giró el andador, caminó unos pasos y, antes de entrar en la habitación, se detuvo.

—Gracias por venir —dijo, sin volverse.

Tragué saliva.

—Estaba deseando verte —le contesté.

Ella no respondió. Solo siguió avanzando hasta que la puerta se cerró y me dejó solo en aquel pasillo frío, con una sensación extraña dentro de mí.

# CAPÍTULO 32

## Lara

Entré en la habitación con el corazón a mil. No podía dejar de temblar, ni de pensar en lo que acababa de pasar en el pasillo. Liam. Otra vez Liam. Había aparecido como si el universo se empeñara en recordarme que por mucho que intentara alejarme, él siempre acababa volviendo a mi vida.

Cerré la puerta despacio, intentando que mi hermana no me viera la cara, pero fue inútil.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lía, dejando el móvil a un lado y mirándome con los ojos bien abiertos—. ¿Te has hecho daño en el pie? ¿Te duele? ¿Te has caído otra vez?

Negué con la cabeza, intentando no llorar, pero ya tenía los ojos empañados.

—No, no me duele el pie —susurré.

—¿Entonces qué? —insistió, acercándose a mí con esa mirada que lo ve todo—. Estás blanca como un papel, Lara.

Me dejé caer en la cama y respiré hondo.

—He visto a Liam —dije al fin.

—¿Qué? —exclamó—. ¡¿Aquí?! ¿En el hospital?

Asentí, frotándome los ojos.

—Sí… vino. No sé desde cuándo estaba, pero me lo encontré ahí fuera. Llevaba un peluche gigante y parecía… nervioso.

—¿Y tú qué le dijiste? ¿Qué pasó? —preguntó, casi saltando de la silla para sentarse a mi lado.

Me encogí de hombros.

—Le dije que debía dejarme. Que lo mejor era que no volviéramos a vernos.

—¿Perdona? —Su cara fue un poema—. ¿Le dijiste qué?

—Eso. Que tenía que dejarme en paz. Que estar con él solo me haría sufrir.

Hubo unos segundos de silencio. Pensé que Lía iba a abrazarme o a decir algo dulce, pero no. En cambio, bufó y se levantó de golpe.

—¡Pero qué cojones sabes tú si vas a sufrir o no! —dijo, levantando las manos al aire—. De verdad, me pone muy nerviosa la gente que se adelanta a los acontecimientos.

—Lía, no empieces… —intenté decir, pero ya estaba lanzada.

—¿Eres consciente de lo idiota que suena eso? Vas por la vida teniendo citas a ciegas sin saber si el tipo que te espera sentado en un banco del parque donde habéis quedado puede ser el nuevo Jack el Destripador, ¡y ahora resulta que te da miedo sufrir por el chico al que, aparentemente, quieres! —Se cruzó de brazos y me miró con esa cara de: no hay quien te entienda—. Hermana, creo que voy a hablar con las enfermeras para que te den cosas más fuertes, porque estás delirando.

No pude evitar reírme, a pesar de las lágrimas.

—Eres insoportable.

—Lo sé. Pero dime que no tengo razón —contestó, señalándome con un dedo—. Venga, dímelo.

No dije nada. Me quedé mirando el suelo, dándole vueltas a sus palabras.

Sabía que tenía razón, o al menos una parte de todo eso la tenía. Yo estaba tan asustada de salir herida que ni siquiera le había dado la oportunidad de demostrarme si valía la pena el riesgo.

Suspiré.

—Vale… —dije al fin—. Imagina que tienes razón. ¿Qué harías tú en mi lugar?

Lía arqueó una ceja y sonrió de lado. Esa sonrisa traviesa que solo pone cuando está a punto de hacer una locura.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí —dije, aunque no del todo convencida.

—¿Y lo dejas en mis manos? —preguntó, inclinándose hacia mí con los ojos brillando de pura emoción.

—Depende —contesté—. ¿De qué tipo de plan estamos hablando?

—De uno que no puede fallar —dijo sin pensárselo—. Pero tienes que confiar en mí.

La miré con una mezcla de miedo y curiosidad.

Lía siempre había sido la más atrevida de las dos, la que se tiraba a la piscina sin mirar si había agua. Yo era justo lo contrario: la que analizaba todo hasta arruinar el momento.

—No sé si debería dejar que hagas esto… —murmuré.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces sigue aquí, lamentándote y mirando el techo mientras el chico que te hace sonreír se va a su casa pensando que lo odias. Tu decisión, hermanita, es tu decisión.

La miré, sabiendo que ya me había ganado. Suspiré otra vez, con una media sonrisa.

—Está bien. Adelante.

Lía aplaudió despacio, encantada.

—Perfecto. Entonces prepárate, porque mañana empieza la operación: recuperar al idiota de Chicago.

—No le llames así —dije, riéndome.

—Vale, vale. —Sonrió aún más—. Entonces llamémoslo: volver a poner a Lara en el mapa del amor.

Negué con la cabeza, sin poder evitar reírme más. Y mientras ella ya empezaba a hacer planes imposibles, yo me quedé pensando en Liam.

En su cara cuando me vio, en cómo me miró como si no existiera nada más en aquel pasillo. Y aunque me dolía admitirlo, sentí una chispa de esperanza. Tal vez mi hermana tenía razón. Tal vez dejar de huir era lo único que debía hacer.

# CAPÍTULO 33

## Liam

Llamaron a la puerta justo cuando estaba a punto de hundirme en el sofá. Me esperaba cualquier cosa menos verla a ella allí, en medio del pasillo, con esa sonrisa socarrona que era difícil olvidar.

Abrí y me quedé un segundo en blanco.

—¿Lía? —dije, medio sorprendido, medio a la defensiva. Porque conociéndola había llegado hasta mi casa para cualquier cosa menos para saludarme.

Ella me miró de arriba abajo como quien examina a un desconocido, y después soltó con ese sarcasmo suyo:

—¿Vas a invitarme a entrar o temes que te robe algo? Puedes estar tranquilo, no me gustan los objetos que usáis los ricos para adornar vuestras mansiones.

Sonreí antes de poder evitarlo y con la mano la invité a pasar.

Entró como si la casa fuera suya, silbando mientras miraba a todas partes, y sus botas crujieron en el suelo de mármol. Me sentí algo ridículo teniendo allí a la hermana de Lara.

Cerré la puerta y se quedó plantada en el recibidor, con las manos en los bolsillos, observándolo todo con esa mezcla de curiosidad y desprecio que la caracterizaba. Yo jugueteé con las llaves en la mano, sin tener muy claro qué decir.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunté, intentando no sonar demasiado brusco.

—No te confundas, niño rico —contestó ella sin andar con rodeos—. No eres tú, es la casa la que me incomoda. Pero bueno, dejémonos de cháchara y vayamos al grano.

Me crucé de brazos, esperando a que hablase. Ella no perdía el tiempo.

—A mi hermana le gustas —dijo de pronto, clavándome la mirada—. Y parece que su obsesión contigo no va a terminar por mucho que se empeñe en decirte que la dejes marchar y que no insistas en volver a acercarte a ella.

Sentí un golpe en el pecho, como si alguien me hubiera lanzado una piedra. Y antes de que pudiera reaccionar, siguió:

—Pero lo que de verdad me importa es lo que tú quieres con ella. Si vas a decir o sugerir que esto es un revolcón más, prepárate para que te suelte un puñetazo en tu cara de niño rico antes de que termines la frase, ¿ok?

No pude evitar reírme por lo bajo, medio nervioso a la misma vez que me protegía la cara con mis manos. Lía se mantuvo seria, con esa expresión de: no estoy de broma.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté, y quizá soné más duro de lo que quería.

—Porque ella dice que te conoce —dijo ella—. Y porque veo las noticias, los titulares y las fotos. Pero, sobre todo, porque conozco a mi hermana. Y sé cuándo alguien la mira en serio o cuando la utiliza.

Me quedé mirándola. Ella y Lara parecían sacadas de mundos distintos. Lara: dulce, insegura, con esa manera de tragarse las palabras. Lía: directa, rápida, violenta de palabra e incluso de gesto. No me sorprendía tanto la visita, sino la decisión de Lía de enfrentarse a mí cara a cara.

—Dime la verdad, Liam —continuó—. ¿Te gusta o solo la encuentras bonita y hasta incluso te parece divertido?

La pregunta me dio en seco. La casa se quedó en un silencio aún más profundo del que ya estaba. Podía oír el latido de mi propio corazón en mis oídos.

—La quiero —contesté antes de pensar demasiado. Sonó simple, crudo, y un poco aterrador al decirlo en voz alta.

Lía arqueó una ceja, medio incrédula, medio satisfecha.

—Pues ya sabes —dijo, aflojando un poco la tensión—. Mejor que lo demuestres. Porque si yo llego a pensar en algún momento

que solo estás jugando… ya verás las consecuencias.

Me acerqué y apoyé la espalda contra el marco de la puerta, mirando a la mujer que tenía delante. Había en su voz algo de advertencia, pero también un punto de complicidad.

—No voy a jugar con ella —añadí, sintiendo cómo me ponía serio de verdad.

Lía me miró durante un buen rato, como escudriñando si hablaba en serio o era otra promesa más de esas vacías que solían hacer algunos. Luego soltó un suspiro y, sin más drama, caminó hasta dentro y se sentó en el sofá.

—Bien —dijo—. Entonces vas a necesitar un plan. Y yo voy a ayudarte. Pero no me falles, Lancaster. Te aviso: si le haces daño, no solo te pegaré un puñetazo; te perseguiré hasta que te canses de huir.

Una vez entendimos ambos para qué había venido Lía a mi apartamento, todo cobró un sentido distinto. Nos sentamos en el sofá y ella se cruzó de piernas, como si tuviera un guion en la cabeza.

—Tengo un plan que te encantará escuchar—dijo, con esa cara de quien ya sabe que va a ser vitoreada.

Yo la miré, dispuesto a escuchar, pero con las uñas clavadas en la palma de la mano. Tenía claro que si lo que me proponía no me parecía bien, no lo haría. Y eso fue justo lo que pasó cuando me soltó la idea: quería que buscara otra cita a ciegas para su hermana. La última, decía ella.

—Una mierda —contesté sin pensar. Lo recuerdo perfectamente—. No pienso hacer de celestina de alguien a quien quiero.

Lía se quedó seria al oírme, y por primera vez noté que no había en su tono ni un ápice de broma.

—¿La quieres? —preguntó directamente—. Igual lo has dicho en un impulso y no te has dado cuenta al pronunciar esa palabra tan importante.

La miré, y no supe qué rodeos dar. Me salió la verdad sin adornos.

—La quiero. —Lo dije despacio, como si ponderara cada palabra—. La quiero para el resto de mi vida. La quiero como cuando veo a Emma abrazar a su bebé. La quiero como cuando el personaje del libro de García Márquez decidió esperar al amor de su vida medio siglo. Sé que la quiero. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque nunca había querido a nadie así y ahora sí.

Lía me miró con los ojos entrecerrados, evaluando si hablaba en serio o no. Luego sonrió, una sonrisa traviesa que me dejó un poco aliviado y, a la vez, más expuesto.

—Así que borra de esa cabeza de loca que tienes, la idea de que yo voy a buscarle una cita a tu hermana —dije—. Si has venido hasta aquí para decirme eso, ya estás tardando en desaparecer.

Me puse en pie. Ella se acercó y me dio un codazo.

—Tranquilo, millonetis —me llamó, con ese mote que me dejó sin palabras—. Ahora me caes mejor de lo que pensaba. Pero mi plan es infalible, así que haz el favor de hacerme caso, niño rico.

Sus palabras tenían un tono tan seguro que, contra todo pronóstico, aflojé. Le miré a la cara y vi que estaba convencida. Lía siempre había sido así: una mezcla de descaro, locura y una confianza absoluta en sus ideas.

Después de eso hablamos de muchas cosas, pero lo cierto es que casi no recuerdo los detalles. Lía empezó a soltar ideas una tras otra, algunas tan descabelladas que me hacían reír, otras tan brillantes que me daban vértigo. Yo las escuchaba mientras mis miedos hacían ruido en mi cabeza: ¿y si la cago? ¿y si le hago daño? ¿y si todo esto se vuelve un desastre? Pero ver a Lía tan empeñada, tan dispuesta a mover cielo y tierra por su hermana, tenía algo que me calmaba.

Al final me quedé allí, en el sofá, dejándome llevar un poco por su entusiasmo. Lía estaba colgada, y la verdad era que aquellas ocurrencias no aseguraban éxito.

# CAPÍTULO 34

## Lara

El día que me dieron el alta, estaba en la puerta del hospital con una muleta en una mano y una bolsa en la otra, esperando que mi querida hermana apareciera de una vez. El pie me dolía a rabiar, y empezaba a pensar que me dejaría allí tirada, que seguramente se habría olvidado de mí.

Cuando por fin vi su coche dando tumbos por la entrada, no pude evitar gritarle:

—¡Ya era hora! Si llegas a tardar un poco más, hubiera pedido que me cortasen el pie, me duele horrores.

Lía bajó la ventanilla con toda la calma del mundo, como si no hubiera pasado nada.

—No seas tan exagerada. Además, podías haberte sentado a esperar. Ahí mismo tienes una silla.

Refunfuñé mientras la señalaba.

—Esa silla es para las urgencias que llegan, no para mí.

—De momento no veo a nadie que la necesite —replicó con ese tono tan suyo—. Pero venga, sube de una vez, que no tengo todo el día.

Subí al coche como pude, retorciéndome del dolor porque ella no bajó ayudarme, y en cuanto cerré la puerta empecé a maldecir mentalmente la brillante idea de mi madre de que mi hermana viniera desde Kansas a cuidarme mientras me recuperaba. ¡Genial! Como si no fuera suficiente con estar coja, ahora tendría que aguantar a Lía las veinticuatro horas del día.

—Oye, que yo creo que puedo apañármelas sola —le dije, intentando sonar convincente mientras acomodaba el pie con cuidado—. Así que si quieres puedes marcharte cuando quieras.

Ella soltó una carcajada.

—¿Debes estar de broma, no? Si crees que voy a regresar a la granja estás muy equivocada. Ya he contactado con algunas empresas por aquí para ver si necesitan a alguien.

—¿Empresas? —la miré de reojo—. Lía, despierta, te has pasado toda tu vida ocupándote de animales.

—Pues eso —contestó con toda la seguridad del mundo—. Sé poner orden y limpiar las mierdas de otros, hermanita. Además, en mi currículum pone que he estudiado Dirección y Gestión de Empresas, que sé dirigir equipos numerosos y que me encanta el trabajo en equipo.

Abrí tanto la boca que me quedé sin palabras.

—Nada de eso es cierto.

—¿Ah no? —respondió con media sonrisa—. ¿Quién dirigía a las ovejas, eh? ¿Quién hacía la facturación de la granja? Y lo del trabajo en equipo es totalmente cierto, jamás estuve sola.

Me tapé los ojos con la mano, intentando no reírme.

—Suerte en la búsqueda, hermanita.

El trayecto siguió con sus bromas y mis quejas por el dolor, hasta que de pronto dijo:

—Bueno, ya hemos llegado.

Miré por la ventanilla y fruncí el ceño.

—Aquí no vivo.

—Ahora sí —respondió tan tranquila—. No pensarás que ibas a compartir piso con esos raritos de tus compañeros.

—Lía, no tengo tanto dinero como para pagar un alquiler sola.

—No te preocupes por eso —dijo con una sonrisa sospechosa—. He aceptado un donativo suculento.

La miré con una mezcla de curiosidad y miedo.

—¿Un donativo? —pregunté, pero enseguida me arrepentí—. Mejor no quiero saberlo.

Ella guiñó un ojo, bajó del coche y me abrió la puerta con un gesto triunfal.

—Bienvenida a tu nueva casa, coja.

Y ahí supe que mi recuperación iba a ser muy lenta, al ver todas esas escaleras que tenía que subir solo para poder entrar en casa.

# CAPÍTULO 35

## Liam

No sé muy bien lo que quiso decir Lía cuando me pidió que acudiese a esta dirección. Yo pensaba que la cita la tenía que buscar yo, no que ella buscaría una cita a la que yo le tendría que dar el visto bueno… En fin, que Lía estaba como una cabra, que seguramente después de vivir rodeada de tantos animales por tantísimo tiempo debía tener algún tipo de trastorno adquirido a través de ellos.

Llamé al timbre de aquella casita en mitad de la ciudad sin saber muy bien lo que hacía allí ni lo que me iba a encontrar.

La puerta se abrió, y tuve que sacudir dos veces la cabeza al ver quien me abrió.

—¿Qué cojones haces tú aquí?

—No te has enterado de nada, ¿verdad, Liam?

Lía estaba allí, abriéndome la puerta en pijama. No entendí nada, hasta que estiró de mí hacia dentro y a la orden de: no tenemos mucho tiempo siéntate, quedan cuarenta minutos para que regrese de rehabilitación, comencé a comprender que hablaba de Lara.

—Necesito aclarar las cosas. ¿Qué haces aquí, de quién es esta casa, donde está la supuesta cita de tu hermana?

—¿De verdad te graduaste *Cum laude*? Me resultas un poquito corto, no te ofendas. Pero no te preocupes yo te explico. Vivo aquí con Lara porque el piso de estudiantes que tenía alquilado con más personas era lo peor del mundo. Y la cita de mi hermana eres tú, joder, creí que había quedado claro cuando dije que encontraríamos al hombre perfecto para ella. Atento… elegante…

cariñoso… culto, inteligente —hizo una mueca—, bueno imagino que eso lo podemos esconder un poco.

—¿Yo?

—¿No quieres?

—No es eso, ¿Cómo pretendes que Lara acepte tener una cita conmigo?

—Eso es fácil, vas a salvarla.

A salvarla… Lía tenía una de pájaros en su cabeza que a veces me daba mucho miedo, o siempre me daba miedo.

—Lía, ¿salvarla de qué, de quien?

—Pues eso no lo tengo muy claro, podemos enredarla con un maníaco y que tú aparezcas y la salves de sus garras, o prender fuego el piso y que la salves de las llamas.

—Joder, Lía, ¿lo estás diciendo en serio? ¿Te encuentras bien? ¿No has pensado que algo puede salir mal? Mira, yo creo que es mejor que no hagamos esto. Prefiero que siga viva y a salvo que ponerla en peligro.

—¡Qué aburrido! —Suspiró mirando al cielo.

—Me marchó —dije.

—Para, para, que era broma. No te enfades, te he hecho venir aquí para que te encuentre cuando regrese, yo me marcho.

—¿Crees que estará de acuerdo?

—¿Te has dado cuenta de que no puede andar sin ayuda? Creo que eso debe ser suficiente para que puedas obligarla a que se quede. Solo tienes que quitarle la muleta cuando consigas hacerla sentar.

Lía era un genio, o una perturbada mental, podríamos llamarlo de cualquier manera, pero la verdad es que me estaba ayudando mucho.

# CAPÍTULO 36

## Lara

Abrí la puerta de aquella casa nueva con las muletas haciendo equilibrios imposibles y el bolso colgando del hombro que pesaba una tonelada. Apenas crucé el umbral, ya estaba maldiciendo.

—Joder, Lía, se supone que te has quedado aquí conmigo para ayudar —refunfuñé mientras cerraba la puerta a duras penas con el pie bueno—. Y resulta que he tenido que venir en taxi. ¡En taxi, Lía! No sé donde cojones te metes durante todo el día, pero nunca estás en casa.

Dejé caer el bolso en el suelo y me quedé mirando los ocho escalones que acababa de subir con medio cuerpo temblando.

—Por no decir que esta maldita casa que has alquilado pensando en mí, según tú, tiene ocho escalones hasta llegar a la puerta. ¡OCHO! Lía. Joder, que me rompí un pie, y tú estás acabando con mi paciencia.

Suspiré y avancé como pude, arrastrando una muleta, apoyándome en la pared y rezando por no volver a caerme como había sucedido ya en otras ocasiones. Entonces escuché unos ruidos que venían desde la cocina. Ollas, cubiertos, algo que parecía una tapa cayendo al suelo.

—Bueno, al menos te has dignado a preparar algo de cenar —murmuré para mí, pero después grité— ¿Vas a decir algo?

Esperé respuesta. Silencio. Solo el sonido del agua corriendo. Fruncí el ceño.

—¿Me estás ignorando, en serio?

Nada. Ni un suspiro.

—¡Líaaaa! —grité—. ¡Responde de una maldita vez, cojones!

Y entonces apareció él.

Justo por la puerta de la cocina, en lugar de salir mi hermana, apareció Liam.

Sí. Liam Lancaster. Con esos malditos ojos que parecían reírse y desarmarte al mismo tiempo, con esa mandíbula fuerte que parecía cincelada por algún dios y con ese cuerpo que, no sé cómo, cada vez me parecía más grande. Tan grande que juraría que en ese instante el pasillo se encogió.

Me quedé muda. Él también.

Solo nos mirábamos. Yo con las muletas tambaleándome, intentando recordar cómo se respiraba, y él apoyado en el marco de la puerta, con las mangas de su camiseta remangadas y el pelo un poco revuelto, como si llevara horas allí.

—Hola, Lara —dijo con esa voz suya que sonaba a calma y terremoto al mismo tiempo.

Yo pestañeé. Una, dos, tres veces.

—¿Qué… qué haces tú aquí?

Él alzó una ceja, medio sonriendo.

—Eso mismo me estaba preguntando yo. Bueno, en realidad estoy cocinando. Tu hermana me ha pedido que viniera a ayudarte hasta que regresara, ha tenido que salir.

—¿Salir? —repetí, incrédula—. ¡Claro! ¡Por supuesto que sí! Lía nunca está aquí.

Liam soltó una pequeña risa, de esas que le suavizan el rostro y me descolocan.

—Tranquila, he preparado pasta.

—¿Has hecho la cena? —dije, aún sin entender nada—. ¿Tú cocinas?

—Más o menos —contestó, encogiéndose de hombros—. No te prometo un festín, pero al menos no morirás de hambre.

Me llevé una mano a la frente.

—No hacía falta que te molestaras, Liam, podría haber pedido una pizza.

Él dio un paso hacia mí.

—¿Quieres que te ayude a sentarte?

—No —dije rápido. Tal vez demasiado rápido—. Puedo hacerlo sola.

Pero en cuanto avancé un paso, la muleta resbaló un poco. Él que era más rápido que yo. En un segundo estaba a mi lado, sujetándome por la cintura. Sentí su mano firme, cálida, demasiado cerca de mi piel. Y su olor… a jabón, a algo limpio, familiar.

—Le dije a Lía que te ayudaría —murmuró.

—Y yo te estoy diciendo que no hace falta —repliqué, aunque sin apartarme.

Él me miró con esa expresión entre paciente y divertida, y en ese momento me di cuenta de que me latía el corazón como si acabara de correr una maratón.

Llegamos hasta el sofá, y cuando me ayudó a sentarme, nuestras manos se rozaron. Me temblaron los dedos, pero fingí que no.

—¿Lía te ha dicho cuánto tiempo piensa dejarte aquí de niñera? —pregunté intentando sonar indiferente.

—Dijo que no tardaría —respondió, pero su mirada no se apartó de la mía—. Aunque si me lo pides, puedo quedarme más.

—Ni lo sueñes —dije enseguida y el tono de mi voz no sonó tan duro como quería.

Liam sonrió de lado, con esa sonrisa que debería estar prohibida por ley.

—Como quieras.

—Te odio, Liam Lancaster —murmuré.

—No lo creo —dijo él, y cuando se levantó del sofá se llevó las muletas con él.

—Liam, devuélveme las muletas —insistí, cruzándome de brazos.

—No.

—¿No?

—No.

Tragué aire, intentando no perder los nervios.

—Perfecto, entonces acompáñame al baño.

Eso sí que lo desconcertó.

—¿Qué?

—Al baño —repetí, muy seria—. Si tan seguro estás de que no las necesito, pues ven y compruébalo.

Creí que se echaría a reír, o que me diría que ni loco, pero en su lugar se acercó, me miró fijamente a los ojos… y antes de que pudiera protestar, me levantó en volandas.

—¡Liam! ¡Bájame ahora mismo! —grité, sujetándome de su cuello.

—Relájate —dijo—. No muerdo.

—¡No es gracioso! ¡Bájame!

—No hasta que lleguemos.

Me llevó directo al baño, y cuando me dejó apoyada en el lavabo, todavía no podía creerlo.

—Cuando termines, me avisas —dijo con toda la calma del mundo, y se giró para marcharse.

—Ni se te ocurra esperarme aquí —le dije con el ceño fruncido.

—Tranquila, no pienso quedarme escuchando —contestó riendo.

Resoplé y cerré la puerta de un portazo. En cuanto me quedé sola, agarré el teléfono y marqué el número de mi hermana.

—Lía, vuelve ahora mismo —le dije en cuanto oí su voz al otro lado—. No tiene ni puta gracia tu bromita.

—Ay, qué pena —respondió ella con voz risueña—. Justo acabo de pinchar una rueda. Estoy esperando a la grúa.

—Mentirosa —le dije enseguida—. Tal vez —contestó riéndose—, pero así tienes compañía. No hace falta que me lo agradezcas.

Colgó antes de que pudiera decir nada más.

Me quedé mirando el espejo, enfadada conmigo misma, con ella, con él, con todos. Tenía el orgullo hinchado y la dignidad iba ya arrastrándose por el suelo. Así que tomé una decisión estúpida —como casi todas mis decisiones recientes— volvería al salón sola, sin ayuda.

Apoyé las manos en el mueble del lavabo y empecé a avanzar por el pasillo a pasitos torpes, arrastrando el pie malo,

tambaleándome cada dos segundos. A mitad de camino, ya me dolía hasta el alma. Pero seguí.

—Vamos, Lara, tú puedes —murmuré entre dientes, más terca que sensata.

Y justo cuando estaba a un paso del sofá, el pie me falló. Sentí un tirón horrible y, al intentar apoyarme, choqué contra un mueble. La lámpara que había encima cayó al suelo y se partió con un golpe seco.

—¡Mierda! —grité, intentando recuperar el equilibrio.

De pronto, apareció Liam corriendo por el pasillo, con esa cara entre susto y enfado.

—¿Pero qué demonios haces? —preguntó gritándome.

No me dio tiempo ni a responder. En un segundo ya me tenía entre sus brazos otra vez.

—¡Suéltame! —protesté, aunque sin mucha convicción.

—Sí, claro, y de paso te dejo romperte la otra pierna —dijo con ironía.

—Podía hacerlo sola.

—Sí, lo vi. Estabas a punto de besar el suelo —replicó, llevándome hacia el sofá.

Intenté no mirarlo, pero era imposible. Tenía el ceño fruncido, los músculos tensos, y esa forma de sujetarme… como si fuera lo más valioso que existía.

—Eres un cabezota, Lara —murmuró mientras me acomodaba en el sofá—. Y una idiota, si me permites decirlo.

—No te lo permito.

—Me da igual —contestó, más serio—. ¿Quieres recuperarte o seguir probando cuántas veces puede fracturarse el mismo tobillo?

Me quedé callada, mirando al frente. Él suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—Dios, contigo no se puede.

—No te pedí que vinieras —murmuré.

—Ya lo sé —dijo más bajo—. Pero vine igual.

Y ahí, en ese silencio que siguió, mi corazón volvió a hacer esa cosa rara de acelerarse, como si quisiera recordarme que, por más que me empeñara, Liam seguía siendo mi punto débil.

Liam seguía sentado a mi lado en el sofá, tan cerca que podía notar el calor de su brazo rozando el mío. Yo intentaba concentrarme en el televisor, pero era imposible. No dejaba de pensar en lo raro que resultaba tenerlo allí, en mi casa nueva, después de todo lo que había pasado entre nosotros.

—Oye —dije al fin, rompiendo el silencio—, si alguna vez te da por volver a meterte en mi vida… por favor, no lo hagas a través de citas a ciegas.

Él soltó una carcajada suave.

—¿Qué pasa? ¿No te gustaron mis elecciones?

Lo miré de reojo y puse una mueca.

—Eran un auténtico desastre, Liam. No sé si lo hiciste a propósito o de verdad creías que esos chicos eran compatibles conmigo, pero fue como un boicot en toda regla.

—¿Boicot? —repitió, fingiendo indignación—. ¡Eran encantadores!

—Uno tenía toda la pinta hasta de coleccionar huesos de animales, otro ya sabes que casi sentía la necesidad de follarse a todo lo que se moviese.

—Suenas algo intransigente —dijo, mordiéndose el labio para no reírse.

—Suena a que querías volverme loca —respondí, alzando una ceja.

Él me miró un instante, sonriendo de esa forma que sabía perfectamente que me encantaba.

—¿Fueron mejores entonces las citas con Alan? —dijo al fin.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa con Alan?

—Vamos, Lara —se inclinó un poco hacia mí—. Es un tipo rarito. No me digas que no lo notaste.

—No era tan raro —contesté, por inercia, defendiéndolo. Pero a los pocos segundos me encogí de hombros.

—Bueno, vale… un poco raro sí que era. —Solté una risa nerviosa—. En realidad, había algo que no cuadraba.

Liam giró la cabeza hacia mí, interesado.

—¿Qué cosa?

—A veces tenía la sensación de que no quería estar tanto con su hijo como decía. Le propuse varias veces que fuéramos a verle, a pasar el día o algo, y siempre ponía excusas. Como si no quisiera estar con él.

Liam me miró con ternura, con esa mezcla de orgullo y afecto que me hacía temblar por dentro.

—Chica lista —dijo, y me guiñó un ojo.

—Podrías haberme avisado —repliqué, cruzando los brazos, aunque con una sonrisa que no lograba esconder.

—¿Y me habrías creído? —preguntó él, ladeando la cabeza—. ¿O habrías pensado que me lo inventaba solo para que lo dejaras?

Bajé la mirada, notando cómo se me encendían las mejillas.

—Bueno… tal vez.

Él soltó una risita y se reclinó en el sofá, observándome con esos ojos que parecían saber demasiado. El silencio volvió, pero esta vez era distinto: pesado, denso, con esa tensión que me revolvía el estómago y me dejaba sin aire.

Respiré hondo y, antes de arrepentirme, dije:

—Supongo que… me debes una cita, ¿no?

Liam arqueó una ceja.

—¿Quieres una cita?

—Sí —asentí, haciéndome la interesante—. Una de verdad. Sin hombres demasiado cultos, sin veganos que quieran acostarse conmigo y, por favor, sin raritos con hijos a los que no quieren.

Él me miró fijamente unos segundos, con esa sonrisa lenta que siempre me hacía perder la cabeza.

—De acuerdo —susurró—. Iré buscando algo que esté a la altura.

—Más te vale —respondí, intentando sonar segura, aunque por dentro ya notaba el corazón acelerado.

Y cuando nuestras miradas se cruzaron de nuevo, supe que esa cita… nunca podría salir bien, porque yo continuaba colgada del chico equivocado.

# CAPÍTULO 37

## Liam

Me levanté del sofá con la excusa perfecta: poner la mesa. Porque de haber permanecido a su lado un minuto más, las ganas de besarla no hubiera podido reprimirlas por más tiempo. La cena ya estaba lista, y necesitaba moverme, alejarme un poco de ella antes de hacer alguna estupidez. Pero cuando me levanté de su lado, mi mano rozó sin querer su hombro desnudo, justo donde el tirante de su camiseta se había deslizado un poco. Fue un segundo, apenas nada, pero el contacto me recorrió como una descarga. Ella aspiró el aire despacio, casi en un suspiro, y yo lo escuché. Lo sentí.
Y maldita sea, lo entendí.

Mi primera reacción fue girar la cara, como si así pudiera fingir que no había pasado nada. Pero la cercanía de su boca, tan cerca de la mía, tan… tentadora, me dejó sin respiración.

Apreté los puños con fuerza. *No lo hagas, Liam. No la beses. No todavía.*

Porque si la besaba, si me dejaba llevar por ese impulso que me quemaba por dentro, sabía que todo se acabaría ahí mismo. Ella me echaría, me cerraría la puerta y se quedaría con esa mirada suya fría, distante, esa que usaba cuando algo la hería. Y yo no estaba dispuesto a irme. No todavía.

Así que respiré hondo, pasé junto a ella con el corazón golpeándome en el pecho con mucha fuerza y murmuré, intentando sonar normal:

—Voy a poner la mesa.

Fui hasta la cocina, abrí cajones sin mirar, buscando cubiertos solo para tener las manos ocupadas. *Aguanta, idiota. No la mires, no la toques, no la beses.*

Saqué los platos, la cena, todo lo que pude para distraerme. Cuando lo tuve todo listo, respiré hondo una vez más y volví al salón.

—Ya está todo —dije, y mi voz sonó más ronca de lo que esperaba.

Lara me miró desde el sofá, con ese gesto de impaciencia que me hacía sonreír sin querer.

—¿Y cómo pretendes que llegue hasta allí? —preguntó.

Yo me encogí de hombros y, sin pensarlo más, me acerqué, la rodeé con los brazos y la levanté del sofá.

Ella soltó un suspiro bajo, sus manos se aferraron a mis hombros y su cuerpo encajó contra el mío como si hubiera estado esperándome. Su aliento rozó mi cuello.

*No la beses, Liam. No lo hagas.*

Cada paso hacia la mesa fue una tortura. Cada respiración suya me rompía por dentro un poco más. Pero la dejé suavemente sobre la silla, fingiendo que todo estaba bajo control, aunque por dentro tenía el corazón demasiado acelerado.

—Lista —dije, apartándome despacio.

Y cuando ella levantó la mirada y sonrió, supe que estaba perdido. Pero también que seguiría aguantando.

La cena olía a gloria. La pasta, el queso derretido, esa salsa que no tenía ni idea de cómo había salido tan bien. Lara dio el primer bocado y soltó un suspiro que, si se llega a descuidar, podría haberse confundido con algo mucho más peligroso.

—Está buenísima —dijo, levantando la vista—. ¿Quién te enseñó a hacer esta salsa?

Me encogí de hombros con una media sonrisa.

—*YouTube* y el hambre. Una combinación infalible.

Ella soltó una carcajada, de esas que te llenan el pecho. Me gustaba verla así, relajada, con el cabello un poco despeinado y los ojos brillantes por el vapor de la comida. No necesitaba más que eso.

Comimos en silencio un par de minutos, hasta que no pude evitarlo.

—Y bien, hablando en serio… —dije, dejando el tenedor a un lado—. ¿Qué es lo que buscas en esa persona que te acompañe toda la vida?

Lara se quedó quieta. No parpadeó ni respiró durante unos segundos. Después, bajó la mirada al plato, como si las palabras se le quedaran atrapadas entre los espaguetis.

—No lo sé… —empezó despacio—. Solo quiero que sea buena persona, que sea comprensiva, que me mire como si fuera especial. Que piense en mí como yo pensaría en él. Y sobre todo, que me quiera. Porque si no hay amor, no puede haber complicidad, ni respeto, ni cariño… ni eso que yo necesito: entusiasmo.

La última palabra habría descrito a la perfección como yo la veía siempre que la miraba, entusiasmada por todo, y yo sentí cómo se me encogía el pecho. Ella levantó la vista y añadió, casi en un suspiro:

—Imagino que pido demasiado, ¿no? No creo que esa persona se encuentre en esta ciudad. A lo mejor debería viajar hasta poder dar con ella.

Tragué saliva. No me salían las palabras, pero supe que no podía callarme.

—Yo creo que sí está en la ciudad —dije despacio.

Ella arqueó una ceja, confundida.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes?

Sonreí.

—Porque la tienes delante.

Lara se quedó helada. Su boca se entreabrió y sus ojos se clavaron en los míos, como si esperase que le dijera que estaba de broma. Pero no había ninguna broma en lo que le acababa de decir. No podía haberla.

Me levanté despacio, sin apartar la mirada, y me arrodillé frente a ella. Sentí cómo el corazón me golpeaba en el pecho, pero no me importó. Llevé mis manos a su rostro, despacio, con cuidado, como si tuviera miedo de poder hacerle daño.

Su piel era cálida. Su respiración, algo agitada.

—Liam… —susurró, pero su voz se quebró antes de decir nada más.

Apoyé mi frente contra la suya, tan cerca que podía sentir cada exhalación suya contra mis labios.

Y entonces ya no hubo dudas.

La besé.

Fue un beso lento al principio, casi temeroso, pero bastó un instante para que todo se desbordara. Sus manos subieron a mi cuello, su cuerpo se inclinó hacia el mío, y el aire alrededor pareció arder. Era como si todo lo que habíamos evitado durante tanto tiempo explotara en ese momento: las miradas, los silencios, las ganas.

El beso se volvió más profundo, urgente, más nuestro.

La sujeté por la cintura levantándola, y sentí cómo encajaba perfectamente contra mí. Su sabor, su respiración, el calor de su piel… todo me hizo perder el sentido del tiempo.

Cuando nos separamos, solo unos centímetros, nuestras frentes siguieron unidas.

—Te lo dije —murmuré, con la voz ronca—. Estaba justo delante de ti.

Ella sonrió, con las mejillas encendidas, y yo supe que ya no había vuelta atrás.

Seguíamos pegados, sin separarnos. La respiración nos entrecortaba a ambos y por fin, con un hilo de voz, lo dije mientras la miraba, con las manos apoyadas suavemente en su rostro.

—¿Sabes? —le dije bajito—, si esto fuera un libro… creo que yo sería Florentino Ariza.

Ella arqueó una ceja y me miró divertida.

—¿Ah, sí? ¿Y yo quién sería?

—Tú, Fermina Daza, por supuesto —respondí—. Orgullosa, imposible a veces… pero yo, como Florentino, no me doy por

vencido.

Lara soltó una risita nerviosa, y pude ver cómo se le iluminaban los ojos.

—¿Y cuánto tiempo crees como Florentino que tardarás en conseguir a tu Fermina? —me preguntó.

—Lo que haga falta —dije, acercando mi frente a la suya—. Si hay que esperar años, esperaré.

Y entonces la besé, despacio, con todo lo que habíamos guardado dentro, con ganas y ternura mezcladas, como si cada segundo que pasábamos separados hubiese sido un preludio a este momento.

—Te quiero.

Sus ojos se agrandaron, llenos de sorpresa y emoción. No era un te quiero cualquiera, sentí que lo decía con cada fibra de su ser. Entonces, ella me respondió casi al instante, con la voz temblando:

—Yo también… te quiero.

Y fue como si todo se desbloqueara. La tensión, los miedos, los malentendidos… todo desapareció en un segundo. La levanté con cuidado, pero con fuerza, y ella se enroscó a mi cuello, subiendo sus piernas alrededor de mi cintura. Estábamos tan pegados que podía sentirla completamente mía, y yo completamente de ella.

Entonces, de repente, escuchamos la puerta de la casa abrirse de golpe. Antes de que pudiera decir algo, una voz chillona y feliz gritó:

—¡Síííííí! ¡Por fin!

Era Lía. Y cuando entró, nos vio tal como estábamos: ella subida a mi cintura, nuestras bocas aún pegadas. La expresión de su cara era un cóctel de sorpresa, alegría y pura emoción. No esperábamos que alguien nos interrumpiera así… pero en lugar de reproches, Lía comenzó a dar saltitos de pura felicidad, riendo y aplaudiendo mientras corría hacia nosotros.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritaba mientras daba vueltas como una loca—. ¡Esto es maravilloso! ¡Qué bonitooo!

Lara se rio contra mis labios, y yo no pude evitar sonreír también. Nunca había visto a nadie tan contenta por algo que no fuera un regalo.

—Liam… —susurró Lara entre risas, aún abrazada a mi cuello—. Bájame, por favor…

Pero yo no me moví; estaba demasiado feliz para separarme siquiera un segundo de ella. Lía se acercó, dando más saltitos, y dio palmadas:

—¡Os amo! ¡Esto es lo que tenía que pasar! ¡Estaba esperando este momento desde hace meses!

Y ahí estábamos, los tres riendo, abrazándonos y celebrando un te quiero que por fin se había hecho real. Lara se aferró más fuerte a mí, y sentí que todo lo demás desaparecía. En ese instante, el mundo entero podía esperar.

Pero al parecer no por mucho tiempo.

# CAPÍTULO 38

## Lara

—Por cierto… traigo visita. Espero que no os importe que vengamos a cenar.

Y, detrás de su espalda, apareció él: un tipo con ropa que había visto mejores días, una chaqueta raída, barba de tres días y una mirada extrañamente limpia. No era el prototipo de mi hermana. Era, en una palabra, sorprendente.

Me quedé sin voz. Liam se quedó un segundo fuera de foco —el abismo entre nosotros se llenó de esa presencia inesperada— y Lía, con una sonrisa de triunfadora, añadió:

—Nos encontramos esta mañana en la calle, hemos pasado todo el día juntos. Nos hemos enamorado, ya sabéis como son estas cosas, de repente se siente un flechazo y zas, enamorados. ¿A que es monísimo?

El chico nos miró con timidez y, a pesar del desconcierto, había en su cara una calma que no pegaba con su aspecto. No supo qué decir; se humedeció los labios y murmuró:

—Encantado. Gracias por… aceptarme.

Lía dio un paso adelante como si entonara el inicio de su plan maestro.

—A ver, es un poco… distinto —dijo—. Pero quiero que lo conozcáis.

Liam me miró. Yo, todavía pegada a su costado, sentí que se tensaba.

—Perdona que sea tan directa Lía, ¿has traído un vagabundo para que cene con nosotros? —fue lo primero que solté, sin poder

evitar la rudeza.

Lía puso los ojos en blanco y me respondió:

—No te pases, Lara. Y si no te gusta, puedes marcharte a casa de tu novio millonario.

El chico que debió sentirse incómodo dijo:

—No quiero ser un problema. Soy Marco. Antes trabajé en obras, luego me pilló mala racha. No discutáis por mí.

—Soy Liam. —Se acercó a él y le apretó la mano—. Bienvenido. Siéntate donde quieras iré a por más platos.

Mientras tanto yo miraba a mi hermana sin apartar la vista de ella, porque esto era todo muy raro…

Marco le dijo a Liam que le ayudaba y en ese instante en el que me quedé a solas con Lía no perdí un segundo en aclarar las cosas.

—No te has enamorado de él, no sé qué tramas pero elimínalo de la cabeza.

—Nos hemos enamorado —dijo ella esquivando mi mirada.

—Lía, jamás te has enamorado de nadie.

—Pues eso, que ya iba siendo hora, ¿no crees?

—Lía, me vas a explicar ahora mismo qué es lo que está pasando —le dije cruzándome de brazos.

—De verdad, ha sido un flechazo. No hay más que decir.

Y se fue caminando hasta el recibidor para cambiare las botas de militar que acostumbraba a llevar por unas zapatillas de andar por casa.

—Por cierto, mamá me llamó esta mañana para saber cuando regresaba a la granja, parece que el trabajo se les está acumulando sin mí —decía Lía mientras rebuscaba algo en el interior de un bolso—, se enfadó cuando le dije que mi pensamiento era quedarme a vivir en Chicago contigo.

—Normal, Lía, llevas años ocupándote de todo allí. No puedes desaparecer ahora.

Lía levantó su cara del bolso y dejó de rebuscar para mirarme.

—Ahora ya no puedo regresar a Kansas, acabo de encontrar al amor de mi vida, Lara, no podéis pedirme que abandone la

felicidad.

Ahí estaba su sonrisa. Sabía que todo esto tenía una clara intención. Lía pretendía hacernos creer que se había enamorado para no regresar a casa.

FIN